

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Boeing 747: Jumbo

Lo de siempre en la vida de la agente Baby: un loco codicioso exige cien millones de dólares al gobierno de los Estados Unidos, bajo la amenaza de provocar una masacre lanzando proyectiles nucleares contra un famoso edificio de Nueva York. Por supuesto, Brigitte interviene en el desarrollo de las negociaciones que se van complicando hasta llegar a la definitiva sorpresa y auténtica gran amenaza.



Lou Carrigan

Boeing 777: Jumbo

Brigitte en acción - 298

ePub r1.1

Titivillus 13.06.2019

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Era más de medianoche cuando Frankie Minello detuvo su coche delante del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina. Paró el motor y se volvió a mirar a Brigitte Montfort, que estaba sentada a su derecha.

—Aunque sería mejor —dijo, como siguiendo el hilo de sus pensamientos— que metiese el coche abajo, en el estacionamiento.

—Claro que no —lo miró Brigitte sorprendida—. ¿Para qué habías de hacer eso, Frankie? Puedo entrar perfectamente por el vestíbulo principal, y no tienes ninguna necesidad de bajar con el coche al estacionamiento, y volver a subir.

—Bueno… Había pensado que de aquí a que volviese a subir podrían pasar algunas horas.

—Oh, vamos, Frankie… Es ya muy tarde, y francamente estoy bastante cansada.

—Si estás cansada, yo podría hacerte un buen masaje para relajarte. Apuesto a que con un buen masaje de mis poderosas y simpáticas manos te sentirías mucho mejor. Y todavía te sentirías mejor, si después del masaje y para acabar de ponernos a tono tomásemos unas copas de Dom Perignon.

—¿Con el frío que hace, vamos a tomar a medianoche unas copas de Dom Perignon helado? Desde luego tienes un sentido de la oportunidad escalofriante.

—Bueno, si no te viene de gusto tomar champaña frío a estas horas, podríamos tomarlo caliente —propuso Minello.

—¿Champaña caliente? —exclamó Brigitte—. Desde luego que no. No haría eso jamás.

—Pues podríamos tomar café —se entercó Minello—. Es un buen afrodisíaco.

—No necesito afrodisíacos —rio Brigitte—. Buenas noches, Frankie.

Brigitte Montfort se dispuso a abandonar el coche de su queridísimo amigo Frankie Minello, pero este la sujetó de un brazo. Ella volvió la cabeza, y vio el ceño fruncido de su acompañante.

—Lo menos que podrías hacer por un hombre que te ama y que te sirve de chófer siempre que tiene oportunidad, es despedirte de él adecuadamente.

—En eso tienes razón —musitó dulcemente Brigitte.

Se volvió hacia él, lo abrazó por el cuello y lo besó en los labios. Cuando Frankie Minello pudo reaccionar, Brigitte Montfort había desaparecido de su coche, e incluso del vestíbulo del Crystal Building. Ya se había metido en el ascensor y subía hacia el piso veintisiete, donde tenía su apartamento.

Poco después, Brigitte entraba en este sin hacer el menor ruido. Cerraba la puerta tras ella, colocaba los cierres de seguridad que había instalado hacía ya tiempo, después de haber tenido sorpresas muy desagradables en su propio domicilio, y recorrió el pasillo hacia el gran salón con terraza a la Quinta Avenida. Cuando se asomó a la terraza para mirar hacia abajo, ya no estaba allí el coche de Frankie Minello. Sonriendo y moviendo la cabeza, Brigitte regresó al salón, apagó las luces, y siempre en silencio para no despertar a su ama de llaves, la fiel Peggy, se encaminó directamente hacia su dormitorio.

Ya en este, procedió a desnudarse, dispuesta, en efecto, a acostarse inmediatamente. Era cierto que se sentía cansada; había pasado más de diez horas seguidas en el *Morning News*, trabajando para poner al día los asuntos que habían quedado retrasados mientras ella permanecía en España[1]. Este era uno de los inconvenientes con que se encontraba la señorita Brigitte Monfort a su regreso de las aventuras que corría como la agente «Baby» de la CIA. Actividad esta que permanecía secreta e ignorada para la mayoría de las personas que se relacionaban con la simpática y aparentemente inofensiva señorita Montfort.

Solo que, ciertamente, la señorita Montfort dejaba de ser simpática e inofensiva cuando se convertía en la más astuta y peligrosa espía del mundo, la agente Baby. Por fortuna, aquella noche no parecía que la agente Baby fuese a tener trabajo de ninguna clase, y en cuanto a la señorita Montfort ya había terminado el suyo como jefe de la Sección Internacional del diario

neoyorquino *Morning News*.

Se desnudó, se puso una encantadora camisita de dormir y fue al cuarto de baño anexo al dormitorio. Allí procedió al último aseo del día, lo dejó todo en estricto orden, como era norma en ella en toda ocasión y circunstancia, y regresó al dormitorio tras apagar la luz del cuarto de baño. Estaba caminando prácticamente en la oscuridad hacia el lecho, cuando a su finísimo oído superentrenado llegó un sonido que jamás confundiría con ningún otro.

Bip-bip-bip…, se oía suavísimamente en el espacioso dormitorio de Brigitte Montfort. Esta se detuvo en seco, y en la penumbra volvió la cabeza hacia el gran armario empotrado que ocupaba todo un paño de pared, a la derecha del cuarto de baño.

Tras la breve inmovilidad causada por la sorpresa, Brigitte se acercó rápidamente al armario, abrió una de las puertas, y el interior se iluminó automáticamente. Apartó unos vestidos y se quedó mirando la pequeña radio colocada en un soporte especial, y que desde que en otras ocasiones, la agente Baby había sido llamada en circunstancias totalmente inesperadas, ella había colocado allí para emergencias.

Y si sonaba aquella radio que tenía la onda del sector Nueva York de la CIA, quería decir simplemente que había una emergencia.

Así que tomó la pequeña radio descolgándola de su soporte especial, la acercó a su boca, apretó el botoncito que abría el canal de comunicación, y susurró:

—¿Sí?

De momento no hubo respuesta. No se oía nada.

Es decir…, sí, sí se oía algo… El oído de la espía internacional captó un rumor que todavía tardó unos segundos en identificar. Luego, estuvo segura de que lo que estaba oyendo eran los rumores de la navegación en el río. No podía saber si era el rumor del East River o del Hudson, pero neoyorquina de toda la vida, Brigitte sabía que aquel rumor procedía de uno de los dos ríos que bordean la isla de Manhattan.

—¿Sí? —volvió a insistir—. ¿Quién llama?

Se oyó un jadeo entrecortado, luego un suspiro, y finalmente una voz de hombre, crispada.

—¿Baby? —preguntó el hombre.

—Sí, sí… ¿Con quién hablo?

—Soy Simón… Bueno, usted ya sabe…

—Sí, sí, Simón. ¿Qué le ocurre?

—En realidad —dijo el hombre, siempre con voz jadeante, dificultosa— me parece que ya no va a importar que sepa usted mi verdadero nombre… Me llamo Ernest Mims, y soy… Bueno, usted ya sabe quién soy cuando me presento con el nombre de Simón, ¿no es cierto?

—Por supuesto, Simón. Siga.

—Estoy en una barcaza en el East River. De momento he podido escapar, pero… pero temo que no podré terminar mi fuga. Estoy herido y… Pero eso ya no importa. Escúcheme atentamente, por favor. Mañana a las once de la mañana… a las once de la ma-mañana, un grupo de hombres pre-pretenden disparar unos cuantos proyectiles contra… contra el edificio de las Naciones Unidas. Son un grupo de cubanos que todavía no sé… no sé exactamente a qué bando o grupo ideológico pertenecen…, ni siquiera sé exactamente lo que pretenden con ello…, pero van a lanzar esos proyectiles contra las Naciones Unidas… Avise usted a nuestro jefe de Sector para que… No tengo tiempo de nada más. Soy Ernest Mims, avise a nuestro jefe de sector de lo que… de lo que…

La voz del agente de la CIA llamado Ernest Mims, y que como a todos los compañeros de su grupo de acción, Brigitte llamaba Simón, dejó de oírse de pronto.

—¿Simón? —Llamó con voz aguda Brigitte—. ¡Simón!

Silencio por parte de Simón, pero de pronto se oyeron unos secos golpes sobre madera, y como lejana, a través del rumor del East River, llegó una voz de hombre hablando en español. Brigitte no pudo de momento oír lo que decían, pues los sonidos eran confusos, se mezclaban unos con otros… Sin embargo, los siguientes sonidos que sonaron en el pequeño aparato, sí los identificó plenamente.

Plop, plop, plop…, oyó con toda nitidez el chasquido de tres disparos efectuados con silenciador.

Simultáneamente oía el gemido de profundo dolor, y luego la voz de un hombre, de nuevo en español y ahora audible:

—Le he cazado. ¡Míralo, está ahí! ¡Estoy seguro de que le he dado! Plop, plop, chascaron dos disparos más.

Pero esta vez ya no se oyó ningún gemido de dolor. Lo que sí se oyeron fueron de nuevo fuertes pisadas sobre el suelo de madera.

—Aquí está —dijo otra voz diferente, pero también en español —. Le hemos acribillado, desde luego. Vamos a arrastrarlo y lo tiraremos al fondo del río para que jamás lo encuentren… ¿Qué es lo que tiene en la mano?

La reacción de Baby fue adecuada a su habitual agilidad mental. Cerró la pequeña radio, y quedó inmóvil. Sabía que los dos hombres, o quizá más, que habían matado a Simón-Ernest Mims habían visto en la mano de este la radio de bolsillo. Si ella hubiese mantenido la radio abierta, ellos habrían comprendido que alguien había captado la llamada de Mims y que posiblemente había sido puesto por este al corriente de lo que iba a suceder al día siguiente a las once de la mañana. En cambio, si encontraban la radio de él en posición de llamada pero sin contacto, llegarían a la conclusión de que nadie había contestado a la llamada de Mims, y por tanto a nadie había podido comunicar este lo que sabía.

Y esto era lo que deseaba Brigitte Baby Montfort, que aquellos hombres no supiesen que antes de morir Ernest Mims había conseguido comunicar nada menos que con la agente Baby. Y esto porque, no sabiéndolo, creerían que sus planes continuaban todavía en el secreto y procederían a realizar el ataque contra el edificio de las Naciones Unidas.

Cuando hicieran esto, si es que pese a las dificultades que acababan de tener, todavía insistían en su idea, se iban a encontrar con una desagradable sorpresa.

Simón-Floristería, se llevó evidentemente una gran sorpresa. Tras abrir la puerta de la floristería en la que la CIA tenía su cuartel general del Sector de Nueva York, que dirigía Charles Alan Pitzer, jefe de ese mencionado Sector, su ayudante, el mencionado Simón-Floristería, se quedó mirando estupefacto a su visitante.

—¡Baby! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué ocurre?

Brigitte entró en la floristería y cerró rápidamente tras ella.

—Despierte a tío Charlie —exclamó—. ¡Deprisa, Simón!

Dos minutos más tarde, Simón Floristería, Brigitte Baby Montfort y el sobresaltado Charles Alan Pitzer, los dos hombres en pijama, estaban reunidos en el despachito de la floristería, escuchando la grabación que se efectuaba en el pequeño aparato de

Brigitte simultáneamente que se conversaba por medio de él.

Cuando la grabación terminó, y los dos hombres estuvieron al corriente de la conversación sostenida entre Baby y Ernest Mims, Pitzer y Simón-Floristería estaban pálidos.

—Supongo —dijo Brigitte— que es perder el tiempo preguntarles si en el sector tenemos efectivamente un compañero llamado Ernest Mims, tío Charlie.

Charles Pitzer miró a Simón-Floristería, que asintió con un gesto sombrío.

—Desde luego que está en nuestro sector. Llegó hace unos meses procedente de Washington. Por cierto que es… mejor dicho, era un buen elemento que había realizado acciones de gran interés. Y es cierto, hace más de veinticuatro horas que no se había reportado, estábamos sin noticias de él.

—Pues ya tiene ahora una explicación —murmuró Brigitte.

—Eso parece —murmuró también Pitzer.

—Está bien, ya sabemos por qué Simón Ernest Mims había dejado de comunicarse con ustedes y sabemos qué es lo que le ha ocurrido a él y lo que puede ocurrir esta mañana a las once si la CIA no toma las medidas oportunas.

—Las tomaremos —murmuró Pitzer—… Puede estar bien segura de que las tomaremos. Y va a ser a partir de ahora mismo.

—De acuerdo —asintió Brigitte—. Por supuesto, yo voy a tomar parte en este asunto, tío Charlie.

—¡Claro que no! —Negó el jefe del Sector New York de la CIA —. Usted no va a tomar parte en esto de ninguna manera. Si fuese en otra ciudad quizá podría admitirla en el grupo que vamos a preparar. Pero es usted demasiado conocida en Nueva York, y no quiero ninguna clase de percance relacionado con usted.

—Bueno, puedo utilizar uno de mis disfraces y…

—No, no —negó Pitzer—. Además, realmente, si tenemos en cuenta lo que se está preparando, su presencia no resulta en modo alguno imprescindible. Lo que puede ocurrir esta mañana a las once alrededor de las Naciones Unidas lo sabemos muy bien, será todo a base de un nutrido tiroteo que no sé cómo podremos controlar para evitar perjuicios a personas que nada tienen que ver con estos asuntos. En cuanto a usted, sabe muy bien que la CIA, la reserva para misiones de mayor importancia, y por supuesto de índole

mental. Su colaboración es útil cuando se trata de utilizar el cerebro. Para utilizar la pistola podemos sustituirla perfectamente con un hombre más, armado de una metralleta.

—Él tiene razón —dijo Simón-Floristería. Es absurdo que usted se arriesgue en una refriega a balazos. ¿Qué sería de la CIA si usted fuese eliminada? Además, sería un modo estúpido de morir para la agente Baby.

—Bueno —vaciló Brigitte—. Pero es que me gustaría…

—Sé muy bien lo que le gustaría —dijo Pitzer—. Le gustaría cazar usted misma a esos hombres que han disparado contra Ernest Mims, y seguramente matarlos con sus propias manos. Pero si conseguimos cazarlos a todos, y quedan supervivientes de ese grupo, yo no tendré inconveniente alguno en avisarla a usted… por si le parece oportuno actuar de ejecutora inmediata.

Los dos hombres se quedaron mirando fijamente a Brigitte. Esta bajó la mirada y la dejó fija en el pequeño aparato cuyas diminutas ruedas del carrete seguían girando. Movió una mano, detuvo la marcha del aparato y se lo guardó. Por fin alzó la mirada hacia Charles Pitzer.

—Usted sabe muy bien que ese no es mi modo de actuar. Yo puedo matar fríamente a dos hombres cuando yo misma los he buscado, encontrado y acorralado. Pero no actuar como un simple matarife delante de la res a sacrificar.

—Por supuesto que sé eso —sonrió secamente Pitzer—. Yo creo que lo mejor que puede hacer usted, Baby, es regresar a su apartamento y esperar allí noticias nuestras. Si ocurriese algo que nos obligase a pedirle su colaboración no dude que la llamaríamos inmediatamente.

—Exacto —dijo Simón-Floristería—. Vaya a su apartamento y descanse, aunque ya supongo que estará pendiente de la radio.

—Así es —musitó Brigitte—. No dejen de llamarme en cuanto este asunto haya sido solucionado de un modo u otro.

—De acuerdo. —Pitzer se puso en pie—. Y otra cosa voy a decirle. Aunque se tomarán todas las medidas para evitar males a los viandantes que estén cerca del edificio de las Naciones Unidas, sería conveniente que la señorita Brigitte Montfort no se dejase ver por allí. A veces la gente puede obtener conclusiones que serían bastantes molestas para usted. Es decir, para la agente Baby.

—Sí, lo comprendo —asintió Brigitte—. Pero para la periodista Brigitte Montfort sería interesante asistir a lo que pueda ocurrir en las Naciones Unidas.

—Por supuesto —asintió Pitzer—. Pero mucha gente se preguntaría a qué gran casualidad se debía que la señorita Montfort estuviese presente en las Naciones Unidas precisamente en un acontecimiento de tal importancia. Vamos, Brigitte, deje usted el asunto en nuestras manos completamente, y simplemente quede esperando nuestras noticias. Si lo que desea es luego publicar lo sucedido en el *Morning*, le aseguro que nosotros le daremos las explicaciones necesarias para que escriba usted uno más de sus famosos e interesantes artículos.

—Está bien —murmuró Brigitte poniéndose a su vez en pie—. Estaré esperando sus noticias, tío Charlie.

A las once menos cinco de la mañana, Brigitte apareció en la terraza de su apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, provista de unos prismáticos con los que procedió a mirar hacía el edificio de las Naciones Unidas.

A las once nada había sucedido.

A las once y cinco, el rectangular y peculiar edificio de las Naciones Unidas continuaba en pie, y la espía internacional comenzó a respirar aliviada ya de la tensión. A las once y cuarto, el edificio seguía incólume, parecía que nada había sucedido.

A las once y veinte, la pequeña radio que Brigitte llevaba en un bolsillo de su bata comenzó a emitir su zumbido de llamada. Inmediatamente, la espía regresó al interior del apartamento, y mientras se dejaba caer en uno de los sillones, admitía la llamada en la pequeña radio.

—¿Sí? —exclamó anhelante.

—Buenos días —oyó la voz de Charles Pitzer—. Todo está bien, querida.

—¿No ha ocurrido nada, tío Charlie?

—¡Vaya si ha ocurrido! —exclamó Pitzer—. Aquí se ha organizado un buen altercado, pero hace un par de minutos que todo ha terminado… y por supuesto favorablemente para todos nosotros.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Eso sería muy largo de contar —dijo Pitzer—. Lo mejor será que lo haga personalmente cuando la visite esta tarde. Espero haber encauzado entonces las cosas para disponer de tiempo y visitarla, Mientras tanto, sepa usted que el grupo de atacantes ha sido contenido, y que los supervivientes están siendo metidos ya en coches para ser trasladados.

—¿Ha habido bajas? —susurró Brigitte.

—Bueno, parece ser que el grupo de ellos estaba formado por catorce hombres y dos mujeres. Ellos han tenido seis bajas…, seis muertos que vamos a proceder a recoger de un momento a otro. Los supervivientes, es decir, ocho hombres y dos mujeres, serán llevados inmediatamente a la Central de Langley, para ser sometidos a interrogatorio.

—Está bien. Pero yo le preguntaba si habíamos tenido bajas nosotros, tío Charlie.

Hubo unos segundos de silencio. Luego la voz de Pitzer, un tanto tensa.

—Hemos tenido dos bajas definitivas y algunos heridos.

—¿Han muerto dos Simones? —exclamó Brigitte.

—Ya sabe usted que en este tipo de acciones no es posible que uno de los bandos obtenga la victoria sin bajas. Lo siento. Sabe que lo siento tanto como usted.

—Dos Simones —murmuró Brigitte, pálida—. Está bien, tío Charlie. Supongo que era inevitable.

—Por completo inevitable. Bien. Espero visitarla a usted esta noche. Aunque si, como supongo, tengo que acompañar a los prisioneros a Langley, es posible que no podamos vernos hasta mañana o pasado mañana. Yo creo que lo mejor es que permanezca usted aquí, haciendo su vida normal. Ya me entiende.

—Sí —susurró Brigitte Baby Montfort… Ya le entiendo, tío Charlie. Hasta la vista.

2

Brigitte ya no vio a Charles Alan Pitzer hasta que, cuarenta y ocho horas más tarde, este, procedente de la Central de la CIA en Langley, aterrizó en un helicóptero especial en lo alto del Crystal Building, cuya terraza hacía ya tiempo había sido habilitada como pequeño helipuerto privado, tal como correspondía a un edificio de superlujo situado en el centro de Manhattan.

Desde la azotea-helipuerto, Pitzer descendió al piso veintisiete, donde la rubia Peggy le abrió la puerta y lo condujo hasta el salón, en el que Brigitte Montfort estaba esperándole.

Pero no estaba sola, y al ver al acompañante de Brigitte, Pitzer hizo un gesto de disgusto. Aunque su gesto no fue de tan claro disgusto como el que hizo el acompañante de Brigitte, nada más y nada menos que Frankie Minello, que al ver aparecer a Pitzer se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Zambomba! Ya tenemos aquí al viejo buitre comedor de carroña ¡Y no me diga usted que no es un buitre, puesto que ha llegado volando!

—No es momento para bromas, Minello —farfulló Pitzer.

Se acercó a Brigitte, la saludó, y luego se sentó en un sillón frente al sofá que, como era costumbre en Brigitte, esta ocupaba en su centro, como una reina en un altísimo trono.

—Creo que a tío Charlie le sentaría bien una taza de café, Peggy —dijo Brigitte mirando a su ama de llaves.

—Sí, señorita, enseguida —asintió Peggy dirigiéndose hacia la salida del salón.

—Lo que le sentaría bien a este buitre sería un buen montón de carne podrida y llena de gusanos —aseguró Minello.

—¿Te quieres callar, Frankie? —Lo miró severamente Brigitte—. Este no es momento para bromas, desde luego.

—Es inútil lo que le diga usted a este zopenco —refunfuñó Pitzer

—. Sea lo que sea lo que esté ocurriendo en el mundo, a él todo lo que se le ocurre es decir tonterías.

—No es ninguna tontería decir que un buitre ha llegado volando —replicó furiosamente Minello—. ¿O acaso los buitres no vuelan, como usted?

—Ya está bien, Frankie, por favor —intervino de nuevo Brigitte—. ¿Cómo han ido las cosas por la Central, tío Charlie?

—No hemos sacado nada en claro —refunfuñó Pitzer.

—¿Cómo que no han sacado nada en claro? —Se sorprendió vivamente Brigitte—. ¿Después de cuarenta y ocho horas con una docena de prisioneros, no han conseguido ustedes aclarar este asunto?

—No. Todo lo que sabían esos desdichados, es que estaban actuando bajo la dirección de un jefe, y que si conseguían su objetivo iban a obtener grandes beneficios personales y para Cuba. No saben nada más.

—Pero eso no es posible —insistió Brigitte—. ¡Tienen que saber algo más! ¿No han dicho quién es el jefe?

—Lo único que saben de ese jefe es que es un hombre barbudo y que tartamudea al hablar. Así que, durante estos días, se le ha puesto el nombre de Tartamudo.

—¡Zam-zam-zambomba! —exclamó Minello—. ¡Un tar… tar… tartamu… mumudo!

Pitzer le dirigió una mirada asesina, y se encaró de nuevo a Brigitte, cuyo gesto de sorpresa permanecía plasmado en su bellísimo rostro.

—Bueno —dijo por fin la divina espía—. Tenemos un sujeto barbudo y tartamudo que dirigía un grupo de cubanos que tenían que demoler el edificio de las Naciones Unidas. Pero para hacer eso debe de haber un motivo, tío Charlie.

—Por supuesto que debe de haber un motivo, pero evidentemente solo lo sabe el tartamudo. Los hombres que tenían que llevar a cabo la acción solamente saben que tenían que derribar ese nido de ratas que ellos dicen que es la ONU. Un nido de ratas puesta al servicio del capitalismo de los Estados Unidos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Brigitte—. ¿Eso es lo que dicen esos desdichados?

—Exactamente eso. Y no saben nada más. El Tartamudo los

proveyó de armas adecuadas para cumplir el objetivo, y les dio las instrucciones oportunas. Estaba todo muy bien preparado y desde luego habrían conseguido derribar el edificio de la ONU si no hubiese sido por nuestra intervención. Tenían varios proyectiles Sam-7.

—¡Zambomba! —Pegó un brinco Minello en su sillón.

—¿Sam-7? —musitó Brigitte—. Pues estaban muy bien preparados, de eso no cabe duda. Pero veamos si he entendido bien esto. ¿Me dice usted que esos hombres y mujeres que iban a realizar esa acción son patriotas cubanos?

—No exactamente —negó Pitzer—. Son cubanos que, evidentemente, sienten lo que podríamos llamar un amor patrio. Pero no son de los que podríamos encuadrar en determinados grupos de acción política o de espionaje. Son un grupo de aventureros cubanos que al parecer alguien…, es decir, el Tartamudo, fue reclutando y ofreciéndoles una gran recompensa en metálico y grandes beneficios para Cuba, si conseguían el objetivo propuesto. Como usted comprenderá, han sido debidamente presionados utilizando…, digamos todos los medios pertinentes. Y nuestros técnicos en interrogatorios en la Central han llegado a la conclusión de que esos hombres no saben más de lo que ya han dicho.

—De acuerdo —murmuró Brigitte—. Sea como sea, se ha evitado una auténtica catástrofe. ¿Se han identificado los hombres que mataron a Simón-Ernest Mims en la barcaza del Hudson?

—No. Todos niegan haberlo hecho. Dicen no saber nada al respecto, y que, en todo caso, los asesinos debieron de ser dos de los que murieron en el choque frente a la ONU hace dos días.

—Ya —dijo secamente Brigitte—. Bueno, es natural; considerando que habían tenido bajas, es muy lógico que hayan achacado la muerte de Ernest Mims a dos de los que ya están muertos. De este modo, aunque los que lo hicieron estén vivos y en nuestro poder, se evitan posibles represalias personales.

—Seguramente —asintió Pitzer—. Pero así están las cosas, y no parece que podamos conseguir más explicaciones por parte de ellos.

—De todos modos —dijo Brigitte—, supongo que los interrogatorios continuarán todavía durante varios días en la Central.

—Sí, sí, naturalmente. Pero ya le digo que nuestros técnicos desconfían de conseguir algo más. Lo único, quizá, sería saber que los dos que mataren a Ernest Mims estuvieran aún vivos, pero francamente, eso no creo que sirviese de gran consuelo a nadie.

—No —musitó Brigitte—. No serviría de gran consuelo a nadie, y menos a Ernest Mims. Por cierto, ¿les han dicho qué hicieron sus dos asesinos con el cadáver?

—Bueno —desvió la mirada Pitzer—. Lo lógico. Lo enrollaron con unas cadenas que había en la barcaza y lo tiraron al fondo del río. Estamos pensando, naturalmente, en dragarlo, a ver si es posible recuperar el cadáver. Pero no va a ser fácil. El Hudson River no es precisamente el lugar ideal para proceder a un dragado en busca de un cadáver.

—Lo más seguro —intervino ahora seriamente Minello— es que ese pobre muchacho de la CIA jamás sea encontrado. Hay más porquería en el fondo del Hudson River que en el más gigantesco basurero del mundo.

—Tienes razón, Frankie —asintió Brigitte—. Pero de todos modos, nuestra obligación moral es intentarlo.

—Nos ocuparemos de ello —asintió Pitzer—. ¡Ah, aquí llega mi café! Estaba deseando tomarlo, sinceramente.

Peggy sonrió, colocó una bandeja delante de Pitzer, y le sirvió el café a este. Minello y Brigitte lo miraban en silencio.

Charles Alan Pitzer estaba demacrado, y su aspecto no podía revelar más claramente la fatiga de cuarenta y ocho horas de tensión, de duro trabajo de espionaje.

Pitzer terminó su primera taza de café, suspiró, le hizo a Peggy señas para que le sirviese otro, y llevó la mano bajo su chaqueta.

—Le he traído unas fotografías de Ernest Mims, procedentes de nuestro archivo, por si usted quiere conocer al Simón que…

—No, no —palideció Brigitte—… No quiero conocerlo, tío Charlie.

—La verdad es que me esperaba esto —asintió Pitzer, retirando la mano—. Pero a veces uno no sabe a qué atenerse con usted.

—Prefiero no conocerlo. Sé que ha muerto otro de mis Simones y con eso ya es suficiente. Sería aún más doloroso si pudiese ver su rostro.

—De acuerdo —asintió Pitzer—. Aunque nosotros también

hemos tenido bajas, no cabe duda de que hemos evitado una gran catástrofe. A las once de la mañana, el edificio de las Naciones Unidas está lleno de gente. Un ataque de la categoría e importancia que iban a perpetrar esos hombres habría causado cientos de muertos y posiblemente miles de heridos, tanto en el edificio como en los alrededores de este al ser derribado.

—Me pregunto —musitó Brigitte— a qué o a quién podríamos relacionar con esa frase respecto a que la ONU es un nido de ratas al servicio del capitalismo norteamericano.

—Bueno —encogió los hombros Pitzer—. La frase parece llevar el marchamo comunista, pero teniendo en cuenta lo poco que sabemos, sería aventurado, y yo diría incluso que muy arriesgado hacer alguna acusación más o menos directa.

—Sí, desde luego. Con lo que sabemos no podemos acusar abiertamente a Rusia, ni a Cuba… En fin, supongo que tendremos que conformarnos con los resultados obtenidos, que no han sido pocos.

Pitzer asintió, y procedió a degustar, ahora más despaciosamente, su taza de café. En ello estaba cuando hasta el salón llegó el musical sonido de carrillón de la puerta del apartamento de Brigitte. Peggy se dirigió inmediatamente hacia allá, y todos quedaron un tanto expectantes. No era una hora de las más adecuadas para recibir visitas. Sin embargo, segundos más tarde, todos comprendieron que la visita que llegaba no tenía por qué sorprenderles. Era Simón-Floristería.

Pero en contra de lo que en un principio pudieran todos haber creído, no parecía estar allí solo para recibir a su jefe de Sector y llevarlo con el coche a la floristería. Nada más verlo, todos comprendieron que ocurría algo que debía de ser verdaderamente impresionante.

—¿Qué ocurre? —exclamó Brigitte—. ¿Qué es lo que pasa ahora, Simón?

—Han secuestrado un Boeing 747. Un Jumbo.

Sus palabras cayeron como un bombazo en medio del apartamento. Brigitte, Minello y Pitzer se quedaron mirándolo estupefactos.

—¿Cómo que han secuestrado un Jumbo? —exclamó por fin Brigitte.

—Como lo oyen. El Jumbo que tenía que hacer el vuelo Nueva York-Londres.

—Pero… ¡Santo Cielo, esto es terrible! ¿Qué más sabe usted de eso, Simón?

—Lo que sabemos, por el momento, es que es obra del Tartamudo.

Ahora sí. Ahora fue como si en vez de una bomba hubiese caído un diluvio helado que dejó congelados a los oyentes de Simón-Floristería.

—¿Cosa del Tartamudo? —Jadeó por fin Pitzer—. ¡Pero que está usted diciendo!

Simón se dejó caer en un sillón, miró a Peggy y señaló el servicio de café.

El ama de llaves de Brigitte se apresuró a servir una taza a Simón, el cual, mientras tanto, y mirando alternativamente a Brigitte y a Pitzer, explicó a toda prisa:

—Mientras usted regresaba de la Central a Nueva York, señor, yo tuve una llamada a nuestra radio de la floristería. Allá, en la Central, han recibido una llamada telefónica del Tartamudo, en la que les informaba de que el Boeing 747 que debía cubrir el trayecto Nueva York-Londres había sido secuestrado por un comando bajo sus órdenes. Y que ese Boeing, con más de trescientos pasajeros y la tripulación, no será devuelto hasta que los prisioneros de la acción planeada contra el edificio de las Naciones Unidas sean puestos en libertad bajo determinadas condiciones de seguridad que han sido muy bien explicadas.

—¡Zambomba! —Jadeó Frankie, mirando con ojos desorbitados a Brigitte—. ¡Y tú decías que el asunto estaba terminado!

—Sí —murmuró Brigitte—. Pero más bien parece que acaba de empezar. ¿Cuáles son esas condiciones tan bien explicadas, Simón?

—Tartamudo exige la puesta en libertad de los prisioneros, y esto debe suceder en Miami, adonde serán transportados desde Washington en un avión privado. Allá, en Miami, habrá una avioneta que recogerá a esos hombres y se los llevará de Estados Unidos; pero el Tartamudo, además de esos hombres, exige la entrega de cien millones de dólares.

—¡Mi madre! —exclamó Minello, con el gesto de quien está a punto de desmayarse.

Pitzer estaba pálido y estupefacto. Brigitte se pasó un dedo por el delicioso hoyuelo vertical de su voluntariosa barbilla y quedó pensativa unos segundos.

Por fin murmuró:

—Supongo que antes de venir usted a darnos esa noticia, se ha asegurado de que, efectivamente, el Jumbo que debía cubrir el trayecto Nueva York-Londres ha sido secuestrado.

—Por supuesto —asintió Simón—. Tenemos ya la completa seguridad al respecto. Ese avión no está volando ahora sobre el Atlántico hacia Europa, sino sobre Estados Unidos, en dirección a la Costa Oeste. Parece ser que se han comunicado ya con dos torres de control informando de ello. Naturalmente, desde las torres de control se ha informado a la policía, la cual ha informado al FBI, y el FBI ha informado a la CIA. Para entonces, en la Central ya sabían a qué atenerse, puesto que el Tartamudo ya les había llamado y les había expuesto sus exigencias. Por el momento, los secuestradores del Jumbo dicen que se dirigen hacia el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Allí permanecerán a la espera de que todo este asunto sea resuelto, definitivamente, según las condiciones expuestas por Tartamudo.

—¡Zambomba con el tartamudo! —Farfulló Frankie—. ¡Vaya tipejo!

—¿Y qué piensan hacer nuestros jefes de la Central? —preguntó Brigitte—. ¿Accederán a las exigencias de Tartamudo?

—Están reflexionando sobre el asunto. Claro está, pesará mucho la circunstancia de que en ese avión viajan más de trescientas personas en total. Aunque, de momento, me han indicado que debo informarla a usted de lo sucedido, y preguntarle si ve usted alguna otra posible solución a este último evento.

—¡Pero hombre, qué dice! —exclamó Minello—. ¿Qué clase de solución quieren ustedes que encuentre Brigitte? ¡En ese avión debe de haber un montón de tipos armados que lo estén controlando y que pueden empezar a asesinar gente a mansalva! Eso sin contar con que si se organizase una refriega importante dentro del avión, ese mastodonte de los aires se estrellaría contra el suelo con trescientas personas a bordo. ¿Qué es lo que ustedes quieren que haga Brigitte?

—¡Demonios! —Refunfuñó Simón—. Yo no tengo la culpa de

nada de lo que está ocurriendo, Minello.

—Yo no he dicho que usted… —empezó Minello.

—Calla, Frankie, por favor —pidió Brigitte—. Naturalmente, esos secuestradores tienen que estar armados. ¿Sabemos qué clase de armamento han conseguido introducir a bordo del Jumbo, Simón?

—No. Por el momento no tenemos la menor idea sobre eso.

—No puede ser un armamento muy importante —intervino Pitzer—. Y desde luego nada de introducir en ese avión misiles Sam-7, Todo lo más, pistolas y quizás alguna metralleta.

—Seguramente es así —asintió Brigitte—. Pero me pregunto cómo han conseguido introducir esas armas en el avión.

—Bueno —la miró sorprendido Pitzer—, hay muchos trucos para conseguir eso, Brigitte. Usted sabe que pese a la vigilancia electrónica y magnética que se realiza en ese aspecto, siempre es posible introducir armas en un lugar.

—Esos sujetos que han secuestrado el Jumbo —intervino ahora Simón— han tenido que abordar el aparato como pasajeros. Y como tales, tanto sus equipajes, como ellos personalmente, han tenido que pasar por los detectores instalados en el aeropuerto. Yo diría que si han conseguido pasar armas, como así parece ser en efecto, les ha tenido que resultar muy difícil, o utilizar algún truco nuevo.

—Por ejemplo —intervino de nuevo excitadamente Pitzer—, usted está utilizando un truco para viajar por el mundo sin que su pistolita de cachas de madreperla sea detectada. Estos días que he estado en Langley vi unos minutos a Mc Gee, nuestro jefe de Armamentos Especiales, y me pidió que le preguntase si está usted satisfecha de su nuevo maletín.

—Ah, sí —asintió Brigitte—… Mc Gee me inventó una nueva aleación para el doble fondo del maletín, y esa aleación impide que cualquier tipo de detector localice mi pistolita dentro del maletín. Sin embargo, tío Charlie, esto lo ha conseguido un gran técnico que esté al servicio exclusivo de la CIA. ¿Realmente cree usted que un grupo de cubanos que está dirigido por un tartamudo barbudo puede conseguir algo parecido a lo que ha conseguido el más importante técnico de la CIA?

—La verdad es que no parece probable —masculló Pitzer.

—Sin embargo, aunque no sea con ese procedimiento, esos

hombres han conseguido introducir armas en el Jumbo. Nosotros tenemos que peguntarnos cómo lo han hecho. ¿Qué se le ocurre a usted, tío Charlie, Simón, Frankie…? ¿Qué se les ocurre?

Los tres hombres cambiaron miradas entre sí, y por fin Pitzer dijo:

—La única solución que se me ocurre, de momento, es que esas armas no han sido introducidas en el Jumbo por ellos, sino por algún cómplice…, que, naturalmente, tiene que formar parte del personal de vuelo de ese avión.

—Exacto —asintió Brigitte—. Por ahí tenemos una pista. Pero quizá podamos conseguir otra. Esos hombres que han secuestrado el Jumbo han tenido que tomar unos pasajes utilizando determinados nombres. No importa que esos nombres sean falsos. Han tenido que utilizar unos nombres, y nosotros vamos a rastrearlos partiendo de la lista de pasajeros de ese vuelo. ¿Cuánto tiempo nos ha dado Tartamudo para tomar una decisión, Simón?

—No me han dicho nada sobre eso. Supongo que lo primero que habrá que esperar es que ese Jumbo llegue con todos sus pasajeros sanos y salvos al aeropuerto de destino. Después de eso, proseguirán las conversaciones. Se supone que Tartamudo volverá a llamar por teléfono a Langley.

—Muy bien. Pero antes llamará usted a Langley desde la radio de la floristería y les dirá que alarguen todo cuanto puedan las negociaciones con Tartamudo. Tienen que recurrir a cualquier procedimiento razonable con tal de que Tartamudo vaya conformándose a sucesivas esperas, o bien crear desde el principio un plazo muy amplio que nos permita a nosotros actuar por nuestra parte.

—¿Actuar? ¿En qué sentido? —preguntó Pitzer.

—Pues tenemos esa lista de pasajeros para investigar… y tenemos otra lista mucho más reducida para investigar también. Me refiero a la lista del personal de ese Jumbo que tenía que estar volando ahora hacia Londres.

—En un aparato así —dijo Minello— debe de haber no menos de doce o quince empleados, Brigitte.

—Bueno, ¿y qué? ¡Como si fuesen cinco mil! No tenemos ninguna otra pista que seguir, así que nos atendremos a esta. Será mejor que cuanto antes dé usted las órdenes oportunas para

proceder a la investigación de esas listas, tío Charlie. Y sobre todo, en principio, que dediquen la máxima atención a la del personal de vuelo que viaja en ese Jumbo.

—Voy a tener que movilizar todo el sector, pero lo haré, naturalmente. Por otro lado, es posible que parte del personal de vuelo no tenga su residencia fija en Nueva York, sino en otros puntos de Estados Unidos, e incluso en alguna ciudad europea.

—¿Y qué? —Sonrió fríamente la divina espía—. ¿Acaso los brazos de la CIA no rodean absolutamente todo el globo terráqueo? Pues, señor mío, que esos brazos trabajen.

Minello alzó un dedo cómicamente y dijo:

—Y que trabajen deprisa, ¿comprende usted, viejo buitre carroñero?

La CIA trabajó deprisa. Muy deprisa, teniendo en cuenta las especiales circunstancias.

Hacia las dos y media de la tarde, cuándo se sabía ya que el Jumbo había tomado tierra en el aeropuerto internacional de Los Ángeles sin novedad alguna, Simón-Floristería tenía preparados para Brigitte doce extractos de informes que correspondían a los doce tripulantes del avión secuestrado.

—Posiblemente —dijo el ayudante de Pitzer, entregando doce folios mecanografiados a Brigitte— no estarán todos los datos que serían de desear, pero en tan poco tiempo no se ha podido hacer más.

—Quizá tengamos suficiente —tomó Brigitte las cuartillas—. Supongo que está en marcha todo el mecanismo respecto a la investigación de los pasajeros.

—Sí, sí, se está haciendo todo eso también a la máxima velocidad.

—Muy bien.

Brigitte depositó las páginas escritas sobre la mesa, en el despacho privado de Charles Alan Pitzer, en lo más recóndito de la floristería. Cerca de ella, sentado en una silla ante la radio que lo comunicaba con la Central, estaba el propio Pitzer, y de pie junto a la mesa y mirando a Brigitte, Simón-Floristería.

Ninguno de los dos hizo ningún comentario mientras la espía internacional fue leyendo los doce informes extractados, pero convenientemente completos. Una vez leídos todos, Brigitte

comenzó a poner páginas a un lado y a otro. Finalmente, se quedó en las manos con solo cuatro de las páginas mecanografiadas.

—Nos dedicaremos a estos —dijo.

—¿Por qué a estos? —se interesó Simón, siempre admirador de los procesos mentales de la agente Baby.

—Los otros ocho no nos importan, Simón. Y le diré por qué. Cinco de los tripulantes del Jumbo son solteros. Dos, son separados. Y una de las azafatas tiene un hijo que está interno en un colegio en New Jersey. Por lo tanto, considerando que estas personas no tienen familiares tras ellos, y la única que tiene un hijo lo debe de tener seguro en un colegio, vamos a ceñirnos a estos otros cuatro. De estos cuatro, hay dos casados, uno de los cuales vive en Los Ángeles y el otro en New Jersey. El otro, una azafata, tiene un hermano en Europa, concretamente en Roma, trabajando allí como corresponsal de un periódico norteamericano. Y finalmente, otra azafata que vive aquí mismo, en Nueva York, con su madre. Estos cuatro tripulantes, al emprender el vuelo, dejan tras ellos personas sobre las que pueden tener determinada preocupación. Tanto los dos casados, como la azafata que tiene un hermano en Europa, como la azafata que tiene a su madre en Nueva York, podrían ser presionadas en las personas de sus familiares, para que hiciesen determinada cosa a menos que quisieran que les ocurriese algo irreparable a esos familiares.

—Según eso —musitó Pitzer—, usted cree que han amenazado a uno de esos cuatro miembros de la tripulación o personal del Jumbo para que colocara las armas a bordo, o de lo contrario asesinarían a su familia.

—Podría ser —asintió Brigitte—. Es solo una posibilidad bastante remota, tío Charlie, pero nosotros nos hemos encontrado en circunstancias parecidas más de una vez, ¿no es así?

—Sí —asintió Pitzer—. Es cierto. Y de todos modos, por el momento no tenemos otra cosa.

Brigitte entregó las cuatro hojas elegidas a Simón-Floristería, y dijo:

—Con toda la discreción del mundo, entérese en qué circunstancias están en estos momentos los familiares de estos cuatro tripulantes del Jumbo. Llamen a Roma y que consigan cuanto antes todos los informes requeridos.

—*Okay* —asintió Simón.

Abandonó el cuarto de la radio, y tras cambiar una mirada Brigitte y Pitzer cada uno regresó a sus meditaciones, en espera de noticias procedentes de la Central.

Las noticias de la Central llegaron poco después de las tres y media. Tartamudo había llamado por teléfono de nuevo, esta vez desde la localidad de Fayette, en Carolina del Norte. La llamada había podido situarse en esa localidad, pero no en qué lugar de esta se había producido. Lo importante era que Tartamudo había conversado con un jefe de la CIA designado para los continuos contactos con ese personaje, y que tras dejar bien claro que, en efecto, el Jumbo estaba en poder de sus hombres, había insistido en sus exigencias. Quería la libertad de los prisioneros y cien millones de dólares. La respuesta que el hombre de la CIA había dado a Tartamudo era que antes de proceder a la devolución de los prisioneros y la entrega del dinero, quería asegurarse de que todos los pasajeros y los tripulantes del Boeing 747 estaban en perfectas condiciones, y que no se habían efectuado muertes entre ellos. A su vez, Tartamudo había dicho que eso no podía ser, ya que no quería permitir la entrada de nadie en ese aparato, y que sus hombres tenían clarísimas órdenes en ese sentido. El portavoz de la CIA, a su vez, insistió en que no reaccionarían ante las peticiones de Tartamudo, mientras personal adecuado de la CIA no recibiese informes satisfactorios sobre los pasajeros y los tripulantes del Jumbo.

A eso, Tartamudo había contestado que lo iba a pensar, y a estudiar el modo de dar quizás una contraorden a sus hombres situados en el interior del Jumbo, y que oportunamente volvería a llamar a la Central de Langley.

Con todo esto, lo que se consiguió es lo que la agente Baby precisaba más que nada en aquellos momentos: tiempo.

Y poco tiempo después, alrededor de las cuatro, apareció de nuevo en el cuarto de la radio Simón-Floristería.

—Quizá tengamos algo —exclamó.

—Eso sería estupendo, Simón —sonrió Brigitte—. Le escuchamos.

—Bien… El hermano de la azafata, ese muchacho que está trabajando como corresponsal en Roma, no está en Roma. Pero

hemos sabido, con toda seguridad, que en esos momentos se halla en Jerusalén, precisamente para hacer un reportaje sobre la visita de Sadat a Israel. Respecto a los dos tripulantes casados, uno de ellos reside en Los Ángeles, concretamente. Y allí, en Los Ángeles, su mujer ha sido localizada. Está en el aeropuerto, protegida por la policía y sometida a entrevistas por numerosos periodistas. No parece que debamos preocuparnos por ella en ningún sentido. La esposa de otro de los casados, la que vive en New Jersey, está simplemente en su casa, se la ha visto a través de los ventanales comportándose normalmente. No parece que haya nadie con ella. Y queda, finalmente, la otra azafata, la muchacha llamada Marylin Brennan, la que vive con su madre. Hemos estado llamando por teléfono a su domicilio, pero no hemos obtenido ninguna respuesta.

—Quizá tenga el teléfono estropeado —musitó Brigitte. Simón-Floristería movió negativamente la cabeza.

—No. Hemos recurrido a la central de teléfonos para que hiciese unas comprobaciones y nos han asegurado que ese teléfono está en normal funcionamiento. Lo único que podemos pensar es que o la madre de Marylin Brennan no está en casa, o… que si está allí no está sola y alguien le impide coger el teléfono.

—Interesante deducción, Simón —sonrió Brigitte.

—Ya sé que quizás estoy desorbitando un poco las cosas —sonrió también el espía—, pero todo lo que estoy haciendo es seguir la línea mental de usted respecto a las pocas posibilidades que tenemos.

—En efecto. Tenemos muy pocas posibilidades, así que las pocas que tenemos hay que aprovecharlas.

3

Esta vez no fue el timbre del teléfono el que sonó, sino el de la puerta del pequeño apartamento, y los tres hombres que estaban sentados en el saloncito, así como la mujer de mediana edad que permanecía muy rígida sentada en un sillón, miraron hacia la procedencia del sonido del timbre.

Luego, la señora Brennan miró uno a uno a los tres hombres que desde primeras horas de la mañana, desde poco después de marcharse Marylin para el vuelo Nueva York-Londres, habían penetrado en su apartamento. Habían dicho llamarse Nolan, Irwin y Homphrey, y habían expuesto la situación de tal modo que la señora Brennan todavía no se había recuperado de su horror.

—¿Espera usted visita? —preguntó el llamado Nolan.

—No —casi tartamudeó la mujer—… Bueno, no lo sé… No estoy citada con nadie, pero cualquier persona amiga puede haber decidido visitarme.

—Por supuesto, no va usted a contestar —dijo secamente el llamado Homphrey.

Permanecieron en silencio los cuatro. A los pocos segundos, el timbre de la puerta volvió a funcionar. Los tres hombres cambiaron unas miradas un tanto tensas, pero permanecieron inmóviles. Irwin susurró:

—Sea quien sea, ya se marchará.

El timbre volvió a sonar por tercera vez a los pocos segundos, y por cuarta vez, y por quinta vez…, y todavía sonó por sexta vez, antes que Nolan se pusiera en pie con gesto furioso, mascullando:

—Me dan ganas de recibir a quién sea y partirle la cabeza.

—Tranquilízate —dijo Irwin—. Y estoy pensando que quizá sería mejor abrir. Sea quien sea podemos retenerlo aquí también, con la madre de la azafata. En cambio, si lo dejamos marchar, quizá piense que a esta mujer le ha ocurrido algo y avise a la policía o a otras

personas… La situación podría complicarse mucho por no abrir esa puerta.

De nuevo quedaron todos en silencio.

Y el timbre volvió a sonar, cada vez más insistente. Homphrey hizo una seña a Irwin y ambos salieron del saloncito. Llegaron ante la puerta del apartamento tras recorrer el corto pasillo e Irwin echó a un lado el pequeño medallón de latón que tapaba la mirilla gran angular. Tras echar un rápido vistazo dejó caer en silencio el medallón y miró a su compañero:

—Es una muchacha —susurró—. Una rubia muy bonita que lleva un uniforme de azafata. Me parece que es de la Panam.

—Debe de ser una amiga de la azafata del Jumbo —susurró también Homphrey—. ¿Qué hacemos?

—No sé. Por su gesto yo diría que está dispuesta a continuar llamando hasta que alguien la atienda.

—Bueno —susurró de pronto Homphrey—… Que pase. Todo lo malo que puede ocurrir aquí le ocurrirá a ella, no a nosotros, ¿verdad?

—Cierto —sonrió Irwin—. Y además, ella puede ayudarnos muy agradablemente a entretener la espera.

Dicho esto, Irwin asió el pomo de la puerta y la abrió. En efecto, en el descansillo había una hermosa muchacha rubia de ojos verdes que llevaba el uniforme de azafata de vuelo de la Panam. Alta, esbelta, de cuerpo escultural… Sencillamente preciosa. En su manita izquierda sostenía un gracioso maletín de fondo rojo con florecillas azules estampadas. Al ver a los dos hombres, abrió mucho los ojos, retrocedió un paso y miró hacia lo alto de la puerta. Luego volvió a mirar a los dos hombres, un tanto desconcertada.

—Perdonen… Estoy buscando a la señora Brennan, la madre de Marylin. Juraría que la dirección que Marylin me dio…

—No se ha equivocado usted —sonrió Irwin amablemente—… Pase, por favor.

La muchacha entró en el apartamento y miró sonriente a los dos hombres cuando estos hubieron cerrado la puerta.

—Estaba a punto de marcharme, pero la verdad es que me disgustaba estar todo el día en Nueva York sin visitar a Marylin. ¿Ella no está?

—No —sonrió Homphrey—. Pero está su madre. Pase, por favor,

pase.

—Gracias —sonrió de nuevo la rubia azafata.

Segundos después entraba en el saloncito donde permanecían la señora Brennan y Nolan, que al ver a la rubia abrió mucho los ojos, miró a sus compañeros, y luego, sonriendo, se puso en pie.

—Buenas tardes —saludó la rubia—… Usted no me conoce, señora Brennan, pero soy amiga de Marylin. Nos conocimos en Londres, donde resido yo habitualmente, y ella me dijo que siempre que viniese a Nueva York la visitase… Es más, me ofreció su apartamento para que pudiese ahorrarme unos cuantos dólares de hotel siempre que estuviese en Nueva York. No sé si le habrá hablado a usted de mí. Me llamo Lili Connors.

La señora Brennan tragó saliva y movió la cabeza negativamente.

—No —musitó—… Lo siento, señorita Connors, pero Marylin no me ha hablado nunca de usted.

—Vaya —hizo un gesto de disculpa Lili Connors—… Bueno, siento haberla molestado. Venía a ver a Marylin, pero quizá no sea este el momento oportuno.

—Claro que es oportuno —dijo Irwin—. No hay ningún inconveniente en que se quede usted, ¿verdad, muchachos?

—Ninguno —sonrió Nolan—… Absolutamente ninguno.

—Oiga —sonrió Homphrey—… ¿No será usted la que ha estado llamando varias veces por teléfono?

—Pues sí —asintió Lili Connors—. Llegué a la conclusión de que posiblemente estaba estropeado o que, en todo caso, aunque Marylin no estuviera ahora en casa, podía volver en cualquier momento, y por eso me decidí a venir antes de buscar un hotel. Pero ya les digo que si molesto…

—De ninguna manera. Es usted muy bien recibida aquí. Por favor, siéntese.

—La verdad es que estoy deseando tomar una buena ducha —sonrió la bellísima Lili Connors—. Y luego, si a ustedes no les importa, después de cambiarme, desearía ir a divertirme un poco por Nueva York.

—Lo comprendemos perfectamente —asintió Irwin—. Permítame indicarle dónde está la ducha… porque en vista de que la señora Brennan no la conoce a usted, supongo que es la primera

vez que viene a este apartamento.

—Oh, sí, es la primera vez, desde luego.

—Pues voy a tener mucho gusto en mostrarle todas las comodidades a fin de que usted las utilice a su gusto y conveniencia. Venga por aquí, por favor.

—Muchas gracias. Bueno —Lili se volvió a mirar a la señora Brennan—, siempre y cuando usted esté de acuerdo en que me quede, señora Brennan.

—Naturalmente que está de acuerdo —dijo Irwin tomando del brazo a Lili—. Venga conmigo, venga.

Abandonaron los dos la pequeña sala de estar y fueron hacia los dormitorios. Al llegar al distribuidor de dormitorios, Irwin señaló una de las cuatro puertas y dijo:

—Este es el cuarto de baño. Las otras tres puertas corresponden a otros tantos dormitorios; puede usted elegir el que más le guste.

—Oh, voy a elegir el que no esté ocupado por Marylin o por su madre, naturalmente. Pero no sé cuál de ellos es.

—Pues yo tampoco —quedó perplejo Irwin—. Lo mejor será que vaya a preguntárselo a la señora Brennan mientras usted se desnuda.

—Se lo agradezco mucho, señor.

—¡Bah, bah, bah…! No tiene importancia. Estamos encantados de poder atender a una amiguita de nuestra querida Marylin.

—Es usted muy amable, de verdad.

Irwin sonrió y abrió la puerta de uno de los dormitorios.

—Puede usted ir desnudándose aquí, mientras tanto.

—Sí, sí, muchas gracias de nuevo.

Irwin cerró la puerta, dejando sola a Lili Connors. Pero Irwin no se alejó a preguntar nada a la señora Brennan. Simplemente permaneció delante de la puerta, inmóvil y silencioso, calculando mentalmente los movimientos de la preciosa azafata rubia. Cuando calculó que esta se había quitado ya el uniforme y la ropa interior, y que debía de estar desnuda quizá buscando una toalla o un albornoz, Irwin, simplemente, puso la mano en el pomo de la puerta, lo hizo girar, la empujó y entró.

En efecto.

Lili Connors estaba completamente desnuda. Había abierto un armario, y evidentemente estaba buscando en él alguna toalla o

prenda que pudiese servirle para ir hasta el cuarto de baño. Al oír la puerta, lanzó una exclamación y se volvió vivamente.

—¡Qué susto me ha dado! —exclamó, mientras subía las manos intentando ocultar sus senos y cruzaba las piernas colocándose un poco de lado.

—Lo siento —sonrió Irwin—. Le aseguro que no era esa mi intención. Ni siquiera recordaba que debía de estar usted desnudándose.

—Pues ya ve —sonrió encantadoramente la rubia—. Me ha atrapado usted mucho más que desnudándome.

Esta vez Irwin no contestó. Se pasó la lengua por los labios mientras sus ojos recorrían el espléndido cuerpo, que parecía de seda y de oro, que tenía ante él. Las manos resaltaban como preciosas flores en los erguidos y vibrantes senos desnudos. La forma del cuerpo de Lili Connors era tan bella que Irwin comenzó a sentir tremendas oleadas de sangre que llegaban con fuerza y calor a sus sienes. Sin decir palabra, comenzó a acercarse a Lili Connors, que abrió mucho los ojos y su expresión pasó a ser de simpáticamente pícara y maliciosa a preocupada.

—Creo… creo que sería mejor… que saliese usted ahora de aquí, señor —casi tartamudeó.

—Luego —jadeó Irwin, llegando hasta ella, que quedó apoyada en el armario—… Luego saldré de aquí, dentro de un rato. Antes, tú y yo vamos a distraernos un poco.

—¿Qué… qué es lo que pretende usted? —gimió Lili.

—Pronto lo vas a saber —farfulló Irwin, tendiendo las manos hacia ella.

Lili Connors también tendió de pronto una de sus manitas hacia Irwin. Al hacerlo, el pecho que había estado ocultando quedó a la vista del hombre, tremolando en una turgencia y elasticidad que aún hizo acelerar más su caliente sangre.

Pero su sangre se enfrió muy rápidamente, cuando aquella delicada manita que parecía una flor quedó de pronto rígida y se abatió en un seco impacto en un lado de su cabeza. Se oyó un leve chasquido en la frente de Irwin y este quedó de pronto inmóvil, con la boca abierta y los ojos completamente en blanco. Pareció que iba a quedarse así, como convertido de pronto en estatua, pero poco a poco comenzó a caer hacia delante.

Lili Connors lo recibió en sus brazos, lo depositó suavemente en el suelo, le tomó el pulso asegurándose de que estaba vivo, y luego le arrebató la pistola con silenciador que Irwin llevaba en la funda axilar.

Con esta pistola en la mano, y sin pararse en contemplaciones respecto a su desnudez, Lili Connors abandonó el cuarto, recorrió el pasillo y apareció súbitamente en el umbral de la sala de estar.

La primera en verla fue la señora Brennan, que lanzó un respingo y se quedó mirándola con expresión desorbitada. Nolan y Homphrey miraron los dos a la vez hacia allí, sobresaltados, y al ver a la muchacha desnuda hubo como un inicio de sonrisa en sus bocas. Pero enseguida vieron la pistola que ella tenía en la mano derecha y que comenzaba a alzar, y la sonrisa se les convirtió en una mueca feroz de alarma.

—¡Pero que…! —comenzó a exclamar Nolan, llevando la mano hacia su sobaco izquierdo.

Plop, chascó la pistola de su compañero Irwin, manejada por Lili Connors en el umbral de la sala de estar.

La bala acertó de lleno a Nolan en la frente, y lo derribó con tremenda violencia hacia atrás, con los pies hacia arriba. Cayó de cabeza, rebotó como un muñeco, y quedó tendido de cara al techo, con los ojos desorbitadamente abiertos, fijos en este…, pero ya sin verlo.

Para entonces, demudado el rostro, moviéndose con gran rapidez, Homphrey había conseguido sacar su pistola, que comenzaba a orientar hacia Lili Connors.

Plop, plop, disparó de nuevo esta sin que se alterase un solo músculo de su rostro. Como en un escalofriante, aterrador tiro al hombre, las dos balas disparadas ahora por Lili Connors llegaron hasta Homphrey. Una le acertó en pleno corazón, y la otra, simultáneamente, le acertó en la frente, colaborando así al impulso que le infería la primera bala. Un impulso de tal violencia que Homphrey saltó hacia atrás, cayó de riñones sobre el respaldo del sofá, que estuvo a punto de volcar, y finalmente, retorcido su cuerpo, cayó al otro lado del mueble.

Rápidamente, desplazándose como si bajo sus pies hubiese silenciosas ruedecitas, Lili Connors se deslizó hacia detrás del sofá, siempre preparada la pistola.

Pero una simple mirada le bastó para asegurarse de que, tal como era corriente y normal en ella, sus disparos habían sido absolutamente certeros.

Con la mirada fija en el cadáver de Homphrey, Lili Connors musitó:

—¡Va por ti, Ernest Mims-Simón!

Luego miró a la señora Brennan, que estaba rígida, y cuyo rostro tenía la lividez de la muerte. Lili se acercó a ella, dejó la pistola sobre una mesita y tomó las manos de la mujer.

—Señora Brennan… ¡Señora Brennan!

—Dios mío —gimió de pronto la mujer—… Dios mío…

—Tranquilícese. Sé que todo esto es horrible, pero no he tenido más remedio que hacerlo. Esta clase de hombres no se habrían parado en consideraciones.

La señora Brennan no podía ni contestar. Estaba sollozando, y su cuerpo se estremecía violentamente a cada sollozo. Lili Connors la tomó de los brazos, la puso en pie, y la sacó de la salita, casi teniendo que sostenerla en vilo.

—Lo mejor será que se instale usted en su dormitorio, señora Brennan, y no salga para nada de ahí. ¿Cuál es su dormitorio?

La mujer continuó caminando como pudo hasta llegar a una de las puertas. Lili Connors la empujó, ayudó a la señora Brennan a entrar, y de pronto quedó como si sus pies hubiesen quedado como atornillados en el suelo. Su mirada quedó también fija… en el aparato que estaba instalado en el suelo, junto a la ventana del dormitorio.

—¡Por Dios! —exclamó.

La señora Brennan consiguió reaccionar. Con expresión desorbitada se quedó mirando el mismo aparato, y de pronto comenzó a tartamudear.

—Es un aparato que tiene un proyectil de… de gran poder explosivo. Me… me dijeron que lo instalaban aquí, porque si yo hacía… hacía algo que les disgustase… u ocurría algo que los pusiera en peligro… iban a disparar una granada sobre un hospital de niños que hay tres manzanas más allá.

Lili Connors estaba ahora tan pálida como la señora Brennan, mientras notaba un fortísimo zumbido en los oídos. Pero se repuso inmediatamente, y llevó a la señora Brennan al otro dormitorio.

Dejó a la mujer allí, salió, cerrando la puerta, y regresó al dormitorio en el que estaba instalado el aparato. Era un lanzamisiles, y estaba debidamente cargado para disparar un proyectil Sam-7.

Acercó la mano al aparato, pero la retiró vivamente. ¿Y si tocaba algo que no debía, o había algún mecanismo que funcionaba si el aparato era tocado por alguien que no lo conocía…, y el proyectil salía por la ventana tal como estaba proyectado?

Regresó a toda prisa al dormitorio en el que había dejado a Irwin desvanecido con el tremendo golpe de karate. Todavía sin hacer reparos en su desnudez, Lili Connors colocó su maletín sobre la cama, lo abrió y sacó la pequeña radio de bolsillo.

Apretó el botón de llamada, y en el acto una voz de hombre sonó en la radio:

—¿Sí? Diga.

—Simón, están aquí. Hemos acertado. Son tres hombres… y tienen instalado un lanzamisiles con un proyectil ya colocado. Necesito inmediatamente un técnico en este tipo de aparatos.

—¡Por el Cielo! —aulló Simón.

—Dense prisa. Y sobre todo, no vengan más que ustedes dos y lo más discretamente posible.

—Descuide. Estaremos ahí antes de quince minutos.

—De acuerdo.

—¡Y no toque nada!

—No se preocupe por eso.

Lili Connors cerró la radio, fue a donde había dejado su indumentaria de azafata y procedió a vestirse rápidamente. Cuando terminó, Irwin todavía no había recuperado el conocimiento. Aprovechando esta circunstancia, Lili Connors…, es decir, naturalmente, Brigitte Montfort, alias Baby, asió por la ropa del cuello al criminal, y lo arrastró hasta el saloncito. Regresó al dormitorio en busca de su maletín y con el rollo de esparadrapo de color carne que siempre llevaba en este, procedió a sujetar los tobillos y las muñecas de Irwin, dejándolo luego tirado en un sillón. Colocó acto seguido a Nolan y Homphrey juntos a los pies de Irwin, y se sentó en otro sillón. Todo lo que tenía que hacer era esperar.

Como quiera que mientras estaba desvanecido había tenido la cabeza caída sobre el pecho, lo primero que vio Irwin al abrir los

ojos fue los cadáveres de sus compañeros colocados ante sus pies. Respingó fuertemente, y alzando la cabeza quiso ponerse en pie. Pero debido al esparadrapo que sujetaba sus pies, no pudo moverlos adecuadamente, perdió el equilibrio y volvió a caer sentado, mientras se daba cuenta de su situación. Casi al mismo tiempo, veía sentada ante él a la preciosa azafata rubia que él conocía con el nombre de Lili Connors. Pero no estaba sola. Ahora, detrás de ella había dos hombres, que le contemplaban con una dureza que hizo estremecerse a Irwin.

—Usted no es cubano, naturalmente —dijo Lili Connors.

Irwin fue a hablar, pero no pudo. Se aclaró la voz y entonces sí pudo decir, mientras asentía con la cabeza:

—No. Soy norteamericano.

—De acuerdo. De todos modos, está usted trabajando para ese cubano barbudo, al que nosotros, la CIA, hemos bautizado con el nombre de Tartamudo. ¿Es así?

—Sí —tragó saliva Irwin—, así es.

—Bien. ¿Sabe usted quién soy yo?

—No… Bueno, usted ha dicho que…

—Oh, vamos, no sea estúpido. Naturalmente, no soy azafata, ni me llamo Lili Connors, pero seguramente ha oído hablar de mí con otro nombre. Soy la agente Baby de la CIA.

Irwin quedó tan blanco como si hubieran volcado sobre su rostro un cubo de yeso.

Y tan blanco como su rostro destacaban las córneas de sus desorbitados ojos, fijos con expresión entre incrédula y aterrada en la preciosa rubia.

—Sí —jadeó por fin—. He oído hablar de la agente Baby.

—Muy bien. En ese caso supongo que no se está usted llamando a engaño con respecto a mí y a mis posibilidades de ser mala o buena según las circunstancias. En estas circunstancias, considerando el plan en que estén ustedes englobados, y el plan particular de su grupo, por el que habrían sido capaces de disparar un proyectil Sam-7 contra un hospital de niños, espero que comprenda que mi actitud no va a ser precisamente benévola con usted. ¿Lo entiende?

—Sí…, sí, lo entiendo.

—Magnífico. Así pues, vamos a ver cómo funciona su

inteligencia y su instinto de conservación. Esta es la pregunta: ¿dónde puedo encontrar cuánto antes a Tartamudo?

—No lo sé. Le juro que no lo sé.

—Está usted eligiendo el peor camino.

—¡Le digo que no lo sé! —gritó Irwin.

—Entonces, le diré lo que yo sé respecto a usted. En primer lugar, y bajo mi… dirección, va usted a ser sometido a tal tortura física que le aseguro me dirá todo lo que yo quiero que me diga. Ya desde este apartamento saldrá usted convertido en unos despojos hacia Langley, es decir, hacia la Central de la CIA. Una vez allí, será encerrado en uno de los calabozos secretos, dónde será utilizado hasta el fin de sus días en los más variados experimentos que nuestros expertos en interrogatorios de todas clases puedan imaginar. Por poca imaginación que tenga usted, podrá comprender lo que significa que un ser humano sea encerrado en un calabozo secreto de la CIA y sometido a toda clase de experimentos. No sé si me he explicado suficientemente bien.

—¡No lo sé! —chilló agudamente Irwin, dando tirones a sus pies y a sus manos, intentando soltarse, congestionado ahora el rostro por la angustia—. Le estoy diciendo que no lo sé. No podré decirle dónde está Tartamudo aunque me hagan pedazos. ¡Le digo que no lo sé!

Estaba tan aterrado, tan congestionado por el espanto de su futuro tan bien expuesto por la agente Baby, que su rostro, ahora sofocado, parecía hincharse, y sus venas, a punto de reventar en su cuello, en sus sienes y en su frente.

La rubia, que le contemplaba atentamente, sentada en el sillón, lo estuvo escrutando durante unos segundos, antes de asentir con un gesto.

—Me parece que no tengo más remedio que admitir que eso no lo sabe usted. Pero debe de saber algunas otras cosas, ¿no es cierto?

—Sí, sí —jadeó el hombre—, claro que sé algunas cosas que pueden interesarle.

—En ese caso, no dudo que tendrá la amabilidad y la inteligencia de ponerme al corriente de ellas, o de lo contrario ya sabe adónde va a ir a parar usted.

—No… ¡No, no, no! Le diré todo lo que sé. ¡Le juro que le diré absolutamente todo lo que sé!

—¿Y qué es lo que sabe usted?

—No… sé gran cosa. La verdad es que solo sé un número de teléfono de Miami.

—¿Cuál es ese número de teléfono?

—El FR-37140.

—¿A quién corresponde?

—No lo sé. Solo sé que si teníamos alguna dificultad aquí, debíamos llamar a ese número de Miami y notificarlo. No sé quién hay allí, ni ninguna otra cosa. Eso es todo lo que puedo decirle.

—¿Tampoco conoce la dirección en qué está instalado ese teléfono en Miami?

—No.

—¿Ellos conocen este número? Quiero decir: ¿ellos pueden llamar aquí por algún motivo a ustedes para saber si las cosas van bien?

—No. Convinimos que solamente nosotros llamaríamos a Miami si algo ocurría. No se espera que ocurra nada allí, y por lo tanto, nosotros no tenemos que esperar ninguna clase de noticias.

Lili Connors quedó pensativa un par de minutos. Luego, utilizando su radio de bolsillo, se puso en contacto con Charles Alan Pitzer.

—¿Sí? —Sonó una voz de hombre.

—Quiero hablar con el jefe de Sector —dijo Lili.

Inmediatamente, por la radio sonó la voz que tan bien conocía la espía internacional.

—Diga, Baby.

—Tío Charlie, necesito salir inmediatamente para Miami. Y para cuando llegue allá, quiero que nuestros muchachos me hayan localizado el teléfono FR-37140, y, naturalmente, que estén vigilando ese lugar y las personas relacionadas con ese teléfono. Pero que no hagan absolutamente nada. Solamente que vigilen y controlen a todo el personal que tenga algo que ver con el mencionado teléfono. ¿De acuerdo?

—Naturalmente. Voy a dar la orden ahora mismo, y acto seguido le procuraré un vuelo para Miami. Si va a salir enseguida, diríjase desde ahí directamente al aeropuerto. Intentaré que esté todo preparado para que despegue inmediatamente.

—Muchas gracias, tío Charlie. Eso es todo, por ahora. Más

adelante, Simón le comunicará a usted el resto de mis disposiciones aquí, en Nueva York.

—Muy bien.

La comunicación fue cortada. Lili Connors permaneció de nuevo pensativa, aunque esta vez no tanto rato. Miró fijamente de pronto a Irwin y dijo:

—Usted se va a quedar aquí, atendiendo este teléfono. Si llaman de Miami o de cualquier otro lugar por algo relacionado con este asunto, sea quien sea el que llame, usted dirá que aquí todo está sin novedad y funciona según lo previsto. Quiero recordarle que se van a quedar con usted mis dos compañeros, y que cualquier actitud o tono especial de voz por su parte, o cualquier palabra de aviso…, en fin, cualquier cosa que pueda hacerles sospechar que usted pone sobre aviso a sus amigos sobre lo ocurrido aquí, le costará muy caro. No tengo que recordarle mis planes sobre usted si se pone difícil, ¿verdad?

—No —susurró Irwin—. Lo recuerdo todo perfectamente.

—Muy bien. —Brigitte se puso en pie tras guardar la radio en el maletín y cerrar este—. Simón, ocúpense ustedes de que la señora Brennan esté bien atendida. Si fuese necesario, hagan venir discretamente a uno de nuestros médicos. Pero solo en caso estrictamente necesario. Salvo contingencias de este tipo, permanecerán ustedes aquí sin moverse y nadie más debe entrar, y por supuesto, salir.

—*Okay* —asintió Simón-Floristería—. ¿Se va usted hacia Miami?

—Inmediatamente —asintió la divina espía, dirigiéndose hacia la puerta.

4

Pasaban unos minutos de las doce de la noche, cuando el avión especial aterrizó en el Miami International Airport. Solamente un pasajero, es decir, una pasajera, desembarcó de este vuelo privado. Y llevando por todo equipaje un maletín en la mano izquierda, la recién llegada a Miami se dirigió hacia el edificio del aeropuerto. Antes de que llegase a este, dos hombres acudieron a su encuentro. Ella se detuvo, los dos hicieron lo mismo y se quedaron mirándola con amplia sonrisa.

—Hola —dijo uno de ellos—. Me llamo Simón. Lleva usted un bonito maletín, señorita.

—Sí —sonrió también la rubia muchacha—. Es un maletín que hace años me acompaña a todas partes. Adivinen ustedes mi nombre.

—¿Gertrudis? —rio el otro hombre.

—Más o menos —casi rio también la rubia—. ¿Se les ocurre algún otro?

—¿Baby, por ejemplo?

—Exacto —asintió ella—. ¿Han localizado ya el teléfono?

—Naturalmente que sí. Y tenemos controlado el apartamento. Sabemos que hay dos hombres dentro de él.

—Buen trabajo. ¿Algo más digno de mención?

—¡Ya lo creo! —Asintió uno de los agentes de la CIA señalando hacia el edificio del aeropuerto—. Se lo explicaré mientras vamos hacia el coche. Se refiere a Tartamudo: ha vuelto a ponerse en contacto con la Central, de nuevo utilizando el teléfono. Adivine desde dónde ha llamado esta vez.

—¿Desde Miami? —Lo miró sonriente Lili Connors.

—¡Demonios! Bueno, debí suponer que lo adivinaría usted. En efecto, Tartamudo llamó hacia las once de la noche por teléfono a la Central desde aquí, desde la ciudad de Miami. No pudieron localizar

el teléfono, pero sí la ciudad.

—Algo es algo. Y desde luego, no me sorprende ni pizca. Supongo que en ese apartamento del teléfono FR-37140 no habrá ningún sujeto barbudo.

—Lamentablemente, no. Debemos suponer que tal como están… o estaban haciendo en Nueva York, según nos han informado desde allí, Tartamudo mantiene contacto con sus distintos grupos de hombres también telefónicamente. Así pues, para saber si las cosas van bien, no necesita acercarse a ellos en absoluto.

—Está bien. En un momento u otro Tartamudo tendrá que intervenir personalmente en ese juego. ¿Qué es lo que han hablado esta vez nuestro Tartamudo amigo y nuestros jefes de la Central?

—Sus condiciones han sido tajantes y definitivas. Quiere que, en primer lugar, los presos sean colocados en un avión junto con los cien millones de dólares, y que ese avión salga hacia Miami. En Miami, los presos y el dinero pasarán a una avioneta que él tendré preparada, y tendrán salida libre hacia el Atlántico, suponemos que hacia Cuba, puesto que el resto de las condiciones parecen encajar con esta suposición.

—¿A qué se refiere?

—Bueno… Como le digo, primero los presos y el dinero llegan a Miami, y desde Miami salen en esa avioneta privada que Tartamudo tendrá preparada. Mientras tanto, en Los Ángeles, el Jumbo despega y viene hacia aquí, pero no aterrizará en el aeropuerto de Miami, sino que proseguirá el vuelo hacia La Habana. Allí, el avión aterrizará, los secuestradores se marcharán libremente, y el avión con todos sus pasajeros quedará a disposición de las autoridades cubanas, y, en fin, esperando una rápida solución tras los trámites legales.

—Es decir, que primero Tartamudo quiere recuperar a sus compinches y tener los cien millones de dólares. Luego, dará la orden para que el Jumbo despegue de Los Ángeles rumbo a La Habana. Y desde La Habana el Jumbo podrá regresar a Nueva York y proceder a su vuelo normal hacia Londres con los pasajeros que estén en condiciones de hacerlo.

—Así es.

—Me parece que es demasiado listo nuestro amigo Tartamudo, pero me temo que no tenemos más remedio que aceptar esas

condiciones. ¿Verdad?

—Así parece —dijo Simón con tono resignado.

—Estudiaremos esa proposición. ¿Cuándo espera recibir Tartamudo en Miami el dinero y sus hombres?

—Bueno…, en la Central se las han arreglado para alargar esto lo máximo posible. Han dicho que el avión despegará del aeropuerto de Washington por la mañana, y llegará a Miami hacia el mediodía.

—A eso le digo yo efectivamente ganar tiempo —asintió Lili Connors—. ¿Saben ustedes si Tartamudo ordenará a sus hombres que tienen secuestrado el Jumbo que permitan la entrada en este a personal médico para atender a los pasajeros?

—Ha asegurado que no habrá ningún problema en ese sentido, después de que sus hombres y el dinero hayan partido desde Miami en la avioneta privada hacia La Habana.

—Entonces, las cosas no van del todo mal —sonrió secamente Lili.

—Yo no me fiaría demasiado de ese Tartamudo, francamente.

Lili lo miró con gesto de sorpresa y un tanto divertida.

—¿Y usted cree que yo sí me fío de él, Simón?

—Eso es otra cosa. ¿Quiere usted echarle un vistazo al apartamento?

—Querrá usted decir al edificio dónde está el apartamento.

—Bueno, sí. Eso he querido decir, claro.

—Vamos allá.

Era casi la una de la madrugada cuando el coche conducido por uno de los agentes de la CIA se detenía junto al bordillo de una acera. El otro agente de la CIA que iba sentado atrás con Lili Connors, señaló hacia uno de los edificios.

—Ahí lo tiene. El número 64, Trapp Avenue. El apartamento es el 4 B, en el segundo piso.

Baby asintió, y murmuró:

—Supongo que tenemos toda esta zona perfectamente rodeada, y que cualquier movimiento en ese apartamento será detectado de un modo u otro.

—Por supuesto que sí.

—Muy bien. En ese caso, despiértenme si sucede algo. Si todo sigue igual, déjenme dormir unas cuantas horas. ¿Les parece bien?

—Naturalmente —sonrieron los dos agentes de la CIA.

Segundos después, y para pasmo de ambos, tras quitarse solamente las lentillas de contacto de color verde, la bella rubia dormía profundamente, recostada en el respaldo del coche.

No tuvieron necesidad de despertarla, porque lo hizo por sí misma cerca de las siete de la mañana. Desde esa hora hasta las ocho no ocurrió nada. Poco antes de las ocho, sin embargo, dos hombres llegaron al edificio número 64 de Trapp Avenue y entraron en él. Unos seis o siete minutos más tarde de que los dos individuos hubieron entrado en el edificio, salieron otros dos individuos, y nada más verlos, el agente de la CIA que estaba junto a Baby los señaló:

—Esos son los que estaban en el apartamento.

—Parece que les ha llegado el relevo —asintió la espía internacional—. Muy bien, vamos a ver adónde van esos caballeros. Sigámosles, pero con las debidas precauciones. No me fallen en esto, por favor.

—Descuide —afirmó el Simón que estaba al volante del coche.

La persecución fue en verdad breve, y hasta podía haberse realizado a pie, ya que los dos hombres no utilizaron coche para desplazarse. No valía la pena: su lugar de destino estaba en el Yacht Basin.

Como quiera que en cuanto los dos hombres hubieron cruzado Bayshore Drive, Lili ya comprendió que no iban a utilizar coche alguno, se apeó del suyo, y terminó la persecución de los dos sujetos a pie. De este modo, los vio llegar al embarcadero de yates, y dirigirse directos hacia uno de ellos. Poco después, la agente internacional regresaba al coche en el que la esperaban los dos Simones, previendo la posibilidad de que los dos sujetos en cuestión hubiesen recogido un coche allí para ir a otro lugar.

—Han abordado un yate anclado en Yacht Basin —murmuró Lili —. El yate tiene el nombre de *Goro*. Quiero saber inmediatamente a quién pertenece.

Simón asintió y recurrió a su radio de bolsillo.

—¿Simón? Aquí Simón acompañando a Baby. Necesitamos saber urgentísimamente a quién pertenece un yate llamado *Goro*… Un momento —miró a Lili Connors—. Supongo que es de bandera

norteamericana.

—Sí, sí, por supuesto —asintió Lili.

—Ya lo has oído, Simón —dijo Simón—. Un yate norteamericano llamado *Goro*. Está anclado en Yacht Basin.

—*Okay* —sonó la voz de un hombre—. ¡En movimiento todos!

—Y deprisa —rio Brigitte acercando su boquita a la radio.

Se oyó la risa del otro Simón. La comunicación quedó cortada. El Simón que estaba ante el volante sacó cigarrillos, y se volvió para ofrecer a sus compañeros de la CIA. Fumando los tres, se dispusieron a esperar, siempre manteniendo vigilado el sector hacia el mar por el que quizá podían volver a aparecer los dos sujetos que ya conocían.

Pero no aparecieron. Y hacia las nueve de la mañana, la radio de los tres zumbó simultáneamente. El agente que estaba junto a Lili sacó la suya y admitió la llamada.

—¿Sí?

—El yate *Goro* pertenece a un millonario norteamericano, residente en Miami, llamado Alger Stripling. ¿Lo investigamos?

Brigitte agarró la mano de Simón para acercarla a su boca, y dijo:

—Con toda la discreción de mundo, Simón, pero quiero una investigación y un informe completísimo sobre Alger Stripling y sus actividades.

—¿Actividades? Ya le he dicho que es millonario.

—Bueno. Pues entonces me gustaría saber cómo se ha hecho millonario.

—*Okay* —se oyó la risa del otro—. De nuevo todos en movimiento.

—Muchísimas gracias.

La comunicación fue de nuevo cortada.

Lili Connors quedó una vez más pensativa, con la mirada perdida, y por fin, como dándose la razón a sí misma sobre sus pensamientos, asintió con un gesto y se colocó el maletín sobre las rodillas. Lo abrió, rebuscó en él, y tras unas cuantas maniobras una pequeña jeringuilla inyectable quedó en su mano derecha. Con ella absorbió un líquido oscuro que contenía una botellita, y sin más contemplaciones se clavó la aguja en su brazo izquierdo, y, lentamente, fue apretando el émbolo hasta que el líquido penetró

completamente en su cuerpo.

Retiró la jeringuilla, la guardó cuidadosamente, así como la botellita de la cual había extraído una dosis de aquel líquido oscuro, y se quitó las lentillas de contacto de color verde, sustituyéndolas acto seguido por otras lentillas, pero de color oscuro.

Finalmente, del maletín sacó una funda de raso negro, con la que forró el propio maletín, ocultando así su simpático estampado de florecillas azules sobre fondo rojo. Con el maletín negro sobre sus rodillas, la espía miró a uno y a otro Simón, y sonrió cuando vio aparecer en sus rostros perplejos, una expresión que se aproximaba mucho al espanto.

—¿Qué les ocurre? —preguntó—. ¿Está sucediendo algo terrible, quizá?

Los dos agentes de la CIA tragaron saliva, y continuaron con la mirada fija en la rubia señorita Connors. La cual se quitó la peluca rubia, dejando al descubierto sus negros cabellos. Más negros todavía que su piel, que iba tomando un color oscuro debido a la dosis que se había inyectado de *Blackcolor*, uno de los más geniales inventos de Mc Gee, el jefe de Armamentos Especiales de la CIA.

—¡Cielo Santo! —jadeó por fin el Simón que estaba al volante.

—¿Ya estoy negra? —sonrió Lili Connors.

—Bueno, yo no diría que está usted negra…, pero sí está de un bonito color chocolate. ¡Por todos los diablos! ¿Cómo ha conseguido usted esto?

—Inventos de la CIA, querido Simón. En resumen, que con mis ojos negros, el cabello negro y mi piel negra, parezco simple y lógicamente una preciosa negrita, ¿no es así?

—¡Ya lo creo que parece negrita!

—¿Y preciosa no? —Frunció el ceño Baby.

—También, también —rio el espía.

—Espero que opinen lo mismo otros caballeros. Quédense aquí y pidan ayuda para tener controlado en todo momento ese yate. Hasta luego.

—Pero… ¿adónde va?

—Voy a ver si consigo que alguien me invite a dar un paseo en yate. No se preocupen por mí.

La preciosa negrita de cuerpo vibrante y escultural se apeó del coche y comenzó a caminar decididamente hacia el embarcadero de

yates. Llegó allí en un par de minutos, sin prisas, y como quien está paseando, se fue acercando al yate *Goro*. Durante unos minutos la preciosa negrita estuvo paseando por allí, mirando hacia los yates con gesto malicioso. Finalmente, cuando vio que en la cubierta del *Goro* aparecían un par de hombres, se fue acercando. Llegó frente al yate, se apoyó en el noray al cual estaba amarrado, y se quedó mirando a los dos hombres, que la contemplaban con no menos maliciosa sonrisa.

—¡Hola! —Saludó ella agitando una manita—. ¿Tenéis un cigarrillo, amigos?

—Seguro que sí —dijo uno de los dos hombres.

—¿Y por qué no me convidáis? Se me han terminado los míos.

—Con mucho gusto. Sube. —Hizo un gesto con el brazo—. Nos encantará ver cómo echas humo por esa naricita tan encantadora.

La negra sonrió, se dirigió a la pasarela sin timidez alguna, y segundos después abordaba el hermoso yate. Uno de los tripulantes le tendió el paquete de cigarrillos y el otro le ofreció la llama de su encendedor. Los dos se quedaron mirándola muy expresivamente cuando ella comenzó a fumar. Las miradas de ambos recorrieron el bellísimo cuerpo de arriba a abajo.

—¿Estás buscando a alguien?

—Psé —encogió los hombros la negra—. Para no perder la costumbre.

—Bueno, quizá ya hayas encontrado lo que estás buscando.

—Quizás. —Ella sonrió y los miró a su vez a los dos de arriba a abajo—… Aunque, para ser sincera con vosotros, no sois precisamente mi tipo.

—¿Ah, no? —Frunció el ceño uno de ellos—. ¿Y cuál es tu tipo, si puede saberse?

—Pues mi tipo sería, por ejemplo, el propietario de este yate.

—Claro, claro. Nosotros somos poco para ti. ¿No es eso?

—No he dicho eso —amplió su cautivadora sonrisa la negrita—. Pero lo que a unos les cuesta mucho obtener, a otros se lo daría gratis si me ayudasen a obtener un buen… premio por mi compañía.

—De modo que eres una puta marítima —rio el otro.

—Eres un grosero y un animal —frunció el ceño la negrita—. Y por mí puedes irte a la mismísima…

—Espera, espera —rio el hombre—. No te lo tomes así, mujer. A nosotros no nos molesta en absoluto que tú tengas unos buenos ingresos gracias a tu triángulo. Además, a lo mejor podríamos proporcionarte algo que valdría la pena.

—¿Ah, sí? —Volvió a sonreír la negrita—. Eso ya es otra cosa. ¿Queréis decir con eso que el yate es vuestro?

—¿Te sorprendería?

—Pues… la verdad es que no. Todo el mundo viste con la facha que quiere, y aunque vosotros no tenéis facha de millonarios, podéis serlo. ¿Por qué no?

—Eso: ¿por qué no? ¿Te gustaría ver el yate por dentro?

—Me encantaría —exclamó la negrita—. Ya he visto muchos, pero nunca me canso de contemplar el interior de un yate. Para mí, un yate significa más confort, más lujo…, y más vida alegre y divertida que el más cómodo de los palacios.

Los dos hombres se echaron a reír, señalaron la puerta de entrada al interior del yate, y comenzaron a caminar los tres hacia allí, la negrita en medio y aceptando la mano de uno de los hombres en su brazo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el que la sujetaba, mientras descendían la pulida escalerilla.

—María Flores. Pero los amigos me llaman Mariflor.

—¡Toma! —rio el otro—. Ese sí que es un nombre verdaderamente bonito, Mariflor.

—Eso me parece a mí. Pero además tengo cosas mucho más bonitas que el nombre.

—Eso nadie lo duda…, aunque a veces conviene asegurarse. Conocí una vez una pelirroja sensacional, que luego, cuando fuimos a meternos en la cama, resultó que llevaba los pechos postizos.

—Nada de eso va conmigo —refunfuñó la negrita—. Yo no llevo postizas ni las pestañas.

—Hablar no cuesta nada —rio el otro.

—¿Estáis solos en el yate?

—Se puede decir que sí. Tenemos a bordo a dos tripulantes que han pasado la noche fuera, y que ahora están durmiendo en uno de los camarotes.

—Entiendo, Supongo que se han corrido una buena juerga y que ahora tienen que descansar.

—Así es. Unos se corren la juerga de noche y otros de día.

—¿Te gustaría ver el camarote principal? —ofreció el otro.

—Me encantan los camarotes principales.

Los dos hombres se echaron a reír, se miraron por detrás de la cabellera de Mariflor y se guiñaron un ojo. Recorrieron el pasillo que conducía a los camarotes, lo abrieron y se apartaron, cediendo el paso a la negrita, que entró tranquilamente, mirando como maravillada a todos lados.

—¡Qué lugar tan maravilloso! —exclamó.

—Vaya que sí —dijo uno de los sujetos—. Aquí, como ves, no hay literas una encima de otra, sino una hermosa y confortable cama. ¿Te gustaría probarla?

—Oye, oye —se volvió ella—. Me parece que vais muy deprisa.

—Todo el mundo sabe que el tiempo es oro.

—Y por otro lado —terció el otro—, nos gustaría comprobar que no llevas nada postizo.

—Ya, ya. Lo que pasa es que cuando os dieseis cuenta de que no es así, se os pondrían las manos largas como los brazos de un pulpo.

—Que no, mujer, que no. Solo se trata de ver, no de tocar.

—¿De verdad? ¿Solamente vais a mirar?

—Te lo juramos. ¿Verdad, Sánchez?

—Verdad, Morton —asintió el otro.

—Bueno…, si es así…

La negrita dejó en el suelo el maletín de raso negro, se quitó el vestido, y quedó solamente con sujetadores y pantaloncito. Tan solo así, ya se ponía en evidencia que no había nada postizo en aquel espléndido cuerpo que parecía de seda negra. Pero, sonriendo, la negrita llevó aún más allá su demostración respecto a la calidad del material que estaba ofreciendo. Así que se quitó los sujetadores, los puso sobre el hombro de Morton, y alzó los brazos poniendo los brazos en la nuca y moviendo las caderas. Los hermosísimos pechos erguidos vibraron de un lado a otro, haciendo oscilar las ya lujuriosas miradas de los dos hombres.

—¿Y bien? —dijo la negrita—. Por vuestra cara, yo diría que estáis convencidos y que os gusta lo que estáis viendo.

—Nos gusta tanto —dijo Morton— que vamos a tomarlo, Mariflor.

—Eh, un momento —puso ella las manos por delante—. Un

momento, hemos quedado en que…

—Vamos, no seas tonta —sonrió Sánchez—. Vas a ver lo bien que lo vamos a pasar los tres. Y luego te haremos un regalo que te gustará muchísimo.

—Ah, bueno… Si luego va a haber un regalo, procuraré ser lo más cariñosa posible con los dos. Pero… ¿a la vez?

—¿Por qué no? —masculló Morton, tendiendo las manos hacia los pechos de Mariflor.

Esta sonrió y se dejó acariciar. En un instante, los dos hombres la empujaron hacia la cama, la tendieron sobre esta, y Morton, furiosamente, sofocado, saltó sobre la negrita, y empezó a besarle y morderle el cuello y los senos.

—No seas bruto —jadeó ella—. ¡No me gustan las cosas así!

—Yo decidiré lo que te gusta o lo que no te gusta.

—Oye —jadeó también Sánchez—, yo también podría intervenir a la vez si os colocaseis de otro modo.

—¡No! —gritó Mariflor—. ¡No me gustan estas cosas!

—Para ser una putita marítima, eres demasiado exigente, negra —rio Sánchez—. Vamos, Morton, dale la vuelta para que yo también ataque.

Morton rio ahogadamente, abrazó fuertemente el cuerpo de Mariflor y giró buscando así una postura que pudiese complacer a Sánchez, el cual saltó sobre ambos, encendido el rostro, y comenzando a transpirar por la frente. Y allí, en la cama del lujoso camarote del *Goro*, se inició un violento combate de dos hombres contra una mujer, que no parecía dispuesta a aceptar ciertos juegos en los que intervenían tres jugadores en lugar de dos. Estaban los tres tan ofuscados, cada uno intentando obtener su objetivo, esto es, Morton y Sánchez buscando la posesión y la negrita resistiéndose con todas sus fuerzas, cuando se oyó un fuerte golpe y enseguida una voz tronó:

—¿Qué demonios pasa aquí?

Respingando, los dos hombres saltaron de la cama, y quedaron en pie junto a esta, mirando hacia la puerta del camarote. Tendida en la cama, ordenándose los cabellos, Mariflor también miró hacia allí.

En el umbral había dos hombres, de aspecto elegante y próspero, cuyos rostros estaban congestionados por la rabia.

—¿Quién es esta mujer? —bramó el otro.

—Bueno, señor Larsen, verá usted… —comenzó a tartamudear Morton.

—Todo lo que había que ver ya se ha visto —masculló el que estaba más adelantado, caminando hacia el centro del camarote—. ¡Sois un par de malditos puercos!

—Señor Stripling, no se lo tome así, verá lo que ha ocurrido… La negrita estaba paseando por el embarcadero y nos pidió cigarrillos. Subió a bordo para tomarlos y nos hizo la proposición de venir aquí para ganarse unos dólares…

—¡Eso es mentira! —exclamó Mariflor saltando vivamente de la cama—. ¡No tenía la menor intención de acostarme con este par de muertos de hambre! Lo único que convinimos fue que les enseñaría mi cuerpo para que viesen que todo estaba en orden.

—¿Y tú quién eres? —Gruñó Stripling.

—¿Yo? Mariflor.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—Pues lo que hago siempre que tengo oportunidad. Vengo al embarcadero, donde sé que hay yates y por tanto gente de dinero, y me doy una vuelta… Y si alguien me invita a subir…, pues subo.

Los cuatro hombres la estaban mirando fijamente. Por fin, el llamado Stripling parpadeó, asintió con un gesto, y señaló las ropas de Mariflor.

—Vístete. Y quédate aquí, en este camarote. Dentro de un momento vendré a charlar contigo.

—Muy bien —sonrió la negrita.

Salieron los cuatro hombres. En el pasillo, Alger Stripling, el propietario del yate *Goro*, cerró con llave la puerta del camarote, hizo un gesto, y los cuatro se dirigieron hacia el saloncito del yate. Una vez allí, Stripling se quedó mirando con el ceño fruncido a Morton y Sánchez, que estaban cohibidos y no poco preocupados.

—¿Estáis locos? —masculló Stripling—. ¿Os parece que este es el momento de dedicaros a traer putas al yate?

—Bueno, señor Stripling, verá usted…, es que…

—Ya basta —cortó Stripling—. La negra está muy apetecible, pero en nuestras circunstancias todo esto tiene que ser olvidado. Tiempo tendréis y tendremos todos de dedicarnos a esta clase de placeres, cuando el asunto haya terminado. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —farfulló Sánchez—. Le diremos a Mariflor que abandone el yate y que ya nos veremos en otra ocasión.

—Sí, eso es lo que…

En aquel momento, se oyeron fuertes pisadas en la escalerilla que comunicaba el salón del yate con la cubierta. Y enseguida, otro hombre muy elegantemente vestido y muy atractivo apareció, bajando a toda prisa y mirando hacia todos lados.

—¿Dónde está la negra? —exclamó.

Los cuatro se quedaron mirándolo estupefactos.

—¿Cómo sabes que hay una negra a bordo?

—Porque el jefe me ha llamado al radioteléfono del coche y me lo ha dicho. La ha visto subir a bordo, y quiere saber qué significa esto.

—Bueno —masculló Stripling—, en primer lugar, significa que nuestro tartamudo jefe está cerca de aquí, supongo que vigilando para asegurarse de que todo funciona de acuerdo a las últimas instrucciones que nos ha dado. Así que vuelve a tu coche y dile que todo va bien.

—¿Cómo que todo va bien? ¿Y la negra?

Alger Stripling explicó rápidamente a su amigo Sam Melville lo referente a la negra Mariflor, y acto seguido, Melville abandonó el yate, para, desde su coche, atender la nueva llamada que sin duda le haría Tartamudo, y explicarle como estaban las cosas.

Cuando Sam Melville regresó al yate los otros cuatro estaban esperando la última decisión de Tartamudo al respecto.

—¿Se lo has explicado bien? —preguntó Harold Larsen.

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Dice que no se fía ni de su sombra, así que menos aún se va a fiar de una negra. Y desde luego, si no fuese negra, si fuese blanca, las órdenes serían degollarla inmediatamente.

—¿Por qué? —exclamó Sánchez.

—Porque si fuese una mujer blanca la que tenéis ahí dentro, podría ser una persona a la que nuestro jefe teme más que al mismísimo demonio. Pero puesto que es negra, quizá las cosas no sean lo que el jefe teme.

—¿Y qué es lo que teme?

—Digamos que quiere asegurarse de que la negra es lo que dice

ser.

—¿Una puta? —rio Morton.

—Sí.

—No comprendo —movió la cabeza Stripling—. Ella misma lo ha dicho. ¿Qué otra cosa puede ser?

—Bueno —encogió los hombros Melville—. Si es una puta a la caza de millonarios con yate, ella no tendrá ningún inconveniente en hacer un viajecito con nosotros.

—¿Esas son las órdenes de Tartamudo? —exclamó Larsen.

—Sí. Y si no hay contratiempos cuando nos llevemos a la negrita mar adentro, significará que ella es verdaderamente una ramera con clientes de lujo, y que todo está funcionando debidamente.

—¡Claro que está funcionando debidamente! —exclamó Stripling—. Sabemos que el avión ha salido ya de Washington con los prisioneros y con los cien millones de dólares. Dentro de tres horas más o menos llegará a Miami, y la avioneta está ya esperando para emprender el viaje. Nosotros lo que tenemos que hacer ahora es ir a las Bahamas para terminar todo este asunto. ¿Qué es lo que va mal?

—Puede ir mal si esa negrita no es lo que dice ser. Pero si es lo que dice ser, simplemente nos la llevamos, pasamos un buen rato con ella…, eso los que quieran hacerlo, y luego, al agua.

—¿Hay que matarla? —exclamó Sánchez.

—Claro. Porque presenciará toda la maniobra de recogida.

—No me gusta esto —refunfuñó Alger Stripling—. No me gusta nada. Si alguien ha visto subir a la negra a mi yate, y luego la echasen a faltar, quizás eso podría traerme conflictos personales. Y francamente, no me haría ninguna gracia complicarme la vida por una negra.

—Pues esas son las órdenes del jefe —encogió los hombros Melville.

—Nos estamos complicando la vida. Simplemente, echamos a la negra del yate, y asunto terminado.

—Ya se lo he sugerido yo, pero dice que de eso ni hablar. Quiere tener la completa seguridad de que la negra es solo una puta buscona.

—¡Maldita sea!… ¿Y qué otra cosa cree que puede ser?

—Se me está ocurriendo una cosa —alzó la mano Sam Melville

—. Vosotros ya sabéis que a mí me fastidia mucho viajar por mar, y que por eso no tengo yate. Me gusta mucho más volar, así que en lugar de yate tengo una avioneta.

—¿Y a qué viene eso ahora? —Gruñó Larsen.

—Yo creo que al jefe lo mismo le dará que la defenestremos desde el yate que desde mi avioneta.

—Explícate mejor —pidió Stripling.

—Pues verás… Los dos hombres que tenemos en el 64 de Trapp Avenue, ya no son necesarios, puesto que las últimas partes del plan del jefe se han cumplido, y nosotros nos vamos. Voy a llamar desde mi coche por teléfono al apartamento a esos dos, y les diré que me esperen en el aeropuerto en mi avioneta. Una vez haya hecho esto…

Sam Melville terminó de exponer rápidamente su plan. Cuando terminó, Stripling y Larsen cambiaron una mirada, lo volvieron a mirar a él, y asintieron complacidos.

—De acuerdo, Sam. Lo haremos así. Nos encontraremos en Nassau. Eso, siempre y cuando después de hablar con el jefe ahora mismo por el teléfono del coche, él esté de acuerdo con tu plan.

—Por supuesto, si él no lo está, zarparemos con la negrita y asunto concluido. Pero si el jefe aprueba, vendré a buscar a la negra y haremos lo que he dicho.

De nuevo abandonó Sam Melville el yate. Regresó seis o siete minutos más tarde, hizo un gesto de asentimiento a sus amigos y fueron hacia el pasillo. Stripling abrió la puerta del camarote, y Sam Melville entró en este, cerrando a su espalda.

Mariflor, que estaba sentada en el borde de la cama, se puso en pie con gesto airado y espetó:

—¿Con qué derecho me han cerrado ustedes con llave?

—Calma, calma —sonrió Melville—. Hemos estado discutiendo la jugada, precisamente en tu beneficio.

—¿En mi beneficio? —Alzó ella las cejas.

—Sí. En estos momentos, y debido a ciertos negocios, mi amigo no puede llevarte en el yate. Pero yo tengo que solucionar unas pequeñas cosas aquí en Miami, y luego voy a reunirme con ellos a las islas Bahamas, concretamente a Nassau. Si quieres pasarlo bien, y sacar una buena tajada de esta aventurilla, que quizás incluya luego un pequeño crucero por el Caribe, lo mejor que puedes hacer

ahora es venir conmigo.

—¿Adónde?

—Los dos salimos de aquí, yo me voy a resolver esos pequeños asuntos y tú tomas un taxi hasta el aeropuerto internacional. Allí, dos amigos míos te estarán esperando. Subís a la avioneta y me esperáis, Cuando yo haya terminado mis asuntos, que requerirán muy poco tiempo, me reúno con vosotros y partimos hacia las Bahamas. ¿Te parece bien?

—Bueno… No sé… La verdad es que no me hace gracia estar sola.

—¿Cómo sola?

—Quiero decir que sería la única mujer que estaría con vosotros en el yate, y que…

—¡Nada de eso! —Rio Melville—. ¿Acaso crees que nosotros vamos a hacer un crucero por el Caribe llevando solo una mujer? Vamos, no seas ingenua. Hay docenas de preciosas chicas en Nassau esperando un solo gesto para pasarlo bien unos cuantos días en el mar.

—Ah, entiendo —sonrió Mariflor—. Bueno, en ese caso acepto. Supongo que seréis generosos conmigo.

—No tendrás queja ninguna, te lo aseguro. Y te digo esto porque a mí particularmente me gustas muchísimo.

Melville se acercó, abrazó a la negra por la cintura, y le dio un simpático mordisquito en un lado del cuello, deslizando luego sus manos por los tensos pechos de reluciente piel.

—¿Quieres ya empezar? —susurró ella.

—No, no —se separó él riendo—. Ahora vamos a hacer lo que te he dicho. Tomas un taxi, vas al aeropuerto internacional…

—Bueno, pero yo no conozco a tus amigos.

—No te preocupes, ellos te reconocerán. Les diré que estén atentos a la llegada de la negra más preciosa del continente americano y te identificarán enseguida.

—Eres muy amable —rio Mariflor—. Y empiezas a gustarme, ¿sabes?

—Más vale así —rio también Melville, dándole una palmada en las nalgas—. Bueno, vamos allá.

5

Efectivamente, cuando Mariflor llegó al aeropuerto internacional de Miami dos hombres acudieron a ella apenas se apeó del taxi. Dos hombres que ella identificó inmediatamente. Eran los dos que habían acudido al apartamento del 64, Trapp Avenue, para relevar a los que habían estado allí toda la noche, y que ahora estaban durmiendo en el yate *Goro*.

Una vez presentados los hombres, y bien identificada ella, los tres se dirigieron riendo hacia la pista donde les esperaba una magnífica y flamante avioneta pintada de azul y rojo.

Durante el trayecto hacia la avioneta, Mariflor vio perfectamente a Simón y Simón, que, alejados discretamente, la miraban. Los dos estaban mortalmente pálidos, y su indecisión era evidente. La negrita simuló no verlos, y se dijo, que con tan solo esta actitud los dos agentes de la CIA ya tenían que comprender que ella no deseaba su intervención de ninguna manera.

Llegaron a la avioneta, la abordaron, y una media hora más tarde llegó Sam Melville, que subió también a bordo y señaló los mandos.

—Todo está bien —dijo mirando significativamente a los dos hombres—. Yo despegaré.

—Muy bien, señor Melville.

—¿Lo habéis dejado todo en orden y sin dejar pista ninguna en el apartamento?

—Puede estar tranquilo.

—Muy bien. Sentaros y poneros los cinturones. Vamos a despegar inmediatamente.

En la lujosa avioneta privada de Sam Melville había ocho confortables asientos para pasajeros. María Flores ocupó uno de ellos, y se colocó por sí misma el cinturón. En el asiento doble de atrás, Dennis y Hilton ocuparon respectivamente un asiento, y se

abrochаron también los cinturones. Poco después la avioneta comenzaba a deslizarse por la suave pista, y finalmente se elevaba.

Unos ocho o diez minutos más tarde, Sam Melville movió la cabeza y llamó:

—¡Hilton!

—Voy allá, señor Melville.

Se desabrochó el cinturón y se acercó a la cabina de mando. Allí, durante un par de minutos, estuvo escuchando las instrucciones que impartía Melville. Hecho esto, regresó al corto pasillo donde estaba la parte destinada a pasajeros, y mirando a Dennis dijo sonriente:

—Dice el señor Melville que ya podemos empezar con la negra.

—¿Qué? —Lo miró ella sorprendida—. Empezar ¿qué cosa?

—Un juego muy bestia que se llama interrogatorio a las negras mentirosas.

—Pero… ¿qué… qué dice? —gritó Mariflor intentando ponerse en pie.

No lo consiguió, porque detrás de ella, Dennis la sujetó por la garganta, manteniéndola apretada contra el asiento. La negra quedó inmóvil, y sus grandiosos ojos aún se agrandaron más al contemplar con mirada de espanto a Hilton, que se inclinó sobre ella y sonrió pérfidamente.

—Vamos a empezar el juego, Mariflor. El señor Melville quiere saber si de verdad eres solamente una ramera que busca clientes con dinero… o eres otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—No lo sé. Tú sabrás decírnoslo.

—No entiendo nada.

—Ya verás qué juego tan divertido. Suéltala, Dennis, y vamos a ponerla en la picota.

Dennis la soltó, pasó delante, él mismo desabrochó el cinturón que todavía llevaba colocado Mariflor, y acto seguido sacó una pistola, apuntó con ella a la negra, y luego hacia un lado del fuselaje del avión.

—Camina hacia allí.

—¿Para qué? —exclamó aterrada Mariflor.

—Haz lo que te dicen —ordenó también Hilton blandiendo su pistola—. Vamos, ponte en pie y camina hacia allí.

—Pe-pero… pero ahí solo está la portezuela del avión…

—¡Qué chica tan lista! Vamos, camina hacia ahí o te meto ahora mismo tres balas en cada pecho.

Asustadísima, María Flores se puso en pie y caminó hacia donde le habían indicado los dos hombres. Uno de ellos se acercó a la portezuela, apretó el botón, y esta se descorrió hacia la derecha, dejando libre el hueco, por el que penetró por un instante una fuerte bocanada de aire. Abajo, a unos mil metros, se veían las refulgentes aguas del mar.

—Muy bien —dijo Hilton—. Salta, negra.

—¿Qué…?

—Que saltes —rio Dennis—. O saltas desde aquí para darte un buen chapuzón, o nos dices qué eres tú realmente.

—Pe-pero… si ya os lo he dicho… Soy lo que vosotros ya sabéis. Lo dije en el yate y lo digo aquí. ¡Por favor, tengo dos hijos que me están esperando en Miami!

—¿Qué te parece? —Se miraran Hilton y Dennis—. Tiene dos hijitos, la perla negra. ¿Y de quién son los hijos, preciosa?

—¿Por qué hacéis esto conmigo? —Comenzó a sollozar María Flores, llevándose las manos al rostro—. Yo solo quería ganar un dinero con mi trabajo y proporcionando placer, como siempre. No os he hecho nada por lo que queráis asesinarme.

—Dinos la verdad, quién eres, o salta —se desentendió Hilton del llanto de María Flores.

—¡Pero si ya os lo he dicho! ¿Qué otra cosa puedo decir?

—Puesto que no quieres decir la verdad, ¡salta!

Los dos se acercaron a ella, amenazándola con la pistola, y con una mano por delante, dispuestos a empujarla, María Flores dio un grito de espanto, y se abalanzó hacia Hilton, abrazándose frenéticamente a él.

—¡No me tiréis, por favor! ¡No me hagáis caer desde esta altura, sé que me mataría, sé que me haría pedazos! ¡Os lo pido por Dios, no hagáis esto conmigo!

—¡Suéltame, puerca! —gritó Hilton, que había palidecido, comprendiendo que si caía la negra, caería él con ella—. ¡Suéltame o te reviento la cabeza de un culatazo!

—¡No me hagáis saltar! ¡Por favor, os lo suplico, no me hagáis saltar! No sé lo que queréis de mí, pero sea lo que sea os lo haré gratis, no os pediré dinero. Eso es lo único que puedo deciros de mí

y lo único que sé hacer.

—Dennis, quítamela de encima y tírala abajo de una patada al culo —aulló Hilton.

Dennis se acercó, y golpeó con la culata de la pistola en los riñones de María Flores, que lanzó un aullido y aflojó considerablemente su presión en torno al cuello de Hilton. Este aprovechó para aplicarle un durísimo puñetazo en el vientre, que dejó sin aliento a la negra. Otro puñetazo, ahora en un costado, hizo aflojar completamente la presión a María Flores, que cayó arrodillada a los pies de Hilton, el cual estaba lívido como un cadáver.

—Venga —gritó—. ¡Abajo con ella!

Dennis lanzó un patadón hacia María Flores, intentando, evidentemente, arrojarla por el hueco hacia el mar. Pero pese a que recibió el patadón el instinto de conservación de María Flores se sobreponía a todo dolor físico, así que se agarró de nuevo con ambos brazos, ahora a la pierna que acababa de golpearla.

—¡Será cerda la negra esta! —vociferó Dennis—. ¡Rómpele la cabeza de una maldita vez y tirémosla abajo!

—¡No, por favor! —chillaba Mariflor—. ¡No, por favor, no hagáis eso, no lo hagáis!

—¡Ya basta! —gritó desde el asiento de mandos Sam Melville—. Cerrad esa puerta y dejad de momento a la muchacha.

—Sí, señor.

La portezuela fue cerrada, y los dos hombres se quedaron mirando a María Flores, que tras soltarse de la pierna de Dennis quedó tendida en el suelo, sollozando convulsivamente.

—Desde luego, yo creo que es lo que dice —opinó Hilton—. ¿Qué crees tú, Dennis?

—Si fuese otra cosa, lo habría dicho todo. Al menos yo lo diría antes de dar ese pequeño salto hacia el mar.

—Estoy de acuerdo con vosotros —dijo Melville, sin volver la cabeza—. Colocadla en el asiento, y dadle algo para que se le pase el susto.

—¿Para qué? —Rio Hilton—. Lo va a volver a tener dentro de poco. Agarraron los dos a María Flores por los brazos, la alzaron y la colocaron en un asiento. Ella continuaba sollozando, y su desvalimiento era tan notorio, que los dos valientes ni por asomo

pensaron que lo que estaba haciendo la hermosa negrita era fingir magistralmente.

En cuanto a Sam Melville, tras manipular con la radio, estaba hablando por medio de esta. Y sus palabras llegaban claramente a oídos de Hilton, Dennis, y María Flores, por supuesto.

—Sí, sí —decía Melville—, es una ramera, simplemente. La hemos puesto en tal situación que si hubiese sido otra cosa lo hubiera dicho, estoy seguro.

— …

—De acuerdo, lo haremos así. Por mi parte, voy a seguir viaje hasta Nassau y allí esperaré al *Goro*. ¿Cuándo se reunirá con nosotros?

— …

—De acuerdo. Le estaremos esperando.

— …

—Sí, sí. No se preocupe. Todo quedó convenido en el yate. Ellos se encargarán de hacer la recogida después de que su plan se cumpla en la última parte. ¿Algo más?

— …

—Todo entendido, entonces. Hasta la vista en Nassau.

La comunicación por radio fue cortada, Y María Flores, que sabía que Sam Melville ya no tenía nada que decirse con Tartamudo, el jefe de aquella importante operación, se acabó de limpiar las muy falsas lágrimas y se puso en pie, saliendo al pasillo.

Hilton y Dennis se pusieron frente a ella, fruncido al ceño.

—¿Adónde vas tú?

—Tengo… tengo ganas de… de orinar. ¿Dónde puedo…?

—No te preocupes por eso —rio Hilton—. Dentro de muy poco, no tendrá la menor importancia que estés o no estés llena de pipí por dentro.

—¿Qué quieres decir?

—Pues quiero decir, preciosa, que si no te hemos tirado ya al mar, era porque todavía estábamos muy cerca de la costa y alguien podía darse cuenta. Pero dentro de muy poco estaremos muy mar adentro, y allí nadie verá un precioso cuerpo negro precipitándose hacia el mar desde una avioneta.

—No… ¡No, no, por Dios, no! ¡Tengo dos hijos, os juro que tengo…!

—¡Cierra la boca de una maldita vez!

Diciendo esto, Dennis disparó un puñetazo al vientre de María Flores. Esta emitió un gemido, su rostro se desencajó. Se llevó las manos al vientre y, encogiéndose sobre sí misma, cayó en el pasillo del aparato.

—A lo mejor la has matado ya —rio Hilton.

—No creo. Voy a ver.

Dennis se inclinó, puso dos dedos en el cuello de María Flores, y luego miró a su compañero moviendo negativamente la cabeza.

—Está viva. Y es una lástima que esté desvanecida, porque así no tendría ninguna gracia violarla. ¿La despertamos?

—Dejaros de tonterías —llegó desde la cabina la voz de Sam Melville—. Dentro de unos minutos estaremos en el lugar adecuado para arrojarla. Y no quiero estupideces a bordo.

—De acuerdo, señor Melville. Descuide.

—Bueno —añadió Hilton—. Mejor para ella si está sin sentido cuando la arrojemos al vacío. Un buen susto que va a ahorrarse.

Dejando a María Flores tendida en el pasillo, Dennis y Hilton volvieron a sentarse, encendieron sendos cigarrillos, y se dedicaron a mirar por la ventanilla, y de cuando en cuando a la negra, que continuaba inmóvil en el suelo. Ocho o diez minutos más tarde, Melville volvió un instante la cabeza y dijo:

—¡Hacedlo ya!

Los dos hombres asintieron, se pusieron en pie, agarraron cada uno de un brazo a María Flores, y la arrastraron hacia la portezuela. Llegaron frente a esta y Dennis pulsó el botón que hacía descorrer la chapa metálica hacia un lado. De nuevo entró una fuerte bocanada de aire fresco, con intenso olor a mar pese a que estaban volando a más de tres mil pies de altura.

—Bueno —dijo Hilton—. Abajo con ella.

La agarraron por los brazos, dispuestos a balancearla para arrojarla por el hueco de la portezuela…, y fue entonces cuando las cosas cambiaron de cariz. Fue ese el momento elegido por la agente Baby para pasar a la acción directa, sin riesgo alguno de recibir un balazo.

En el momento en que ellos se disponían a tomar impulso, sosteniéndola a peso, los pies de María Flores se apoyaron firmemente en el suelo, su brazo derecho se soltó con pasmosa

facilidad de la presión de las manos de Hilton, y la mano pasó a la espalda de este y efectuó una fortísima presión hacia adelante.

El alarido de Hilton fue brevísimo, porque inmediatamente se perdió en el espacio henchido de olor a mar.

Dennis, que había quedado intensamente pálido y momentáneamente petrificado, comprendió de pronto la jugada de la negra, y lanzando un rugido de furia apoyó ambas manos ahora en el pecho de esta y empujó con toda su fuerza. Lo que pasó no fue que María Flores salió despedida por el hueco de la portezuela en pos de Hilton: aceptando la presión en sus senos, ella no cayó completamente recta hacia atrás, sino que flexionando las rodillas, cayó sentada ante los pies de Dennis.

Y Dennis, llevado por su propio impulso, se venció hacia adelante, gritando aterrado al ver ante sus ojos el trozo de cielo azul y de mar no menos azul. Quizá no habría caído si, mientras se vencía hacia adelante, María Flores no hubiese colocado uno de sus pies en el vientre de Dennis y hubiese seguido empujando hacia la abertura, efectuando así el *sutemi* de judo llamado *Tomoe Nage*.

La cabeza de Dennis chocó contra el borde de la abertura, su cuerpo giró, y desapareció hacia el exterior. Sus manos se agarraron frenéticamente hacia al borde de la portezuela, en la parte inferior, y durante un par de segundos, tendida en el suelo ahora de costado, María Flores pudo ver aquel rostro ahora desencajado por el espanto, los ojos casi fuera de las órbitas y pudo oír los frenéticos y aterrados chillidos del hombre.

—¡No, no! —gritaba—. ¡Dame la mano, ayúdame a…!

La marcha de la avioneta era demasiado rápida. El cuerpo de Dennis fue zarandeado. Primero se soltó una mano, y luego la otra.

La avioneta continuó su ruta mar adentro, mientras, sentado a los mandos, Sam Melville había vuelto la cabeza, mostrando a María Flores su palidísimo rostro. Y solo con aquello, la bella negrita comprendió que, como muchos canallas elegantes y refinados, Sam Melville no iba armado. Se puso tranquilamente en pie, apretó el botón que cerraba la portezuela, y se acercó a Melville hasta quedar junto a su espalda.

—Dé la vuelta —dijo fríamente—. No vamos hacia Nassau, sino hacia Nueva Orleans.

Sam Melville volvió la cabeza para mirar por encima de su

hombro a la negra que estaba tras él, completamente desarmada. Un gesto de furia y de triunfo a la vez apareció en el rostro de Melville, que abandonó los mandos, y comenzó a ponerse en pie, volviéndose.

La mano derecha de Mariflor cayó como un hacha sobre la clavícula derecha de Sam Melville, que crujió como si fuese una simple astilla. El hombre lanzó un bramido de dolor, su rostro quedó desencajado y blanco como la leche, y volvió a quedar sentado ante los mandos, con expresión alucinada.

—Puedo aplicarle un golpe parecido en la sien. Y entonces ya no tendrá usted ocasión de seguir pilotando esta avioneta. Por si le interesa saberlo, ni siquiera lo necesito, porque sé pilotar yo misma este aparato… y muchos otros en los que usted ni siquiera sabría dónde estaba el encendido.

—Nos ha engañado —jadeó Melville—. ¡Nos ha engañado!

—Por supuesto que sí. Y ahora, tal como le he dicho, emprenda el regreso hacia la costa, directo hacia Nueva Orleans. Y no se le ocurra tocar la radio absolutamente para nada.

Con una clavícula rota, sumido en la desesperación y en la rabia, Sam Melville continuó pilotando la avioneta, tras tomar el nuevo rumbo ordenado por la bella negrita, de nombre y, al parecer, de procedencia cubana, llamada María Flores. Mariflores o Mariflor para los amigos. Pero mientras volaba hacia Nueva Orleans, la esperanza renació en Sam Melville. Desde luego, no podía atacar a María Flores, aunque estuviese desarmada, mientras durase el vuelo, pues la avioneta se estrellaría y perecerían ambos. Pero en cuanto la avioneta tocase tierra en el aeropuerto de Nueva Orleans, Sam Melville se propuso atacar inmediatamente a la negra, y por supuesto, con el convencimiento de que pese a tener rota una clavícula podría dominarla.

Sin embargo, cuando la avioneta aterrizó en el aeropuerto de Nueva Orleans hora y pico más tarde, esperaban a Sam Melville diversas sorpresas.

La primera de ellas, y por supuesto la más grande, fue que la negrita María Flores ya no era negrita. Tenía un hermosísimo tono de piel dorado, y cuando Melville, tras ponerse en pie y comenzar a caminar hacia los asientos de pasajeros la vio, captó su sonrisita irónica. Petrificado por el asombro, Melville todavía tardó unos

segundos en darse cuenta de que aquella extraordinaria mujer de piel dorada tenía en la mano derecha una pistolita de reducido tamaño, pero que le apuntaba con una firmeza muy reveladora. Sobre las rodillas de María Flores había un maletín. Y en la mano izquierda de la ex negrita, un pequeño aparato con el cual ella comenzó a hablar.

—¡Atención, Nueva Orleans!

—¿Sí? —contestó en el acto una voz de hombre.

—Soy Baby. Acabo de llegar al aeropuerto de Nueva Orleans con un personaje interesante. Solicito inmediatamente… y digo inmediatamente, la presencia de tres Simones en el aeropuerto. Busquen una avioneta roja y azul, en una de las pistas apartadas.

—Vamos inmediatamente para allá.

María Flores, apretó un botoncito, y ya no se oyó nada más. Con la pistola hizo un movimiento, señalando uno de los asientos al otro lado del pasillo.

—Acomódese —dijo amablemente—. Y vaya pensando en el modo de ofrecerme una explicación lo más completa, concreta y concisa posible, para que yo pueda seguir trabajando.

Melville consiguió reaccionar, recorrió el corto pasillo, y se sentó donde le indicó María Flores. Desde allí todavía la miró especulativamente, pensando en las posibilidades que tenía de conseguir dominarla si saltaba súbitamente sobre ella. Pero sus en verdad escasas esperanzas, se esfumaron bruscamente, cuando María Flores, sonriendo, dijo:

—Antes de que hubiese conseguido tan solo ponerme una mano encima, tendría una bala en la frente. Será mejor que se convenza de que el único modo de continuar con vida es estarse ahí quietecito mientras esperamos a mis amigos.

Los amigos de María Flores tardaron exactamente diecisiete minutos en aparecer en el aeropuerto. Desde la ventanilla frente a la cual se había colocado, María Flores los vio aparecer en la pista, y tras localizar la avioneta, caminar apresuradamente, casi corriendo, hacia allí. Ella se puso en pie, se acercó a la portezuela, apretó el botón que la abría, y esperó allí la aparición de los tres hombres, que subieron rápidamente. Ya dentro de la avioneta los tres Simones, Baby apretó de nuevo el botón y la portezuela se cerró.

Cuando miró a los tres agentes de la CIA, estos estaban contemplando a su vez a Sam Melville, cuya inmovilidad y convencimiento de la derrota total eran ya definitivos.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los espías mirando a Baby—. Estamos todos pendientes del asunto del Jumbo, y de pronto usted nos llama aquí, en Nueva Orleans…

—Todo es lo mismo, Simón —murmuró Baby—. El caballero que tenemos ahí sentado sabe de este asunto todo cuanto podamos necesitar para mirar de terminarlo de un modo satisfactorio. Estoy segura de que ustedes sabrán convencerle rápidamente de que debe sincerarse con nosotros. ¿Me han comprendido?

—Por supuesto que sí —asintió Simón—. Y espero que él también lo haya comprendido.

Se acercaron los tres a Melville, que palideció y los miró con los ojos muy abiertos.

—Esperen —jadeó—… ¿Qué están pensando hacer?

—No haremos nada si usted no nos obliga a ello —dijo el espía —. Ya ha oído usted a Baby. Si se explica usted de acuerdo a las necesidades y deseos de ella, todo lo que ocurrirá es que dentro de poco lo sacaremos de aquí y será llevado a un lugar adecuado. ¿Qué le pasa en el hombro?

—Ella… ella me rompió la clavícula de un golpe.

—Vaya… ¿de veras? —Sonrió Simón—. Pues una de dos, o tiene usted los hombros muy frágiles o ella tiene las manos muy duras. Bueno, estamos esperando sus explicaciones, señor…

—Melville —murmuró este—. Samuel Melville.

—*Okay*, señor Melville. ¿Va usted a hablar o prefiere que nosotros tres le convenzamos de que debe hacerlo?

Sam Melville miró a los tres atléticos sujetos que le contemplaban fijamente, por supuesto sin asomo alguno de compasión o clemencia. Miró luego a Baby, que de pie junto a ellos le contemplaba también con fría expresión.

Por fin, Melville dejó caer la cabeza sobre el pecho y musitó:

—Les diré todo lo que sé.

—Muy bien —asintió vivamente entonces Baby, volviendo a ocupar un asiento de cara al prisionero—. ¿Sabe usted dónde está Tartamudo?

—No —movió la cabeza Melville—… Eso no lo sé. Él se

comunicaba con nosotros por medio del teléfono. Incluso, la última vez me llamó por el radio-teléfono de mi coche para decirme que había visto a una mujer negra entrando en el yate y quería saber qué significaba eso.

—Entiendo. Y ustedes decidieron…, mejor dicho, seguramente fue él quién decidió que debían eliminarme.

—Sí. Pero antes teníamos que convencernos de que usted era quién decía ser. Supongo que si no hubiera sido así, Tartamudo habría tenido que hacer algunas variaciones en sus planes.

—Sin embargo —asintió Baby—, usted, cuando le llamó la última vez desde la radio de esta avioneta, le convenció de que yo era una simple ramera que buscaba clientes ricos. ¿No es así, señor Melville?

—Sí.

—Y eso significa que Tartamudo continúa con sus planes iniciales.

—Sí. Sí, claro.

—Muy bien. ¿Cuáles son esos planes?

—Por lo que yo sé, ahora él debe de estar desmantelando su pequeña base que tenía instalada en Miami, naturalmente con radio y teléfono y armas. Cuando lo haya desmantelado todo y borrado toda pista, todo rastro de su presencia allí, Tartamudo irá al aeropuerto internacional de Miami, para presenciar la llegada del avión que trae el dinero y los prisioneros. Estará allí hasta que la avioneta en la que serán recogidos los prisioneros y el dinero emprenda vuelo hacia La Habana.

—Muy bien. ¿Y luego?

—Bueno, luego él saldrá hacia Nassau para reunirse con Stripling, con Larsen y conmigo.

—Pero eso no tiene sentido ¿verdad? Si los prisioneros rescatados se dirigen hacia La Habana, me parece comprensible y aceptable, pero no comprendo que Tartamudo deje también que ese dinero se vaya a La Habana y él se dirija hacia Nassau.

—Sí… Bueno, es que el dinero no viajará hasta La Habana.

—¿Ah, no? ¿Cómo es eso?

—Pues… la avioneta pasará en determinado momento por encima del yate *Goro*, en el que viajan Larsen y Stripling. Cuando pase por encima, unos hombres se arrojarán en paracaídas al mar,

llevando las sacas con el dinero. Esas sacas, naturalmente, son impermeables. Así que mientras la avioneta continúa rumbo a La Habana, los hombres que saltarán en paracaídas con el dinero serán recogidos por el yate *Goro*. Y entonces, el yate continuará viaje hacia Nassau.

—Magnífica idea —sonrió secamente Baby—. Y por eso es que Tartamudo viajará desde Miami a Nassau. Una vez allí, se reunirá con ustedes, se repartirán el dinero y asunto terminado. ¿No es así?

—Supongo que sí —murmuró Melville.

—Fantástico —tuvo que admitir la divina espía—. Ese hombre es un genio, realmente. Primero fracasa su ataque al edificio de las Naciones Unidas debido sin duda a mala suerte o al buen olfato de nuestro compañero Ernest Mims, al cual asesinan y arrojan al río, creyendo que no ha podido comunicarse con nadie. Ese ha sido un punto negro en los planes de Tartamudo. Por lo demás, y en cuanto se ha tratado de recuperar a sus hombres, no se le puede negar una gran capacidad de iniciativa, de imaginación, y en definitiva, de improvisación. Es decir, que aunque el ataque al edificio de las Naciones Unidas haya fracasado, él no solo recupera a los supervivientes de su comando, sino que se hace con cien millones de dólares, nada menos.

—Eso parece —susurró de nuevo Melville.

—Está bien. ¿Por qué querían ustedes derrumbar el edificio de las Naciones Unidas?

—De eso no tengo ni idea. Todo es cosa de Tartamudo y de su comando de cubanos. Nosotros solo fuimos contratados por él a última hora para ayudarle en la cuestión del rescate de su comando. A cambio de ello, él repartiría con nosotros los cien millones de dólares.

—Ya. O sea que usted no sabe por qué Tartamudo quería derrumbar el edificio de las Naciones Unidas.

—De eso no sé ni palabra. Son planes de él, o de Cuba, o de guerrilleros cubanos, o de exiliados cubanos… Sea de quien sea, de esa parte del plan ni Larsen, ni Stripling, ni yo sabemos nada.

—Muy bien. Por el momento, nosotros vamos a dejar que los planes de Tartamudo sigan adelante. Es decir, los prisioneros cubanos llegarán a Miami, dónde se trasladarán a la avioneta que los esté esperando, despegarán, y horas más tarde estarán a salvo en

Cuba. De acuerdo, por ahí no tengo grandes inconvenientes. En cuanto a lo del dinero, como sabemos que estará viajando, no demasiado velozmente por cierto, en el yate *Goro* hacia Nassau, vamos a dejarlo también para más tarde. Hablemos ahora de Los Ángeles y del Boeing 747 Jumbo que está esperando en una de las pistas de ese aeropuerto. ¿Cuántos hombres hay dentro del Jumbo?

—Tengo entendido que son seis.

—Buen número. Y hablemos ahora del sistema que Tartamudo está utilizando para comunicarse con esos seis hombres que tienen secuestrado el Jumbo. ¿Cuál es el sistema, señor Melville?

Sam Melville vaciló, pero captó el hosco gesto de los tres hombres de la CIA, y se apresuró a contestar.

—Eso no lo sé. Solo sé que nosotros teníamos contacto con un número telefónico de Los Ángeles, pero no con los hombres que Tartamudo tiene en el Jumbo.

—¿Cuál es ese número?

—No lo sé… Mejor dicho, no lo recuerdo. No era yo el encargado de hacer las llamadas si eran necesarias, sino los cuatro hombres que Tartamudo nos envió para que nos ayudaran a Larsen, Stripling y a mí en todo.

—Quizá tengamos que refrescarle la memoria —refunfuñó uno de los Simones.

—¡Le digo que no me acuerdo de ese número! —exclamó Melville—. Pero… Bueno, sé la dirección del apartamento donde está instalado ese teléfono.

—Pues nos ha simplificado el trabajo —sonrió con engañosa amabilidad Baby—. ¿Cuál es esa dirección de Los Ángeles?

—El 288, Firestone Bulevard, Apartamento 13-C.

—¿Cuántos hombres hay en ese apartamento?

—No lo sé. Supongo que como mínimo dos, tal como teníamos montado el dispositivo en Miami.

—De acuerdo. Dos, tres, quizá cuatro, eso no importa, en realidad. Lo que importa es saber cómo se comunica Tartamudo con los hombres que tiene en el Jumbo. Tendríamos que… ¡Un momento! ¡Creo que lo sé!

—¿De veras? —preguntó uno de los Simones.

—Bueno, debemos suponer que Tartamudo no tiene ninguna dificultad en comunicarse telefónicamente con el 288 de Firestone

Bulevard. A su vez, en el apartamento 13-C del 288, Firestone Bulevard, los hombres que están allí disponen de una radio. Y con esa radio se comunican con la que sin duda tienen a bordo los secuestradores del Jumbo. Resulta sencillísimo. Tartamudo llama al apartamento 13-C por teléfono y da sus instrucciones. Acto seguido, los hombres que hay en el apartamento utilizan la radio para comunicarse con los secuestradores del Jumbo, los cuales reciben así las instrucciones de Tartamudo.

—Por supuesto —dijo otro de los espías—. Tiene que ser así, naturalmente.

La agente Baby permaneció pensativa unos segundos, y por fin murmuró:

—Ustedes tres se harán cargo de este hombre y de su avioneta. Comuníquense con la Central y con Miami, informando de todo cuanto sabemos. Desde luego, que nadie intente alterar, por el momento, en lo más mínimo, los planes de Tartamudo. Mientras esos seis hombres estén dentro del Jumbo, todo lo que podemos hacer es seguir la corriente… y desear que tengamos tiempo de seguir laborando por nuestra parte en busca de una solución que no resulte sangrienta. ¿Está claro?

—Naturalmente.

—Bien, en cuanto a mí… ¿podrían ustedes conseguirme algún medio de locomoción más rápido que esta avioneta?

—¿Le iría a usted bien un caza supersónico de nuestras Fuerzas Aéreas?

—¿Pueden conseguirlo inmediatamente? —exclamó Baby.

—Pues más o menos en el tiempo que se tarda en hacer esto —dijo uno de los espías haciendo chascar dos dedos—. Solo tengo que ir a un teléfono al aeropuerto, y en cuanto me haya comunicado con cierta persona tendrá usted el caza supersónico a su disposición. Pongamos que entre unas cosas y otras, se perderá media hora.

—Eso no es nada comparado con el tiempo que voy a ganar en el viaje a Los Ángeles. Si fuese con esta avioneta o cualquier otro vuelo regular o privado, tardaría mucho más. Pida inmediatamente ese caza supersónico, Simón.

6

Poco antes de las tres de la tarde un caza supersónico de la USAF tomaba tierra en una de las pistas del Santa Mónica Municipal Airport, que merced a órdenes especialísimas había sido reservado exclusivamente y con las precauciones propias del caso, para un pequeño acontecimiento como era este. Apenas se había detenido ya completamente el velocísimo aparato, un coche Lincoln reluciente apareció zumbando hacia la parte de la pista donde se había detenido. Cuando el Lincoln llegó allá, uno de los ocupantes del caza había saltado ya a tierra, y sin más explicaciones ni demoras se metió dentro del coche, que dio la vuelta y se alejó del aparato en dirección hacia las pistas de circulación terrestre.

Dentro del Lincoln, ya despreocupada del caza supersónico y de todo lo demás, la preciosa rubia de ojos azules, que si era necesario daría el nombre de Lili Connors, tras saludar a los tres hombres que ocupaban el coche, preguntó:

—¿Cómo están las cosas por aquí?

—Pues creemos que no están mal del todo —comenzó a explicar un agente de la CIA—. Por el momento, el avión que transportaba a los prisioneros del comando de Tartamudo sufrió una pequeña avería durante el vuelo Washington-Miami. Nada de importancia, pero el avión tuvo que tomar tierra en el aeropuerto de Jacksonville, lo que significa que entre unas cosas y otras la llegada de los prisioneros y los cien millones de dólares a Miami se ha retrasado algo más de hora y media.

—Muy bien —exclamó satisfecha la preciosa rubia—. Pero supongo que, de todos modos, ese avión finalmente ha llegado ya a Miami.

—No solo eso, sino que hace unos minutos, desde nuestra base de radio aquí en Los Ángeles nos han comunicado, utilizando la radio de bolsillo, que desde la Central han informado que la

avioneta con el dinero y los cubanos, han despegado ya de Miami rumbo a La Habana.

—¿Cuánto hace de eso?

—Aproximadamente media hora.

—Está bien. ¿Algo más?

—Sí. Y supongo que esto le va a interesar a usted; tenemos completamente vigilado el edificio 288 de Firestone Bulevard.

—De acuerdo, me parece bien. Pero hay algo que me interesa quizá más que esto. ¿Saben ustedes si Tartamudo ha autorizado ya la presencia de personal médico en el Jumbo antes de que este despegue rumbo a La Habana?

—Eso también se ha conseguido. En cuanto Tartamudo vio que la avioneta con sus hombres desaparecía sobre el mar rumbo a La Habana, se comunicó con la CIA y dijo que, en cinco minutos, los hombres que tiene en el Jumbo habrían recibido instrucciones para que permitiesen la entrada de personal médico en el aparato.

—Lo que significa que esos seis secuestradores ya deben de tener esa autorización.

—Supongo que sí.

—La verdad es —intervino otro de los Simones— que no nos gusta demasiado esto de que el Jumbo sea llevado ahora a La Habana, con todos los pasajeros y tripulantes.

—¿Qué otra cosa podíamos esperar? —Lo miró sorprendida Baby—. Es lógico que Tartamudo, que tanto se ha preocupado de su comando de Nueva York, se preocupe también por los hombres que han secuestrado el Jumbo. Si esos hombres desembarcasen en Miami Tartamudo tiene que comprender que serían apresados. Por lo tanto, las condiciones que él ha impuesto me parecen muy lógicas. El Jumbo debe aterrizar en La Habana, donde esos seis hombres serán tratados de modo muy diferente a como lo serían en Miami. Y en cuanto al Jumbo, todo el problema que tendrá una vez en La Habana será repostar combustible para regresar a Nueva York.

—Sí, sí, ya lo entiendo —farfulló el espía—. Pero creo que todos hubiésemos preferido que el Jumbo fuese devuelto con su pasaje y su tripulación en Miami.

—Claro que sí —asintió Baby—. Pero tenemos que ponemos en el lugar de Tartamudo. Ese hombre está buscando la máxima

seguridad en todo momento. ¿Y saben una cosa? Empiezo a sentir admiración hacia Tartamudo.

—Es un maldito cerdo —masculló otro de los Simones.

—Quizá, pero sabe hacer bien las cosas. Lo que me sorprende es que un hombre que sabe hacer tan bien las cosas y tomar todas las disposiciones necesarias para controlar varios grupos distribuidos en todo el país cometiese el tremendo fallo de no detectar a nuestro compañero Ernest Mims apenas este se introdujo en el grupo de cubanos que debían derribar el edificio de las Naciones Unidas, o bien en un ambiente que le permitiera acceder a esa clase de información.

—Todos tenemos fallos —encogió los hombres otro espía—. Incluso nuestro compañero Ernest Mims, a pesar de todo.

—Si hubiese sido un poco más precavido, ahora estaría vivo —susurró otro.

Brigitte Montfort, alias Lili Connors, alias Baby, asintió con un gesto sombrío, y ya no dijo nada más.

Durante unos cuantos minutos, mientras el Lincoln circulaba ya por la autopista que unía el Santa Mónica Airport con el Los Ángeles International Airport, permaneció pensativa, con la mirada fija en el maletín que tenía sobre las rodillas.

—Está bien —susurró finalmente, como si la conversación no hubiese sido interrumpida—. ¿Qué disposiciones se han tomado con respecto al personal médico que debe abordar el Jumbo?

—Ninguna. Estábamos esperando que llegase usted para que diese las órdenes que considerase convenientes en ese sentido.

—De todos modos —intervino otro Simón— parece que no es necesaria la presencia de ningún médico en ese avión. A juzgar por las noticias que tenemos, no hay ningún herido a bordo. No se ha disparado un solo tiro.

—Mejor así —asintió Baby—. Pero nosotros tenemos que hacer hincapié en la posibilidad de que al menos algunas señoras, o algunos niños, estén bajo una tremenda presión emocional que requiera la atención de un médico.

—¿Qué vamos a ganar con todo ello? Supongamos que suben al avión un par de médicos. Eso no arreglará nada. Mientras tanto, hemos ido desmantelando por detrás de Tartamudo todo su tinglado de protección y de acción. Y esto es un gravísimo riesgo. Si

Tartamudo llega a enterarse de que todos los puntos de apoyo que él tenía distribuidos tanto en Nueva York como en Miami y en Los Ángeles, han sido controlados, nunca se sabe qué clase de órdenes puede dar a los secuestradores del Jumbo.

—No creo que a Tartamudo le importe todo eso que usted ha dicho, Simón.

—¿Cómo que no? —exclamó el espía—. Ese hombre se ha molestado en organizar todo un tinglado de costa a costa del país y usted dice que…

—¿No lo comprende? —Lo miró casi sorprendida Lili Connors—. Tartamudo quizá sabe en estos momentos que todo su tinglado ha sido desmantelado. He dicho quizá, pero en el fondo tengo la completa convicción de que él sabe que en estos momentos solamente le queda el grupo de Los Ángeles y los secuestradores del Jumbo.

—La verdad es que no entiendo nada —refunfuñó Simón.

—Pues no es tan difícil —le sonrió la espía—. A fin de cuentas Tartamudo ha conseguido ya todo lo quería. O sea, rescatar a sus hombres de Nueva York y cien millones de dólares. Tengo la casi completa seguridad que el resto de los hombres que tenía distribuidos por el país no le importan en absoluto.

—Bueno, pero si forman parte de su llamémosle banda…

—No, no —movió la cabeza Baby—. Incluso estoy por asegurar que ni siquiera los hombres del comando de Nueva York forman parte de lo que usted llama su banda. Fíjese bien, Simón, en que nadie conoce verdaderamente a Tartamudo. Todo lo que saben decir de él es que es un hombre corriente que lleva barba y que es tartamudo. Estoy convencida de que incluso los millonarios del yate *Goro* solamente conocen a Tartamudo bajo ese aspecto.

—¿Y eso qué significaría, según usted?

—Pues no lo sé —admitió Baby—. Pero hay algo que me tiene muy desconcertada en todo este asunto. Una de las cosas que más me desconcierta es que un comando de hombres cubanos estuvieran dispuestos a jugarse la vida disparando proyectiles contra el edificio de las Naciones Unidas…, y que, en cambio, no sepan ni siquiera por qué iban a hacer semejante cosa.

—Bueno…, ya sabe usted que hay comandos que obedecen órdenes a ciegas. Debemos suponer que Tartamudo es un personaje

importante del espionaje cubano, o quizá de los exiliados cubanos… Incluso podría ser un agente soviético que pudiese tramar determinada maniobra. El hecho cierto es que unos y otros le han estado obedeciendo.

—Sí, sí, lo sé. Pero ¿a cambio de qué?

—¿Cómo, a cambio de qué?

—¿Qué les ha ofrecido Tartamudo a cambio? Desde luego, explicaciones ninguna. Cada uno iba efectuando una acción aislada. Incluso, como ya he dicho antes, los del comando de Nueva York iban a hacer algo que no sabían por qué lo hacían. Después tenemos a los que tenían controlada a la señora Brennan en Nueva York. Tenemos también a los millonarios de Miami y a los cuatro hombres que Tartamudo puso a su disposición. Tenemos a los hombres que hay en el 288 de Firestone Bulevard en Los Ángeles. Tenemos, por último, a los seis secuestradores que están controlando el Jumbo… Y con tantos personajes que tenemos danzando de un lado a otro, estoy segurísima de que cada uno de ellos está convencido de que efectúa una acción aislada.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Simón.

—Bueno, quizá no me he explicado lo suficientemente bien. Lo que quiero decir es que cada uno de esos hombres está haciendo una acción en apoyo de los otros grupos. De acuerdo. Pero es que, Simón, ninguno de esos grupos sabe realmente cuáles eran los verdaderos propósitos de Tartamudo al pretender destruir el edificio de las Naciones Unidas. Entonces, no actuaron por un patriotismo o un revanchismo contra el régimen actual de Cuba, si se trataba de exiliados, sino que han hecho algo que realmente no saben si puede significar beneficio o perjuicio para Cuba.

—Sigo sin entender.

—En definitiva, yo creo que todos los hombres que han estado interviniendo en este asunto, lo han hecho única y exclusivamente por dinero.

—¿Incluso el comando de cubanos de Nueva York?

—Yo diría que sí. Naturalmente, admito que quizás alguno de ellos haya sentido un cierto impulso más o menos ideológico al entrar en acción. Pero básicamente todos ellos buscaban simplemente dinero. Y Tartamudo les ha ofrecido simplemente dinero.

—Bueno, pero entonces seguimos sin tener ni la más remota idea de lo que ha pretendido Tartamudo con esto de derribar el edificio de las Naciones Unidas.

—¿Y quién le dice a usted… quién le asegura a usted que eso era lo que realmente perseguía Tartamudo?

Los tres agentes de la CIA quedaron estupefactos; incluso el que iba conduciendo el Lincoln tuvo un instante de vacilación que le hizo respingar y concentrarse de nuevo en el manejo del volante.

—¿Qué otra cosa podía pretender Tartamudo? —exclamó por fin uno de los Simones.

—Pues sencillamente lo que ya tiene. Cien millones de dólares.

—¡Atiza! —exclamó el otro espía.

—No, no, no —negó el otro Simón—… Voy a decirle algo que derribará completamente su teoría, Baby. Si lo único que hubiese estado buscando Tartamudo fuesen los cien millones de dólares… ¿qué necesidad tenía de organizar el comando para atacar las Naciones Unidas? Le habría bastado simplemente con seis hombres que secuestrasen el Jumbo y pedir los cien millones de dólares a cambio de ese gigantesco aparato. Todo lo demás son complicaciones innecesarias.

—Todo no. Los sistemas de seguridad adoptados tanto en Nueva York como en Miami y Los Ángeles tienen sentido.

—De acuerdo, eso tiene sentido —admitió Simón—. Pero ¿qué sentido tiene complicarse antes la vida enviando un comando de cubanos contra el edificio de las Naciones Unidas? Si lo que Tartamudo quería era simplemente secuestrar el Jumbo… ¿qué sentido tiene ese comando cubano de Nueva York?

—A mí me parece que Simón tiene razón —dijo el otro—. Supongamos que el comando de Nueva York hubiese conseguido su objetivo de destruir las Naciones Unidas… ¿Qué relación ve usted entre eso y el secuestro del Jumbo?

—Exacto —machacó el otro—. O se dedica a destruir las Naciones Unidas, o se dedica a secuestrar el Jumbo. Pero dedicarse a atacar las Naciones Unidas antes de secuestrar el Jumbo no tiene objeto ni sentido. En cambio, sí tiene sentido que después del fracaso de sus hombres en Nueva York, él ordenase el secuestro del Jumbo con el fin de pedir la liberación de su comando a cambio de la devolución del aparato, los pasajeros y los tripulantes.

—No olvide una cosa —terminó de machacar el otro espía—. Si no hubiese sido por nuestro compañero Ernest Mims, es muy posible que en estos momentos el edificio de las Naciones Unidas fuese solamente un montón de escombros en el que habrían quedado sepultadas cientos de personas.

—O sea —remachacó el otro— que lo que realmente pretendía Tartamudo era demoler las Naciones Unidas. Y solo cuando eso le falló y sus hombres fueron capturados decidió llevar a cabo el secuestro del Jumbo. Es decir, que el secuestro del Jumbo es una consecuencia del fracaso del ataque del comando cubano a la ONU. Y no es por tanto razonable pensar que sean dos cosas diferentes…, y mucho menos aún pensar que el verdadero objetivo de Tartamudo era secuestrar el Jumbo, porque si hubiese sido este su objetivo, repito, ¿qué necesidad tenía de emprender antes la aventura de atacar la ONU?

Baby quedó de nuevo pensativa. Por fin se pasó las manos por la cara, emitió un profundo suspiro y encogió los hombros.

—Está bien —admitió—. Bueno, supongo que en estos momentos estamos acercándonos a ese apartamento de Firestone Bulevard.

—Así es. ¿Qué planes tiene usted respecto a esa parte del asunto?

—¿No se reirán si les explico mi plan?

—¿Reírnos? —Farfulló un Simón—. A mí me parece que no es momento para risas.

—Bueno —sonrió la espía internacional—. Todo son puntos de vista, Simón.

—Pues nos gustaría escuchar el suyo —sonrió el agente de la CIA—. La verdad es que un poco de risa en este asunto no nos vendría nada mal.

—Pues ojalá consiga, cuando menos, hacerles sonreír. Veamos: nosotros sabemos que en ese apartamento, el 13-C, hay dos, tres, quizá cuatro hombres, ¿correcto?

—Correcto —asintió Simón.

—Pues muy bien. Póngase usted ahora en el lugar de uno de esos hombres e imagínese que…

Los dos hombres que estaban en el salón del apartamento, sentados en sendos sillones y contemplando pensativamente el lanzamisiles

instalado en el centro, con un proyectil Sam-7 ya colocado, listo para ser disparado, volvieron la cabeza cuando oyeron el regreso de su compañero.

Este, llamado Preston Molner, apareció todavía subiéndose la cremallera del pantalón, procedente del cuarto de baño. Dirigió una mirada hacia el teléfono y luego miró a sus compañeros James Raney y Richard Dorwell.

—¿Ninguna novedad? —preguntó.

—Ninguna. Lo que quiere decir que todo va bien. Lo único que tenemos que hacer ahora es esperar que los del avión nos digan que los médicos han subido a bordo y que han despegado. En cuanto esto haya sucedido, nosotros habremos terminado nuestra parte.

—Mejor así —suspiró Preston Molner—. La verdad es que no me habría gustado nada en absoluto que la CIA, el FBI, o cualquier otro tipo de policía nacional hubiese hecho alguna jugada que hubiese obligado a Tartamudo a darnos la orden de disparar esos proyectiles de cabeza buscadora contra el Jumbo.

—Sí, es mejor —asintió James Raney—. No soy ningún angelito, pero la verdad es que eso de cargarme a trescientas personas no acababa de hacerme gracia.

—¿Qué más da trescientas que tres? —Rio Dorwell—. A fin de cuentas, todo es simple ganado.

—Bueno, esa es tu opinión —refunfuñó Raney—. A mí no me importa cargarme unos cuantos tipos en un momento determinado, pero disparar un par de pepinos de estos contra un grupo de trescientas personas me parece excesivo.

—Bah, le estás dando demasiada importancia. A fin de cuentas, yo estoy convencido de que Tartamudo tenía la seguridad de que todo saldría bien. Y así ha sido.

—Tendríamos que comunicarnos otra vez con los del avión —dijo Molner, sentándose en el sofá—. A ver qué demonios está esperando la CIA para enviar uno o varios médicos al avión y que este despegue de una maldita vez hacia La Habana.

Dorwell echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Son las quince cuarenta y siete —dijo—. Si a las dieciséis horas no hemos tenido noticias de ellos, llamaremos nosotros. Mientras tanto, tómatelo con calma, ya queda poco.

—Sí, ya sé que queda poco, pero preferiría…

En aquel momento llegó hasta ellos el zumbido del timbre de la puerta del apartamento. Hubo un respingo colectivo y mal contenido en los tres hombres, que cambiaron rápidamente una mirada entre sí.

—¿Qué ocurre ahora? —Se sobresaltó Raney.

—¿Y si fuese Tartamudo? —sugirió Molner.

—¿Cómo demonios ha de ser Tartamudo? —masculló Dorwell—. Hace un rato nos llamó desde Miami, tiene que estar todavía allí. Además, no creo que después de esta jugada sea tan imprudente como para dejarse ver cerca del Jumbo.

—Tienes razón. Para eso estamos nosotros. ¡Maldita sea, tengo unas ganas de largarme de aquí!

El timbre de la puerta volvió a sonar, y tras un nuevo cambio de miradas, Preston Molner se puso en pie, tocó con la mano derecha la pistola que llevaba bajo la axila izquierda y refunfuñó:

—Yo iré a ver lo que pasa.

—Ten cuidado.

Molner asintió, abandonó el salón, recorrió el corto pasillo, llegó a la puerta del apartamento, y procurando no hacer el menor ruido apartó el pequeño medallón que tapaba la mirilla de gran angular. En esta, y con una cierta deformación cóncava debido a la lente, vio frente a la puerta una persona que le hizo fruncir el ceño, y casi inmediatamente, sonreír. Era una anciana. Una anciana de blanquísimos cabellos, con lentes de cristales redondos, y que miraba con gesto enfurruñado hacia la puerta.

El timbre volvió a sonar y, sonriendo, Preston Molner abrió la puerta.

La anciana bajó la mano y se quedó mirando con evidente hostilidad a Molner.

—¿Dónde está ella? —exclamó.

Molner quedó un instante estupefacto. Luego preguntó:

—¿Ella? ¿A quién se refiere?

La anciana frunció aún más el ceño, alzó un elegante bastón con empuñadura de plata, lo colocó a un lado del cuerpo de Molner y gruñó:

—Apártese. Quiero ver inmediatamente a Margaret.

—¿A Margaret? —Se pasmó Molner—. Aquí no hay ninguna Margaret, señora.

La dama había entrado ya en el apartamento. Se volvió, miró a Molner de arriba a abajo, y alzó de nuevo el bastón, amenazándole la cabeza.

—Escuche bien esto, amiguito —dijo con voz que no podía ser más agria—: si usted es el jovencito que se ha traído aquí a mi nieta, más vale que se vaya buscando un buen abogado, porque voy a hacer lo posible para que lo metan en la cárcel el resto de su vida. Ya le enseñaré yo a pervertir a muchachas menores de edad. Y como la haya violado, prepárese. Yo misma soy capaz de romperle la cabeza con este bastón. ¿Me ha entendido usted bien?

La estupefacción de Preston Molner era total. Estaba boquiabierto y petrificado por el asombro. Por fin, pudo cerrar la boca para inmediatamente abrirla mascullando:

—Mire, señora, comprendo su indignación, por lo que ha dicho, pero le aseguro que aquí no hay ninguna chica menor de edad. Es más, aquí no hay ninguna chica de ninguna clase ni edad.

—¿Ah, sí? Eso ya lo veremos. ¡Margaret! —gritó la anciana furiosamente—. ¡Margaret, sé que estás aquí! ¡Sal inmediatamente!

Desde luego, Margaret no apareció, pero sí apareció en el corredor James Raney, mirando con expresión sobresaltada a Molner, e inmediatamente a la furiosa anciana.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —Gruñó.

—¡Ah! —gritó la anciana—. ¡De modo que son ustedes dos nada menos! ¡Pues se les va a caer el pelo!

—Pero ¿qué dice esta mujer?

—Es una vieja chiflada —mascülló Molner—. Ha venido aquí en busca de su nieta, una menor de edad que al parecer se ha fugado con un tipo, y cree que yo soy ese tipo. Supongo que ahora cree que la niña no se ha conformado con uno y tú eres el otro.

—Pero ¿de qué demonios estás hablando?

—Escuchen bien esto los dos —chilló airadamente la anciana blandiendo con gesto amenazador el bastón—. ¡Quiero que Margaret salga ahora mismo de dónde esté escondida y regrese conmigo a casa! ¿Me he explicado bien?

Molner abrió la boca con gesto furioso, pero James Raney se adelantó y colocó las manos por delante, haciendo gestos de apaciguamiento.

—Un momento, un momento, señora… Comprendemos su

indignación, pero le aseguro que aquí no hay ninguna chica.

—¡Está usted mintiendo!

—Le aseguro que no, señora. Pero de todos modos no tenemos inconveniente en que usted busque a su nieta por el apartamento. Espere aquí un momento, por favor.

James Raney dio media vuelta y desapareció hacia el fondo del apartamento. Molner se quedó mirando furiosamente todavía a la anciana, cuya actitud impaciente no podía ser más clara.

—No sé por qué tenemos que esperar aquí —dijo la dama—. Yo voy a entrar inmediatamente.

—Un momento —gruñó Preston Molner acercándose—. Usted estará aquí conmigo hasta que…

La mano derecha de la anciana pasó el bastón a la izquierda, y acto seguido se cernió sobre la cabeza de Preston Molner, que alzó la mirada entre desconcertado y muy ligerísimamente sobresaltado.

Ya no tuvo tiempo de nada más. Con seco chasquido, la manita de la anciana, que pareció convertirse de pronto en pura roca, cayó en un lado de la frente de Molner, fulminándolo en el acto sin conocimiento. Con los ojos en blanco, Preston Molner habría caído hacia atrás si la anciana no se hubiese apresurado a sujetarlo por la ropa y acto seguido, agarrándolo por los sobacos, llevarlo a un rincón del recibidor, donde lo dejó tendido en el suelo.

Luego, tranquilamente, sin hacer ningún ruido, se acercó al extremo del recibidor que comunicaba con el pasillo.

Estuvo allí muy tranquila y sosegada hasta que James Raney reapareció, acercándose a ella con gesto amable.

—Muy bien, señora, puede usted pasar cuando guste. Ya verá como su nieta no está en este apart…

Ya no dijo más.

Lo que hizo Raney fue lanzar un ahogado suspiro cuando la punta del bastón se clavó justo en la boca de su estómago. Quedó súbitamente inclinado hacia adelante, desorbitados los ojos, sin aire en sus pulmones, como paralizado. Tranquilamente, la anciana dio otro paso, y de nuevo su mano derecha entró en funciones, esta vez apretando con dos deditos en un lado del cuello de James Raney, que se desplomó silenciosamente a los pies del interesante personaje.

Acto seguido, y sin dejar de refunfuñar con toda naturalidad y

propiedad, la anciana recorrió el pasillo y apareció en el salón. Allí, sentado todavía en el sillón, estaba Richard Dorwell, y frente a él, en el centro, una sábana formaba un bulto hacia el que saltó inmediatamente la mirada de la dama de los albos cabellos.

—¡Ajá! —Señaló con su bastón el bulto de la sábana—. ¿Creen ustedes que soy una estúpida? ¿Acaso tienen la pretensión de que no me daré cuenta de que ocultan a mi nieta como si fuese un mueble viejo?

Atónito, Richard Dorwell se puso en pie, mirando a la anciana. Miró la sábana que cubría el lanzamisiles, y de nuevo a la dama, que caminaba furiosamente hacia el bulto formado por la mortífera arma.

Respingando, Richard Dorwell se apresuró a colocarse delante de ella, extendiendo ambos brazos para frenarla.

—Un momento, señora. Aquí debajo no hay nada que…

Eso fue todo.

El bastón que empuñaba la anciana quedó apuntado hacia la garganta de Dorwell, y por el extremo apareció de pronto un agudísimo estilete de acero lanzando miles de reflejos. La punta quedó hundida un par de milímetros justo bajo la barbilla de Richard Dorwell.

—Bueno —sonrió la anciana de pronto—. Ya me imagino que efectivamente mi nieta no está ahí. ¿Se imagina usted lo que puede ocurrirle si mueve tan solo un dedo?

Pálido como un muerto, Richard Dorwell tragó saliva, y al hacerlo la punta del estilete se hundió un par de milímetros más en su garganta. Dorwell palideció aún más si era posible, y desde luego quedó como petrificado.

—Veo que lo ha entendido —aprobó la anciana—. Solo con que usted mueva un dedo, o tan solo que mueva una pestaña, le aseguro que la punta de este estoque aparecerá por su nuca. ¿De acuerdo?

Richard Dorwell no se movió. Notaba cómo unas gotitas de sangre se deslizaban ahora desde la pequeña herida de su garganta hacia el pecho. Sin inmutarse ni conceder a esto la menor atención, la anciana metió la mano izquierda bajo los pliegues de su recargada ropa y sacó una pequeña cajita metálica, de la cual apretó un botón.

En el acto se oyó una voz de hombre en la pequeña radio:

—Diga, Baby.

—Todo solucionado, Simón. Pueden entrar. Y háganlo inmediatamente. Cuidado no vayan a tropezar con unos paquetes que he dejado en el recibidor.

Cerró la radio, que desapareció de nuevo entre los pliegues de su ropa, y continuó mirando fija y gélidamente a Richard Dorwell, cuya inmovilidad era absoluta. Por supuesto, por la mente de Dorwell estaba pasando la idea de que quizá podría reaccionar con la suficiente rapidez para sorprender a la anciana. Pero cuando la idea iba tomando forma y consistencia, la anciana movió negativamente la cabeza y dijo:

—Piénselo mejor. Ya se lo he advertido. Solo con que empiece a moverse, le atravesaré el cuello.

Unas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Richard Dorwell. Oyó unos ruidos fuera del salón, luego unas voces de hombre, y a los pocos segundos dos sujetos altos y atléticos aparecieron en el salón. Uno de ellos fue directo hacia Dorwell y pasó detrás de él, deslizó una mano hacia su axila y le arrebató la pistola. El otro fue directo hacia el bulto que formaba la sábana con la que habían querido ocultar a la vista de la anciana el lanzamisiles.

Cuando la sábana fue retirada y los dos agentes de la CIA vieron lo que había debajo, palidecieron intensamente, y su mirada se desvió con furia hacia el petrificado Dorwell. De pronto, lanzando un rugido, uno de los espías, el que le había arrebatado la pistola a Dorwell, apartó a este de la amenaza del estoque de la anciana y lo derribó al suelo con un golpe de pistola que le machacó la nariz, convirtiéndola en un surtidor de sangre.

—¡Malditos canallas miserables…! —rugió.

—Tranquilícese, Simón —dijo la anciana, que había palidecido bajo la capa de maquillaje—. Sabemos ya que Tartamudo ha organizado muy bien todo ese sistema de represalias. Lo mismo tenía preparado en el apartamento de la señora Brennan en Nueva York. Desarmen inmediatamente ese aparato, y por supuesto asegúrense de que al tocarlo no se va a disparar el proyectil.

El agente de la CIA que había retirado la sábana asintió, se acercó al aparato y comenzó a examinarlo cautelosamente. El otro agarró a Dorwell por las solapas, lo alzó, y lo tiró sobre un sillón. Al

mismo tiempo, el tercer agente de la CIA que había acompañado a la agente Baby, aparecía en el salón arrastrando por la ropa del cuello a uno de los hombres. Lo dejó a los pies de Dorwell, se fue y regresó a los pocos segundos arrastrando a Molner. Luego miró a la anciana, que tras recoger el estoque dentro del bastón, fue a sentarse en uno de los sillones y miró a sus tres Simones.

—Bueno —intentó sonreír—. ¿Les ha parecido divertido o no?

—Me resultaría más divertido —dijo uno de los espías— si me prestase usted su juguete para degollar a estos tres criminales.

—Eso lo haría también yo muy a gusto —asintió Baby—. Pero no podemos hacerlo, Simón. Por lo menos uno de ellos tiene que estar vivo para seguir atento a la radio que les comunica con los secuestradores del Jumbo. Vamos a ver si en un par de minutos convencemos a estos caballeros de que, en caso de un posible contacto provocado por los del avión, ellos deben comportarse adecuadamente y convencerlos de que aquí todo está funcionando a las mil maravillas.

—Esto ya está —dijo Simón con una exclamación de alegría, retirando el proyectil del lanzador—. ¡Demonio, si se llega a disparar!

—Pero no se ha disparado —dijo Baby—. Muy bien, ocúpense de despertarme a esos dos caballeros, y vamos a ver si dejamos también esta pequeña parte del plan de Tartamudo de modo que funcione a nuestro antojo y conveniencia, no a la de él.

—Me gustaría echarle la vista encima a ese asesino.

—Bueno, no sé si usted tendrá esa oportunidad, ya que supongo que tendrá que quedarse en Los Ángeles —murmuró la anciana—. Pero yo sí espero conocer bastante pronto a Tartamudo.

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Aparentemente todo le está saliendo bien. En estos momentos es posible que desde la avioneta en la que viajan los cubanos de su comando de Nueva York se hayan arrojado ya cuatro hombres con paracaídas y con las sacas que contienen los cien millones de dólares. La avioneta seguirá viaje hacia La Habana, pero esos cuatro hombres serán recogidos por el yate *Goro*, el cual proseguirá luego su viaje hacia Nassau. Tartamudo sabe perfectamente eso, de modo que desde Miami partirá también hacia Nassau. Pero no demasiado pronto, ya que sabe que el yate tardará unas cuantas horas en llegar

allá…, pongamos hacia media noche, aproximadamente. Quizás incluso más tarde. Pero para entonces, de un modo u otro, Tartamudo habrá viajado ya hacia Nassau, para reunirse con sus compinches en el yate *Goro* y repartirse los cien millones de dólares.

—¿Y usted cree que podrá ver a Tartamudo?

—Si no lo veo yo, lo verán nuestros compañeros que ya están esperando en Nassau el yate *Goro*. Eso no me preocupa demasiado. Lo que me preocupa ahora es el Jumbo. Es decir, las personas que hay dentro de ese gigante de los aires. Y como eso es lo que verdaderamente me preocupa, vamos a ocuparnos de ello de un modo inteligente.

—Lo contrario me sorprendería —sonrió Simón.

—Muchas gracias —sonrió la anciana—. Bien, respecto a la seguridad de los pasajeros del Boeing 747 Jumbo…

7

Gilberto, el jefe del grupo de secuestradores que se había apoderado del Boeing 747 Jumbo, fue seguramente el primero en ver aparecer procedente del edificio del aeropuerto el grupo de personas que estaban esperando. Mirando por la cabina, presenció la salida de varias personas, entre las cuales había algunas con uniformes policiales, y que se acercaron unos cuantos metros hacia donde estaba el enorme aparato.

Luego, de ese grupo que se detuvo un par de minutos se destacaron solamente tres personas, que continuaron andando hacia el aparato. Eran dos hombres y una mujer. Una mujer que vestía una bata blanca y que Gilberto clasificó inmediatamente como enfermera. Los dos hombres que iban con ella eran de mediana edad y de aspecto realmente inofensivo.

Pero como Gilberto no confiaba absolutamente en nadie, se volvió hacia su compañero Gálvez, que como él estaba controlando la gran cabina de mandos del Jumbo, y dijo:

—Ahí llegan dos médicos y una enfermera. Parecen inofensivos los tres, sobre todo la mujer, naturalmente, pero no vamos a confiarnos en absoluto. De modo que ve con Carril y con Juanjo a recibirlos. Y naturalmente, registradlos bien, tanto a ellos como a ese equipo médico que llevan.

—De acuerdo. ¿Te ocupas tú de esto?

—No te preocupes —sonrió Gilberto—. Aparte de mi metralleta, nuestros amigos saben que cualquier actitud por parte de ellos que no me guste ocasionaría la voladura de todo el aparato.

—Eso es verdad —rio Gálvez—. Aunque también es verdad que no me gustaría nada tener que hacer esto, pues nosotros estaríamos dentro del aparato.

—Alguna vez se ha de morir —encogió los hombros Gilberto—. Pero no creo que nadie de este aparato tenga cojones para intentar

nada. Sobre todo sabiendo que aunque consiguiesen matarnos a alguno de nosotros, yo haría explotar todo el aparato. Anda, ve con Juanjo y Carril.

—Allá voy.

Gálvez abandonó la cabina, y Gilberto dejó de mirar hacia la pista por la que se acercaban los dos médicos y la rubia enfermera para echar un vistazo, entre irónico y amenazador, a los tres hombres que componían la dotación de vuelo del Jumbo.

—Ya pueden empezar a calentar los motores. En cuanto esa rubia y los dos médicos hayan subido a bordo, despegaremos.

El piloto comandante asintió con un gesto, miró a sus compañeros y los dos copilotos asintieron también. Inmediatamente, los tres hombres comenzaron a manipular en el gran tablero de mandos. Los motores a reacción comenzaron a emitir su poderoso zumbido de precalentamiento.

—Todos ustedes deberían estar contentos —dijo Gilberto sonriente—. El clima de La Habana es mucho más agradable que el de Londres.

Nadie contestó. El piloto y los dos copilotos prestaban toda su atención a los mandos del aparato que, muy pocos minutos más tarde, cuando los motores hubiesen alcanzado el calentamiento conveniente, despegaría rumbo a La Habana.

Sonriendo siempre, Gilberto encogió de nuevo los hombros y dirigió una mirada a la caja detonadora que tenía junto a sus pies. Bastaría que bajase la palanca de mando, para que desde la caja detonadora los impulsos eléctricos llegasen por los hilos a todas las partes del avión donde habían sido colocados los dispositivos que harían estallar un total de ocho pequeñas cargas. Pequeñas cargas que eran más que suficientes para convertir en un montón de chatarra el Boeing 747.

Por su parte, Gálvez había bajado ya al compartimiento dónde estaba la puerta del aparato. Allí, tras reunirse con sus compañeros Carril y Juanjo, hizo acercarse a uno de los auxiliares de vuelo y le ordenó que abriese la puerta. Afuera, unos empleados del aeropuerto estaban acercando la gigantesca escalerilla al aparato. Poco después, la escalerilla se detenía delante de la puerta, a cuyos lados quedaron Carril, Juanjo y Gálvez, metralletas en ristre y mirando cautelosamente hacia el exterior. Pero no parecía que fuese

a haber problemas. Por la escalerilla subieron solamente los dos hombres de mediana edad, cargados con sus maletines de trabajo, y la rubia enfermera de blanca bata, que también llevaba un maletín.

En pocos segundos, el personal médico estuvo dentro del aparato, la escalerilla fue retirada y la puerta cerrada de nuevo.

Mientras tanto, y bajo la amenaza de la metralleta de Juanjo, Gálvez registró rápidamente a los dos hombres y con una sonrisita guasona pasó también sus fuertes manos por el cuerpo de la enfermera. La miró con cierta sorpresa, y ampliando su sonrisa volvió a pasar las manos, palpando con brutal desparpajo los senos y las formas prominentes del espléndido cuerpo que permanecía inmóvil ante él.

—Ahora los maletines —exigió.

Los maletines fueron retirados unos pasos y de su registro se encargaron Juanjo y Carril, ya cerrada la puerta. Dentro de los maletines, por supuesto, solo encontraron instrumental médico, así como tranquilizantes y algunos inyectables.

Mientras Juanjo y Carril efectuaban el registro de los maletines, Gálvez continuaba mirando a la enfermera. Era una auténtica preciosidad rubia, de grandes ojos verdes y boquita sonrosada. En cuanto a la calidad y turgencia de su cuerpo, Gálvez la había comprobado ya muy satisfactoriamente.

—Aquí no hay nada, Gálvez —dijo Juanjo—. Solamente lo que se podía esperar en médicos y enfermeras.

—De acuerdo —asintió Gálvez—. Yo vuelvo con Gilberto a la cabina, no sea que a aquella gente se le ocurra alguna tontería. Vosotros vigilad a estos tres mientras se dedican a atender a los pasajeros de la primera clase que lo necesiten.

—Ve tranquilo —sonrió Carril.

Gálvez regresó a la cabina de mando y Juanjo y Carril hicieron una seña a los dos médicos y a la enfermera para que pasasen al departamento de pasajeros de primera clase.

Cuando los cinco aparecieron allí, todavía tuvieron tiempo de ver a algunas personas que se apresuraron a sentarse, y algunos a regresar a sus asientos. Poca cosa más podían hacer salvo cambiar excitados comentarios, porque sabían que todo el aparato estaba convertido en un explosivo. Y en cuanto a cortar los hilos que unían las diversas cargas, sabían todos, pues habían sido advertidos por

los secuestradores, que con ello solamente conseguirían que explotasen todas las cargas. El secuestro estaba tan bien organizado, que realmente la vigilancia de los seis hombres distribuidos en el aparato era más bien simbólica.

—Muy bien —rio Juanjo dándole una palmada en una nalga a la enfermera—. Ya pueden empezar a ver cuántos histéricos hay por aquí y a administrarles calmantes.

Los motores seguían zumbando. Los dos médicos y la enfermera comenzaron a organizar sus atenciones hacia los pasajeros que les necesitasen. En pocos minutos se hizo una separación entre los que se encontraban en perfectas condiciones y aquellos que por una causa o por otra se hallaban indispuestos o realmente al borde de la histeria. Estos pasajeros, que debían ser atendidos en mayor o menor grado, fueron colocados hacia el fondo de la primera clase, y los dos médicos y la enfermera se dirigieron hacia allí y se dispusieron a examinarlos con gran atención y solicitud.

Así estaban las cosas cuando, pocos minutos más tarde, en el aparato se extendió la voz del piloto comandante informando de que iban a despegar, y que todo el mundo debía instalarse en sus asientos y colocarse los cinturones de seguridad. Se procedió a ello, incluso los dos médicos y la enfermera, y hasta lo hicieron Carril y Juanjo, en el extremo delantero del departamento de primera clase.

Cinco minutos más tarde el avión estaba en el aire rumbo a La Habana.

La voz del comandante volvió a oírse, informando que el despegue se había efectuado sin novedad y que estaban en vuelo a determinada altura, a determinada velocidad, y que confiaba que no se produciría ningún incidente que perturbase el vuelo hacia La Habana. Recomendaba serenidad y valor a los señores pasajeros, y les exponía de parte del jefe de los secuestradores que nada debían temer, y que en cuanto llegasen a La Habana su peripecia habría terminado.

Ninguno de los pasajeros del avión hizo comentario alguno. Los dos médicos y la enfermera volvieron a ocuparse de algunas señoras cuya crisis nerviosa era evidente, y la enfermera dedicó una atención especial a un joven matrimonio que mostraba un exceso de angustia. Y ello debido a que la muchacha estaba en avanzadísimo estado de gestación.

Desde el amplio pasillo, Juanjo estuvo mirando cada vez con mirada más ardiente a la enfermera, mientras esta conversaba amablemente con la muchacha embarazada y hacía todo lo posible por calmarla. Sin embargo, no parecía dispuesta a administrarle ninguna clase de sedante en forma de pastillas o inyectables.

En un silencio total por parte de los pasajeros, de los médicos y de los secuestradores, el Jumbo proseguía su cada vez más veloz vuelo hacia el Caribe.

Unos veinte minutos más tarde la rubia enfermera se dirigió pasillo adelante hacia donde estaba Juanjo, se acercó mucho a él, y susurró:

—¿Podría hablar con usted unos segundos, por favor?

—Claro que sí —sonrió Juanjo.

Caminaron por el pasillo y en el extremo se reunieron con Carril, que los contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—La joven del fondo, la que está embarazada, va a tener el hijo de un momento a otro —murmuró la enfermera—. No he querido decírselo por no ponerla más nerviosa. Pero me gustaría habilitar un compartimiento privado en el avión para instalarla en él. Y por favor, no me digan que van a negarme esto.

—¡Caramba! —Se rascó el bronceado Carril la áspera pelambrera—… Esto no estaba en el programa.

—Ya lo supongo, pero comprenderá usted que no vamos a consentir que esa muchacha dé a luz tirada en el suelo del pasillo. Hay que instalarla con un mínimo de condiciones.

—Sí, sí, lo comprendo… Bueno, por mi parte no hay ningún inconveniente. ¿Qué dices tú, Juanjo?

—Hombre, claro que no, pobre muchacha. Bastante mal lo está pasando ya para que encima empiece a pegar gritos y nos ponga más nerviosos a los otros pasajeros. Tendremos que buscar un sitio adecuado, apartado de los demás.

—Sería conveniente que me ayudase una azafata —dijo la enfermera—. La instalaremos en el sitio que la azafata nos diga, y cuando llegue el momento uno de los médicos se encargará de ella.

—De acuerdo. Avisaré a una de las azafatas para que…

—Esa misma puede servir —señaló la enfermera a una joven pelirroja de grandes ojos de color violeta—. Es joven y parece

animosa.

—Por nosotros no hay inconveniente. Pero naturalmente, yo iré con ustedes dos —dijo Juanjo.

—¡Claro que sí! —asintió la enfermera.

Miró a la muchacha pelirroja y le hizo una seña. Sentada en uno de los asientos, Marylin Brennan se quedó mirando desconcertada a la enfermera y a los dos hombres. Pero la enfermera repitió el gesto, y la muchacha se acercó.

—¿Qué desean?

—Una de las pasajeras va a dar a luz de un momento a otro —explicó la enfermera—. Necesitamos un sitio adecuado y privado para que la muchacha pueda afrontar con tranquilidad ese acontecimiento.

—Ah, entiendo —asintió la azafata—. Bueno, podemos ir a uno de los pequeños compartimientos de descanso del personal de vuelo.

—Magnífico —aprobó la enfermera—. Supongo que se podrá acondicionar allí una litera.

—Sí, sí. Vengan por aquí, por favor.

—No te descuides, Carril —dijo Juanjo.

—Tranquilo.

La azafata, la enfermera y el secuestrador abandonaron la primera clase, y la azafata, tras recorrer un corto y ancho pasillo, señaló una de las puertas, la abrió, y se apartó. Juanjo hizo una seña a las dos mujeres para que entrasen, él lo hizo detrás, y cerró la puerta, quedando apoyado de espaldas contra ella.

—Tendríamos que mover estos sillones —dijo la enfermera volviendo la cabeza hacia Juanjo—. ¿Sería tan amable de ayudarnos, señor?

—Bueno —sonrió Juanjo.

Se acercó, siempre colgando la metralleta de su cuello, y se dispuso a complacer a la enfermera. Pero esta actuó de un modo que no resultó en absoluto complaciente para el secuestrador.

Apenas había comenzado a inclinarse Juanjo sobre el sillón, cuando la mano derecha de la enfermera, súbitamente rígida, durísima, golpeó de canto por encima de la oreja y hacia la sien. Se oyó un leve chasquido, el hombre puso los ojos en blanco, emitió un leve gemido, y cayó sobre el sillón.

Rebotó, rodó por el suelo, y quedó tendido boca abajo sobre la metralleta, inmóvil.

Marylin Brennan, que había lanzado un fortísimo respingo de sobresalto, se quedó mirando con expresión aterrorizada, desorbitados los ojos, a la enfermera, que se había apresurado a abalanzarse sobre el secuestrador, a darle rápidamente la vuelta, y a arrebatarle la metralleta.

Pero no hacía falta tanta precipitación ni precauciones, pues la muerte de Juanjo había sido fulminante.

Ante la petrificada y aterrada azafata, la enfermera asió por los sobacos a Juanjo y le arrastró detrás de un sillón, colocando luego otro junto al primero, de modo que el cadáver quedó oculto a la línea visual desde la puerta del pequeño cuarto de descanso.

Luego, por fin, la enfermera miró a la azafata y sonrió:

—Su madre está fuera de todo peligro, señorita Brennan. Y el hospital para niños también.

—¡Dios mío! —Gimió la muchacha llevándose las manos a la cara—. ¿Quién es usted?

—No se preocupe por eso. La he reconocido por una fotografía que vi en uno de los dormitorios de su apartamento, y me ha parecido que debía dedicarme en primer lugar a tranquilizarla a usted respecto a lo que pudiera suceder en Nueva York. Ya no puede suceder nada que deba preocuparla.

Marylin Brennan no dijo nada. Se quedó sentada en el sillón, con expresión alucinada. La enfermera le dio unas palmaditas en una mejilla, le sonrió y dijo:

—No se mueva de aquí pase lo que pase.

Inmediatamente, ella salió del cuarto, recorrió el pasillo, reapareció en la primera clase de pasajeros, y ante una mirada sorprendida de Carril, dijo:

—Voy a buscar mi maletín, que está en el fondo del pasillo.

—Ah, bien —asintió Carril.

La enfermera fue hacia donde, efectivamente, estaba su maletín. Lo colocó en el pasillo, lo abrió, y alzó la tapa del doble fondo que ni siquiera los más modernos sistemas de registro de los aeropuertos más bien preparados podían detectar. De este compartimiento, en el que había dinero, pasaportes, diversas ampollas y una pistolita de cachas de madreperla, sacó esta, la colocó en el cinturón de la

blanca bata, cerró el maletín, se puso en pie, y empuñando la pistola de modo que quedaba oculta tras el maletín, regresó hacia donde estaba Carril.

Cuando estaba solamente a tres metros de este, la enfermera sacó la mano armada con la pistolita, extendió el brazo y disparó.

Carril no tuvo tiempo nada más que de ver la pistola y abrir la boca en un gesto de pasmo. Al mismo tiempo le llegaba la pequeña bala, que se hundió en el centro de su frente, marcando un diminuto y negruzco orificio. Sin un solo sonido, como una estatua, Carril se relajó y cayó hacia delante.

Los pasajeros no tuvieron tiempo tampoco ni siquiera de sorprenderse. Ni tan siquiera de comenzar a gritar, porque apenas hubo disparado, la enfermera se volvió rápidamente hacia ellos y dijo:

—Que nadie se mueva de su asiento. Y no quiero oír ni una sola voz, ni un grito, ni una exclamación… Por favor, permanezcan como si nada hubiera ocurrido, aunque el esfuerzo les haga desmayarse. De su serenidad depende la vida de todos los ocupantes de este aparato.

Su explicación fue tan rápida, precisa y contundente que los pasajeros permanecieron inmóviles en sus asientos, como petrificados, todos mirando llenos de pasmo a la rubia enfermera.

Esta dio la vuelta, salió del departamento de pasajeros y fue en busca de Marylin Brennan.

—¿Está más serena ya?

—Sí, sí —asintió la muchacha—. ¿Qué está ocurriendo?

—No se preocupe por eso. Ahora condúzcame arriba con toda tranquilidad. Serénese por completo. Si todavía no está en condiciones de aparentar que no está ocurriendo nada, esperaremos unos minutos.

—No, no… Estoy bien, de verdad.

—Entonces vamos hacia el otro compartimiento de pasajeros. Supongo que allí habrá por lo menos otros dos hombres.

—Sí… Creo que hay dos hombres más.

—Muy bien. Vamos allá.

Siempre escondiendo la pistolita detrás del maletín, la enfermera emprendió la marcha, y la azafata se colocó inmediatamente a su lado. Apenas aparecieron arriba, se encontraron con la amenaza de

las dos metralletas orientadas hacia ellas.

—¿Qué pasa? —preguntó el secuestrador llamados Martos.

—No pasa nada —pareció asustarse la enfermera—. El doctor Storbes y el doctor Bennet estén atendiendo a algunas personas abajo, y me han enviado a mí por delante a separar aquí arriba los pasajeros que deban ser atendidos.

—Ah, muy bien… De acuerdo. Hágalo.

—Gracias —musitó la enfermera.

Pasó entre los dos, pero ni siquiera llegó a dar el segundo paso. Estaba dándolo cuando de pronto se volvió, dejando caer el maletín al suelo y asiendo con la mano izquierda la metralleta del llamado Martos y alzándola. Simultáneamente, con la mano derecha, disparaba una de las pequeñas balitas de su pistola, justo al centro de la frente del cubano llamado Jofre. Este ni siquiera tuvo tiempo de enterarse de que acababan de matarlo. Y todavía estaba de pie, con los ojos abiertos y como si nada hubiese ocurrido, cuando Martos, lanzando un grito, intentó reaccionar para soltar la metralleta de la presa que ejercía la enfermera sobre ella con una sola mano.

Pero para entonces, la rodilla derecha de la rubia enfermera subía velozmente hacia las ingles de Martos, que lanzó un berrido cuando recibió el tremendo rodillazo en los testículos. Se inclinó hacia delante, aflojando la tensión de todos sus músculos, y la pistolita de cachas de madreperla golpeó de lado en su sien izquierda, derribándolo lateralmente.

Casi suspendido todavía por medio de la correa de la metralleta que pendía de su cuello y que la enfermera continuaba sujetando, el cubano aún intentó sostenerse de rodillas sacudiendo la cabeza. El siguiente golpe, de lleno en medio de la cabeza, lo abatió de bruces como fulminado. Y, como poco antes abajo, la eficacísima enfermera se irguió rápidamente, y sin dar tiempo a ningún pasajero a que reaccionase de su sobresaltada sorpresa, exclamó:

—¡Silencio y que nadie se mueva! Permanezcan en sus asientos como si nada hubiese ocurrido, por favor.

Era como estar hablándole a un puñado de estatuas. No solo el miedo que habían sentido y el que todavía sentían, sino la gran sorpresa de haber presenciado cómo en cuestión de tres o cuatro segundos una mujer se desembarazaba de dos hombres armados,

estaba surtiendo los efectos que la enfermera deseaba.

—Por favor, conserven la serenidad. Están ustedes siendo liberados, y si colaboran tal como yo les indico, este avión no les llevará a La Habana. Necesito ahora dos caballeros silenciosos y fuertes.

Dos hombres consiguieron reaccionar, y se acercaron por el pasillo. Por lo demás, el silencio era total. El rumor de los motores llegaba amortiguado al departamento de petrificados pasajeros.

Los dos que habían acudido a la llamada de la enfermera, y siguiendo las instrucciones de esta, utilizaron sus corbatas y las de otros hombres para amordazar de pies y manos a Martos, que todavía estaba vivo, aunque verdaderamente en muy precarias condiciones de supervivencia, debido a los dos golpes que le habían abierto sendas brechas en la cabeza.

—Permanezcan aquí —habló de nuevo la enfermera—. No hagan ustedes absolutamente nada. Cada persona debe ocupar su asiento y esperar un nuevo aviso por mi parte. Dentro de unos momentos, quienes lo necesiten serán atendidos por los doctores Storbes y Bennet.

Ahora ya con tranquilidad, la enfermera se acercó a la instalación de hilos que conectaban unas con otras las cargas explosivas que podían hacer estallar el Jumbo en pleno vuelo.

Se quedó mirando una de las cargas, su detonador y la conexión de este con el hilo que luego seguía su recorrido hacia las otras cargas. Durante un minuto, dubitativa, estuvo mirando aquel complejo explosivo. Y por fin, tras morderse los labios y haber acercado un par de veces las manos al detonador, movió negativamente la cabeza.

—No me atrevo —susurró—. Me parece que si tocase algo, sería fatal para todos.

—Ellos lo dijeron —casi tartamudeó Marylin Brennan—. Dijeron que si alguien tocaba un solo hilo de todo este conjunto que han instalado, el avión saltaría hecho pedazos.

—Y seguramente es verdad —asintió la enfermera—. Así que vamos a dejarlos. Tengo entendido que solamente quedan dos secuestradores a bordo.

—Sí… Los dos deben de estar en la cabina de mandos, amenazando al comandante y a los otros pilotos.

—Y naturalmente —musitó la enfermera—, tendrán allí el dispositivo que en una fracción de segundo puede hacer funcionar todo el sistema de explosivos distribuidos por el avión. Tendremos que ir con mucho cuidado para controlar a esos dos hombres. ¿También van armados?

—Sí. Todos llevaban un arma idéntica.

—Armas que usted les ayudó a introducir en el aparato, ¿no es así, señorita Brennan?

La muchacha palideció.

—Bueno, yo…

—No se preocupe. Comprendo que tuviese miedo por la vida de su madre.

—Sí, por mi madre. Pero le aseguro que también me asusté muchísimo cuando me dijeron que si no colaboraba con ellos e introducía en el avión una maleta como si fuese mía, desde mi casa y después de degollar a mi madre, dispararían unas bombas hacia un hospital infantil que hay muy cerca.

—Ya sabemos todo eso. Y no se preocupe. Comprendemos su estado de ánimo y su reacción ante esas amenazas. Personalmente me ocuparé de que lo que usted ha hecho bajo presión no le ocasione molestias de ninguna clase.

—¿Qué podía hacer? —Gimió Marylin Brennan—. Ellos me dijeron que…

—Tranquilícese. Ya está todo entendido y solucionado. Solamente nos quedan dos hombres a los que habrá que tratar con exquisito cuidado. Como si, realmente, cada uno de ellos fuese una bomba.

—¿Qué va a hacer usted ahora?

La enfermera se quedó mirando con una extraña y simpática sonrisita a la azafata. Por fin, movió la cabeza con un gesto negativo y dijo:

—Yo no haré nada. Lo va a hacer usted, señorita Brennan.

—¿Yo? —gimió la muchacha.

—Usted. Lamento tener que utilizarla, pero no hay más remedio. Y si hace usted lo que le digo, se convertirá en una heroína a la que nadie podrá reprocharle nada de cuanto hizo anteriormente.

—Pe-pero… ¿Qué debo hacer? Yo no soy capaz de…

—Va a ser muy sencillo. Vamos a buscar al doctor Bennet y

entre los tres ya veré cómo solucionamos el problema. Espero que así sea.

Gálvez y Gilberto volvieron la cabeza cuando la puerta que aislaba la cabina de mandos del resto del aparato se abrió y apareció una de las azafatas.

—¿Qué hace usted aquí? —Gruñó Gilberto.

—Me… me envía uno de sus amigos. El doctor Bennet le ha pedido permiso para que nos comunicásemos con ustedes.

—¿Sobre qué? ¿Qué ocurre?

—Bueno… Una de las pasajeras está a punto de tener un hijo. El doctor Bennet dice que si no es atendida adecuadamente en un hospital, tanto la madre como el hijo morirán.

—¿Y qué? —Gruñó Gálvez.

—Pu-pues… el doctor Bennet solicita de ustedes que aterricen en el aeropuerto más próximo a fin de desembarcar a esa pasajera.

—¿Está bromeando? —aulló Gilberto—. Este avión no puede detenerse hasta llegar a La Habana.

—Pe-pero la vida de esa muchacha y de su hijo…

—¡Lo sentimos mucho —gritó de nuevo Gilberto—, pero es imposible tomar tierras en ningún aeropuerto que no sea el de La Habana!

Marylin Brennan, que miraba a todos lados con expresión asustada, dejó finalmente su mirada fija en Gilberto. Este se había apartado un par de pasos de la caja con mandos que la enfermera rubia le había asegurado a Marylin que debía de estar en un sitio u otro y al alcance de los dos hombres. Justo en aquel momento en que Gilberto había dado unos pasos hacia Marylin, esta comprendió que había llegado el momento de hacer inmediatamente, y sin la menor vacilación, lo que la enfermera le había ordenado.

Así pues, temblando de miedo y cerrando los ojos, Marylin Brennan juntó de pronto sus rodillas y las apretó fuertemente una contra otra… Las dos cápsulas de gas narcótico que llevaba adheridas en la parte interna de las rodillas con unas pequeñas tiras de esparadrapo, se rompieron… Y Marylin Brennan, inmediatamente, perdió el mundo de vista.

Pero no solo ella.

Como fulminados por un extraño designio, tanto el comandante del Jumbo, como sus dos auxiliares, como así mismo Gálvez y

Gilberto, quedaron inmediatamente dormidos con la misma rapidez que Marylin Brennan. Y mientras los pilotos quedaban sentados en sus asientos del enorme aparato que volaba sin mandos directos, los dos cubanos y la azafata rodaron por el suelo dentro de la cabina.

Casi inmediatamente la puerta de esta se abrió de nuevo, y apareció la rubia enfermera acompañada del doctor Bennet, ambos con una gasa colocada ante su boca y nariz, protegiéndoles de las emanaciones del gas narcótico.

Todo estaba dicho, de modo que no hacían falta explicaciones. La enfermera corrió hacia los mandos, quitó de allí al comandante piloto, y ocupó su lugar, mirando con expresión desorbitada el gigantesco tablero de dispositivos supermodernos que se extendían por todos lados ante ella.

El enorme Jumbo continuaba volando, pero la enfermera se dio cuenta muy pronto de que si bien con suavidad, comenzaba a perder altura. Ante ella, el volante de control que había estado utilizando el comandante piloto se movía suavísimamente. Tras cerrar un instante los ojos, la rubia enfermera asió con ambas manos el volante, y simplemente lo mantuvo en la última posición que había estado cuando ella lo tocó. El vuelo del Jumbo persistió en aquella altura, tras haber perdido muy poca. La suavidad del vuelo era total, pero mientras el gigantesco aparato proseguía su ruta, la enfermera estaba cada vez más asustada, mirando de uno a otro de los numerosísimos indicadores.

Habían transcurrido ya quince o veinte segundos desde que todos habían quedado dormidos, cuando la enfermera, por fin, se bajó la mascarilla y volvió la cabeza.

—¿Cómo va eso, doctor? —exclamó.

El doctor Bennet la miró, y al verla sin la mascarilla se bajó también la suya, y acto seguido inyectó en el brazo del piloto comandante la jeringuilla cargada con el líquido que le había proporcionado la singularísima enfermera.

—Si esto falla —dijo— nos convertiremos todos en una gigantesca hamburguesa.

—No fallará —dijo la enfermera—. Tanto las ampollas de gas, como este antídoto de rápida recuperación, han sido especialmente fabricadas en la CIA para grandes emergencias. Es más, yo lo he utilizado otras veces y sé que funciona. Inyecte también a los

copilotos, por favor.

El doctor Bennet asintió, procedió a llenar de nuevo la jeringuilla, e inyectó en uno de los copilotos. Un par de minutos más tarde hacía lo mismo con el segundo copiloto… Y para entonces, el comandante comenzaba a moverse y sus párpados a agitarse.

Bennet le dio unos golpecitos en las mejillas, lo sentó y volvió a golpearle en ambas mejillas, cada vez más fuertemente, pues su preocupación iba en aumento.

De pronto, el comandante del Jumbo lanzó una exclamación, se puso en pie de un salto y se quedó mirando con expresión desorbitada a la enfermera que estaba a los mandos, en solitario, del Boeing 747 Jumbo.

—¡Por el amor de Dios! —gritó—. ¿Qué hace usted ahí?

La enfermera volvió el rostro sin poder ocultar su tensa expresión de preocupación, incluso de angustia.

—¿Sabría usted hacerlo mejor que yo? —Intentó sonreír.

—¡Claro que sí! ¡Salga de ahí inmediatamente!

—Con muchísimo gusto —casi rio la enfermera.

El cambio se realizó inmediatamente, y tan solo medio minuto más tarde, los asombradísimos y aún desconcertados copilotos ocupaban sus sitios de nuevo, tomando el control completo del Boeing 747 Jumbo.

8

El barbudo personaje que conducía la lancha de mediano tamaño y velocísima singladura, sonrió cuando por fin comenzó a avistar en la distancia las luces de Nassau, en la isla de Nueva Providencia, del grupo de las Bahamas.

Y a medida que se iba acercando, surcando velozmente las negras aguas bajo el rutilante manto de estrellas, la sonrisa del barbudo se iba ampliando más y más.

Había sido una total y grandiosa jugada.

Y desde hacía algunas horas no tenía la menor duda de que todo había salido bien. Se había convencido definitivamente de ello cuando dentro del coche que había estado utilizando en Miami, había escuchado por la radio del vehículo que el Boeing 747 Jumbo, que había despegado de Los Ángeles hacia las cinco de la tarde, estaba terminando de cruzar el golfo de Méjico y aproximándose a Cuba. Las noticias emitidas por la radio indicaban que a su paso por el cruce entre el meridiano ochenta y cinco oeste, y el paralelo veinticinco norte, el Jumbo se había comunicado con la torre de control de Miami, indicando que el vuelo era normal, que todos los pasajeros se encontraban en perfecto estado, y que en breve el comandante del aparato esperaba aterrizar en La Habana, a cuyo aeropuerto se disponía a solicitar muy pronto el correspondiente permiso de aterrizaje.

En definitiva, que todo había salido a pedir de boca.

Y en aquellos momentos, casi a la una de la madrugada, después de varias horas de navegación, el barbudo personaje se disponía a recoger el fruto de su grandioso y bien elaborado plan. Nada más y nada menos que cien millones de dólares americanos.

Casi lanzó una carcajada cuando recordó con qué facilidad los había manejado a todos como muñecos. Incluso se había burlado de la mismísima CIA. Y no solo de la CIA, sino de su espía estrella, la

famosísima agente Baby.

—¡Pasmoso! —Rio el hombre al viento de la marcha—. ¡Absolutamente pasmoso!

Un cuarto de hora más tarde había llegado al embarcadero de yates de Nassau, y otros pocos minutos después, ya navegando muy lentamente, distinguía el yate que estaba buscando. Allá estaba, con sus luces reglamentarias, y colocado de tal modo que podía ver perfectamente su nombre en la proa. El yate *Goro*, propiedad del tontísimo millonario Alger Stripling, que realmente había creído que un hombre como él podía repartir cien millones de dólares con tres estúpidos.

Finalmente, el barbudo llegó con su lancha al borde del embarcadero. Recogió un pequeño paquete en el que estaba la careta antigás y las cápsulas que contenían gas letal, y con las que pensaba eliminar al resto del grupo de estúpidos que había estado utilizando, y subió al embarcadero. Allí procedió a amarrar la lancha, y luego se encaminó hacia el yate *Goro*.

En la cubierta de este apareció un hombre cuando el barbudo se detuvo delante. Y el barbudo sonrió al reconocer a uno de los que habían saltado con paracaídas y llevado los cien millones de dólares desde la avioneta con la que en Miami habían recogido a los cubanos que habían sido rescatados de las garras de la CIA. Era el plan tan perfecto, que cuando el barbudo subió a bordo sonreía satisfechísimo de sí mismo. No solo había ido dejando tras él en la estacada a los hombres que había ido utilizando, sino que los prisioneros rescatados que habían sido recogidos en Miami por la avioneta privada, ya debían de estar muertos en el fondo del mar de los Sargazos. Al menos, estas habían sido sus instrucciones. Los cuatro hombres que estaban en la avioneta esperándolos, los debían de haber narcotizado con gas, y luego, tras colocar el piloto automático de la avioneta, habían saltado al mar, llevando las sacas con los cien millones de dólares. Así que, mientras que la avioneta con los dormidos prisioneros rescatados se dirigía mar adentro, hasta que finalmente se estrellase y se hundiese, los cuatro hombres, con el dinero, eran recogidos por el yate *Goro*, que finalmente, había llegado al último lugar de reunión: Nassau, en la isla de Nueva Providencia, de las Bahamas.

—¡Hola! —Sonrió el barbudo al hombre—. ¿Todo ha ido bien?

—Todo perfecto, señor —sonrió también el hombre—. Le están esperando abajo.

—Estupendo. Creo que podremos zarpar dentro de unos minutos. Preparadlo todo.

—Sí, señor. Como usted mande.

Persistiendo la sonrisa en su rostro, el barbudo se dirigió a la puerta, descendió los pulidos escalones de madera que conducían al interior del yate, y apareció en el salón de este, mostrando una amplísima sonrisa.

La sonrisa persistió algo más de un segundo, porque a quienes primero vio, sentados en el diván, fue a Alger Stripling y a Harold Larsen, que le miraban con una extraña fijeza.

Pero enseguida, la sonrisa quedó como congelada en el rostro del barbudo, cuando vio a la otra persona que, también sentada cómodamente, le contemplaba con una frialdad estremecedora.

—¡Ho-ho-hola! —saludó esta persona—… ¿Có-có-cómo está usted? ¡Me a-a-alegro de-de-de verle, se-señor Tar-tarta-tamudo!

El hombre de la barba había quedado lívido como un muerto, de modo que la barba destacaba allí como un negro pegote que evidenciaba aún más su falsedad. La mirada del barbudo estaba fija en la persona que había tartamudeado tan graciosamente. Una muchacha bellísima, rubia, de ojos verdes, que parecían dos lagos congelados fijos en él.

La mirada del barbudo pareció saltar hacia Stripling y Larsen, que permanecían rígidos.

—¿Qué es lo que pasa? —susurró—. ¿Qué ha ocurrido?

—Pe-pero ¿cómo? —exclamó la rubia—. ¿Ya no es… es usted ta-tarta… tartamudo?

—¿Quién es usted? —susurró el barbudo, volviendo su mirada a la rubia.

—¿Yo? Pu-pues una… una chi… chica a-alegre que qui… que quiere dar… un pa… paseo en ya… en yate.

—Tiene usted un gran sentido del humor —jadeó el barbudo.

—Procuro tenerlo —dijo la rubia, ya sin tartamudear—. Porque tal como están las cosas en el mundo, todo aquel que no tenga sentido del humor es un candidato al suicidio. Me parece que dije esto en alguna ocasión, y me ratifico en ello. ¿No está usted de acuerdo?

—Tiene usted mucho valor para estar expuesta así a lo que podamos hacerle mis hombres y yo —dijo el barbudo.

—¿Expuesta yo? Nada eso, señor Tartamudo. Para que usted lo sepa, tanto el señor Stripling como el señor Larsen, como los otros cuatro hombres que saltaron de la avioneta con el dinero, están perfectamente controlados. Usted no los ha visto, pero el yate está lleno de agentes de la CIA que en todo momento han mantenido bajo amenaza a los hombres que hay en cubierta… y naturalmente ahora le están apuntando también a usted, y a los señores Larsen y Stripling. En cuanto al señor Melville, excúsele usted, por favor: no puede estar presente en esta reunión.

—Está mintiendo —intentó sonreír Tartamudo.

La rubia alzó las cejas en un gesto de asombro. Luego se limitó a hacer chascar dos deditos de la mano izquierda, y en el acto, procedentes del pasillo que conducía a los camarotes, dos hombres jóvenes y atléticos, cada uno de ellos provisto con una imponente automática, hicieron su aparición. Tartamudo volvió la cabeza hacia ellos, palideció de nuevo y regresó la mirada hacia la rubia.

—¿Quién es usted? —insistió.

—Vamos, vamos, pero si estoy segura de que lo ha adivinado ya.

—¿Baby? —jadeó el barbudo.

—Por supuesto. Y no voy a molestarle en absoluto pidiéndole que me explique todo el tinglado que ha organizado. Por la sencilla razón de que ya lo he comprendido todo por mí misma. Usted ha estado utilizando a todo el mundo sin pensar repartir con ellos las verdaderas ganancias de toda la acción. Eso, refiriéndome a los señores Melville, Stripling y Larsen, con los que naturalmente no pensaba repartir su dinero. Menos aún con los cuatro hombres que saltaron de la avioneta… mientras esta iba a estrellarse al mar de los Sargazos. Y todavía menos con los que ha estado utilizando en Nueva York, en Miami y en Los Ángeles. Estos, simplemente, habían cobrado una cantidad, y una vez fuesen ocurriendo las cosas tal como usted las había planeado, ellos, simplemente, debían marcharse. ¿No es así?

—Quizá —susurró Tartamudo.

—Sin quizá. Yo estoy convencida de que es así. En realidad, todos quedarían desconectados de usted, menos los del yate *Goro*…, a los que por supuesto, no les auguraba yo más larga vida

que a los que usted ha ido sacrificando.

—Es usted muy inteligente en verdad, Baby.

—Sabe muy bien que sí. De modo que no debió jugar conmigo. Al principio estaba yo bastante desconcertada, porque no entendía que un hombre que, en mi opinión, solamente quería cien millones de dólares, hubiese planeado antes todo aquel asunto del ataque del comando cubano al edificio de las Naciones Unidas. Pero pensando, pensando, pensando, naturalmente he llegado a una conclusión.

—¿Qué conclusión?

—Solamente se puede llegar a una conclusión. Usted, lo que quería, era cien millones de dólares y no dejar atrás a nadie que le conociese. Es decir, que se habría cargado a todos los de este yate, habría recogido el dinero, y se habría esfumado. Y como todo el mundo le cree muerto, nunca jamás se le habría buscado. ¿No es así?

Tartamudo sonrió burlonamente.

—¿Por qué cree usted que me creen muerto? ¡Si ni siquiera sabe quién soy!

—No diga tonterías. El asunto del ataque del comando cubano a las Naciones Unidas, me dio la pista. Esto me daba vueltas y vueltas en la cabeza, y claro está, al final tuve que comprenderlo. A efectos de la consecución de cien millones de dólares, ese ataque de un comando cubano al edificio de la ONU no tenía ningún sentido. No tenía absolutamente ningún sentido. Está bien claro que para conseguir esos cien millones de dólares, usted no tenía que enviar a nadie a bombardear las Naciones Unidas, sino que le bastaba simplemente secuestrar el Boeing 747 Jumbo. Entonces, yo por fuerza tenía que hacerme la pregunta: ¿por qué, entonces, si tan solo le era necesario secuestrar el Jumbo, había enviado usted antes un comando cubano contra el edificio de la ONU?

—Dígalo usted, que es tan lista.

—Lo soy, en efecto —asintió la rubia—. Pues usted envió a ese comando cubano contra las Naciones Unidas, sin darles ninguna explicación y engañándoles con falsas ideas patrioteras sobre Cuba, o cualquier otra mentira bien urdida, solo con el propósito de que la muerte de usted quedase justificada y explicada.

—¿Mi muerte? ¡Pero si estoy vivo!

—Sí. Está vivo, desde luego. En cambio, mi compañero Ernest

Mims falleció. Por eso, porque mi compañero Ernest Mims falleció, usted va a morir también.

—¿Va a asesinarme? —sonrió el barbudo.

—¿Por qué no? A fin de cuentas, dos de sus hombres del comando cubano asesinaron a Simón-Ernest Mims. ¿O quizá Simón-Ernest Mims no está muerto, señor Tartamudo?

—¿Usted no lo sabe?

—Yo lo sé perfectamente. Sé que el comando cubano que atacó las Naciones Unidas ni siquiera tenía nociones de la existencia de Ernest Mims. Pero sí tenían nociones de la existencia de Ernest Mims los dos hombres que lo cazaron en la barcaza, en el río Hudson, y lo mataron de unos cuantos disparos. Esto es, al menos, lo que yo tenía que deducir, cuando Simón-Ernest Mims me llamó por la radio, y oí lo que él me dijo, los disparos, las voces de otros hombres, etcétera, etcétera, etcétera.

—¿Pero no ocurrió así? —sonrió el barbudo.

—No. En realidad, todo lo que hizo Simón-Ernest Mims y los dos hombres que supuestamente le mataron en la barcaza, era mentira. Todo estaba encaminado a que yo, la agente Baby, creyese que dos cubanos, o dos hombres cualquiera, habían asesinado a uno de mis Simones, y tirado su cadáver lastrado al río… A nadie le sorprendería demasiado que el cadáver de Ernest Mims no fuese recuperado. Todo lo que se sabía últimamente de Ernest Mims era que antes de morir había prestado su último servicio a la CIA y al país, poniéndose en contacto con Baby. Luego, fue asesinado y arrojado al río. Pero las cosas sucedieron al revés.

—¿Cómo, al revés?

—Exactamente al revés. Después que Simón-Ernest Mims hizo la comedia con los dos hombres que había contratado para que simularan asesinarlo y hacer los comentarios adecuados para que la agente Baby siguiese el juego preparado por Ernest Mims, fue este quién mató a los dos hombres, los tiró al fondo del río bien lastrados, y a partir de ese momento continuó siendo el barbudo tartamudo que fue dirigiendo todo el tinglado bien montado en el país, para el asunto del secuestro del Jumbo. Este asunto sí ha sido verídico y real, el secuestro del Jumbo para obtener cien millones de dólares. El otro asunto, el de la utilización de un comando para atacar las Naciones Unidas, fue solo un invento de usted para

justificar la muerte de Simón-Ernest Mims, Y al mismo tiempo, al exigir no solo dinero, sino el rescate de los hombres que tan innecesariamente había utilizado, imprimía usted al secuestro del Jumbo una cierta índole patriótica cubana. ¿No es así?

—Usted lo dice todo.

—Y, como siempre, pondré el punto final. Usted quería cien millones de dólares y que le diesen por muerto. Para ello ha asesinado personalmente y planeado el asesinato de muchas personas. Y también utilizó un comando que, actuando de buena fe, en cuanto a su patriotismo se refiere, estaba dispuesto a derrumbar el edificio de la ONU. Y ello solamente para que la CIA creyese que usted había descubierto todo ese tinglado antes de morir. Y usted quería que le diesen por muerto para que ni la CIA ni nadie le buscasen jamás. ¿No es así, Simón-Ernest Mims?

El barbudo llamado Tartamudo permaneció inmóvil durante casi medio minuto, fija su oscura mirada en los verdes y congelados ojos de la superespía internacional. Luego, tras lanzar un profundo suspiro de derrota, Simón-Ernest Mims se quitó la barba postiza y retiró cuidadosamente con las yemas de los dedos las lentillas de contacto que habían estado dando a sus ojos una tonalidad oscura. De este modo, el agente de la CIA Ernest Mims, que había planeado todo el asunto del secuestro del Boeing 747 Jumbo para obtener cien millones de dólares que no pensaba repartir con nadie, y retirarse de la vida activa y peligrosa del espionaje para vivir el resto de sus días bajo otro nombre, como un auténtico rey, quedó ante los sorprendidos Stripling y Larsen, pero en absoluto sorprendidos agentes de la CIA que seguían apuntándole con sus pistolas… y mucho menos sorprendió a la rubia espía, que continuaba mirándole fijamente.

—Muy bien —dijo serenamente Ernest Mims—. ¿Y ahora?

—¿Ahora? —susurró la divina espía—. Póngase usted en mi lugar y hágase esta pregunta: ¿para qué puede servir un hombre que ha querido engañar a la agente Baby, a todos sus compañeros de la CIA, y que no ha vacilado en asesinar y en preparar asesinatos de muchísimas personas? Conteste usted esta pregunta, Simón-Ernest Mims: ¿para qué sirve un hombre así?

—Supongo que para nada —sonrió Mims, torcidamente.

—Usted lo ha dicho —asintió la implacable espía—.

Absolutamente para nada.

La pistolita de cachas de madreperla apareció en su mano derecha; extendió el brazo y apretó el gatillo.

Simón-Ernest Mims tuvo tiempo de abrir la boca en un gesto de sorpresa, quizás en el inicio de un grito de protesta o de petición de clemencia.

Pero, realmente, la muchacha rubia de los ojos verdes que estaba ante él ya había dictado su sentencia de muerte.

¿Clemencia?

Para un hombre de la calaña de Tartamudo, era absolutamente inútil pedir clemencia a la agente Baby Montfort.

Este es el final

—De lo que no cabe duda —murmuró Charles Alan Pitzer—, es de que Tartamudo era un hombre en verdad inteligente.

—Por supuesto —asintió la bellísima Brigitte, sentada como de costumbre en el centro del sofá—. Tenía una grandiosa inteligencia, pero no supo encauzarla como era debido.

—Y por lo tanto —intervino Miky Grogan—, usted le salió al paso y destruyó esa inteligencia.

—Así es. Se puede tolerar la inteligencia de un gran egoísta, que aun pudiendo ayudar a la Humanidad no lo hace por pensar solo en sí mismo… pero sin perjudicar directamente a los demás. Mal está que no les ayude, pero eso es cosa de él. Ahora bien, utilizar la inteligencia para asesinar al prójimo no me parece precisamente digno de alabanza… ¿No estás de acuerdo, Frankie?

Frank Minello, que naturalmente estaba en el salón del apartamento de Brigitte, pues había acudido allí en cuanto se enteró del regreso de su amiga, pareció no oírla. Esta miró sorprendida a Miky Grogan y a Charles Alan Pitzer, que también contemplaban, no poco sorprendidos, al silencioso y sombrío Minello.

—¿Qué le pasa a este bruto? —masculló Pitzer.

—Cualquiera sabe —sonrió secamente Grogan—. Debe de haberle dado uno de sus ataques de meningitis. Pero en fin, vamos a dejarlo con sus pensamientos…, si es que se les puede dar este nombre a las cosas que pasan por la cabeza de este salvaje, y hablemos de lo nuestro, Brigitte. Supongo que el *Morning News*, para el cual usted trabaja cuando la CIA tiene la gentileza de no utilizarla, puede prepararse para publicar unos sensacionales artículos sobre el secuestro del Jumbo y su rescate.

—¿Por qué no? —murmuró Brigitte—. No tengo absolutamente ningún inconveniente en cumplir también mi cometido periodístico, Miky. Y sé muy bien que en cuanto a mi labor periodística me debo

al *Morning News*…, que usted dignamente dirige.

Charles Alan Pitzer emitió una risita, y miró de nuevo a Minello.

Lo miró cada vez más sorprendido, porque ante la ironía de Brigitte hacia Miky Grogan, Minello tenía que haber saltado inmediatamente para unírsele, y, como siempre hacía, poner nervioso a Grogan… Pero Frank Minello no parecía estar para estas pequeñas escaramuzas en aquellos momentos. Continuaba con la cabeza baja y la mirada perdida. Tanto, que Brigitte, finalmente intrigada y casi preocupada, llamó:

—Frankie.

—¿Qué? ¿Qué? —Alzó por fin la cabeza Minello.

—Te estamos hablando, y antes te he hecho una pregunta que no has contestado.

—¿Qué pregunta?

—Pues… creo que te he preguntado, más o menos, si a ti te parece que un sujeto como Tartamudo tenía derecho a la vida.

—No —murmuró Frank Minello—… Sé muy bien que no tenía derecho a la vida, y por lo tanto comprendo perfectamente que lo mataras. Pero yo estaba pensando en ti, Brigitte.

—¿En mí?

—Sí. Estaba pensando en el dolor que debiste de sentir al tener que disparar contra un hombre que en alguna ocasión habías llamado Simón.

Miky Grogan y Charles Pitzer palidecieron y miraron vivamente a la espía internacional, que, como ellos, también había palidecido.

Pero a pesar de esa palidez, Brigitte Baby Montfort consiguió una aceptable sonrisa, y murmuró:

—¿Se dan cuenta de que Frankie no es tonto en lo más mínimo?

FIN

Notas

[1] Véase la aventura anterior, titulada *Órbitas de muerte*. <<